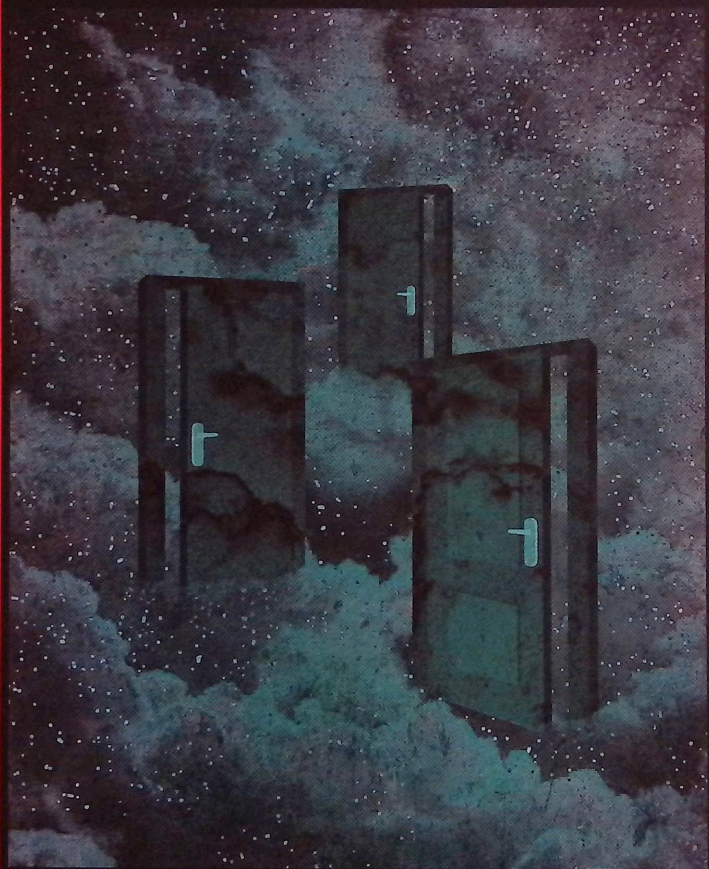


Martin Buber

Confesiones extáticas

TRADUCCIÓN DE JOSÉ RAFAEL HERNÁNDEZ ARIAS



he HERMIDA
EDITORES

CONFESIONES EXTÁTICAS

El Jardín de Epicuro

¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!

NO FICCIÓN



MARTIN BUBER
CONFESIONES EXTÁTICAS

Traducción de
JOSÉ RAFAEL HERNÁNDEZ ARIAS



Primera edición en Hermida Editores: abril del 2019
Impreso en España por Albadalejo Artes Gráficas

Hermida Editores SL
Calle Antonio Alonso Martín, 10
28860 Paracuellos de Jarama, Madrid
Tel. 916584193
e-mail: hermidaeditores@gmail.com
www.hermidaeditores.com

Imagen de la cubierta: ilustración de Lidia Lobato
© De la presente edición: Hermida Editores, 2019
© De la traducción: José Rafael Hernández Arias
Revisión y correcciones: Germán Molero y Hermida Editores
Das Dialogische Prinzip, ©1947 The Martin Buber Estate

Asesor literario de la colección: Jaime Fernández Martín

ISBN: 978-84-949376-1-3
Depósito legal: M-4485-2019

Visite www.hermidaeditores.com para leer más sobre nuestros libros y para adquirirlos. En la página encontrará información sobre los libros, los autores, entrevistas y eventos de la editorial, y podrá darse de alta en la *e-newsletter* para estar al tanto de nuestras actividades.

ÍNDICE

Prólogo	15
Introducción: éxtasis y confesión	23
Confesiones extáticas	37
Apéndice	191
Bibliografía	205

CONFESIONES EXTÁTICAS



Para Raphael y Ruth Buber

«Daz einez ich da meine daz ist wortelos. Ein und ein vereinet da liuthet bloz in bloz» («El uno en el que pienso aquí es sin palabras. Uno y uno unidos iluminan en su mutua desnudez»).

MEISTER ECKHART



PRÓLOGO

Estas declaraciones de personas sobre una experiencia que percibieron como algo sobrenatural no se han reunido ni en virtud de una definición ni de una valoración, sino porque en ellas la fuerza de la experiencia, el querer decir lo indecible y la voz humana han creado una unidad memorable. Lo que me ha parecido digno de ser acogido es aquello que da testimonio de estos elementos, lo que lleva el signo de la palabra.

No me he propuesto «encasillar» el éxtasis. Es el aspecto inclasificable del éxtasis lo que realmente me interesa. No cabe duda de que también posee una faceta por la cual se puede situar en el contexto causal de los sucesos, pero no es el objeto de este libro. Es posible que el extático se pueda explicar en términos psicológicos, fisiológicos o patológicos, pero para nosotros lo esencial es aquello que queda más allá de toda explicación: su experiencia. Aquí no prestamos atención a esas nociones que pretenden establecer un orden aun en los rincones más ocultos; escuchamos atentamente cómo habla un ser humano acerca de su alma y del misterio inefable de su alma.

Ocurre como con el libre arbitrio. Ciertamente, el gran ordenamiento del cosmos no admite ningún vacío. Ciertamente, todo está predeterminado. Pero este ser humano se ha sentido libre. ¡Refutad esa sensación con vuestros conceptos! Demostrad que su sensación es una ilusión, al igual que la teología de-

muestra que Dios existe porque todo tiene una causa y, por lo tanto, también el mundo ha de tener una causa. Os reís de los teólogos: la causalidad sólo es válida en el reino de la experiencia; pero tal vez la vivencia sea aquello que está más allá de la experiencia al estar antes que la experiencia. Yo soy la cara oscura de la luna; sabéis de mi existencia, pero lo que designáis como claridad no es válido para mí. Yo soy el resto de una ecuación que no da resultado; podéis ponerme un signo, pero no podéis hacer que me desvanezca. *You would pluck out the heart of my mystery?* Este ser humano se ha sentido libre; ha sentido libertad, libertad divina en sus acciones. ¿Una ilusión? Pues bien, entonces la ilusión es, para nosotros, lo que es esencial en él.

Así ocurre con el éxtasis: la palabra nos concierne, la palabra del yo. En este libro he incluido también manifestaciones de algunas personas que pertenecen a aquellas a las que se denomina enfermizas. Al igual que la ilusión se mide por el criterio de la «verdad», del mismo modo la enfermedad por el criterio de la «salud». Pero a mí no me interesa que un médico, al reconocer a Anna Vetterin, la encuentre una histérica; a mí me interesa cómo esta mujer habla desde la urgencia de su bienaventuranza. Yo no sé qué es la demencia; pero sé que estoy aquí para escuchar la voz del ser humano.

Entonces, ¿algo estético? No, tampoco eso. No me refiero a las palabras o a si están bellamente ensambladas, me refiero a la Palabra. Ésta es una belleza diferente a la estética: la voz del ser humano que resuena en mis oídos.

Del ser humano; y ya no conozco grados ni la jerarquía de los espíritus. Aquí Plotino es el poeta más elevado, y Attâr el más audaz; ahí está Valentinus, el daimón secreto de una época de transición, y Râmakrishna, por quien el hinduismo en su totalidad se ha vuelto a revelar en nuestros días; ahí está Simeón, el amigo bizantino y cantor de Dios,

y Gerlach Peters, su hermano holandés, joven y contento de morir, más próximo a mi corazón que el Admirabilis; y ahí está, junto a ellos, esa pastora, Alpais (que para mí casi habla con demasiada prudencia); ahí está esa rústica campesina, Armelle; ahí están los camisards, que, para mí, hicieron la confesión apropiada, la del pecado y la salvación; ahí están esas monjas simples enamoradas; ahí están esos ciudadanos desmañados que balbucean sus leyendas prodigiosas: Hans Engelbrecht y Hemme Hayen. Ahí están el uno junto al otro viviendo en común con aquellos que osaban hablar del abismo; yo vivo con ellos, yo escucho sus voces, su voz: la voz del ser humano.

Al haber estado buscando sólo esto, se comprenderá por qué he acogido aquí únicamente unos pocos testimonios de la gran cantidad que he recopilado a través de mis años de búsqueda. Por qué no he acogido todos los textos no subjetivos sobre el éxtasis (aunque he intentado destilar el elemento más personal de ciertas manifestaciones aparentemente impersonales, y, por lo demás, he añadido en un apéndice algunos documentos importantes de manifestaciones no subjetivas de pueblos y círculos que no se han podido tomar en cuenta en la parte principal de este volumen, junto con un texto perteneciente al «Tratado de la hermana Katrei», del que no quería prescindir en este libro); así faltan aquí Filón y Proclos, Kabasilas y los victorinos, Ruysbroek y Juan de la Cruz;

por qué no he acogido todas las descripciones de visiones de carácter no subjetivo, esto es, aquellas en las cuales el visionario ni actúa ni padece esencialmente (con la excepción de una visión de Birgitta, que parece enteramente subjetiva, aunque ella casi se muestre indiferente); por esto no se ha tenido en cuenta a personas tan extrañas como Joaquín de Fiore, Marguerite d'Oyngt, Zuster Hadewyck; tampoco, en especial, a esos topógrafos de la visión del tipo de Swe-

denborg, cuyos tremendos diarios espirituales sólo me han provocado una enorme admiración;

por qué no he acogido todo lo dicho de una manera escolástica o retórica, esto es, medieval;

por qué no he acogido todas las manifestaciones autobiográficas sobre el éxtasis como objeto de la curiosidad y del análisis (Cardano me parece ser aquí el más notable);

por qué no he acogido todo discurso poético que demuestra ser un sometimiento de la experiencia al ritmo; eso equivale a sustituir lo que brota y se precipita por el ondulado ascenso y descenso métricos (entre éstos he tenido que contar también a Jacopone, uno de mis favoritos, mientras que he creído que debía acoger a Attâr, Rumi, Simeón, Mechtild von Magdeburg, Seuse); una distinción que no puedo justificar formulando un criterio, sino sólo remitiendo al lector a las obras mismas (la decisión no me ha sido fácil en lo que respecta a Jacopone);

por qué no he acogido toda explicación psicológica de la vivencia; me refiero a esa índole de informe que describe la vivencia en el contexto de una relación causal, objetivándola; que no se expresa desde la fuerza de la experiencia mientras continúa afectando al hablante, sino desde una recapitulación, una reflexión, y que no contempla la imagen persistente, sino la imagen del recuerdo; con ésta está emparentada la descripción clasificatoria de la famosa Teresa, de la que sólo he acogido lo más subjetivo, y eso no sin resistencia.

Por otra parte, he excluido todo lo fragmentario que no ha llegado a prosperar y adoptar la forma de la expresión de una personalidad; aquí he prescindido a disgusto de textos hindúes y gnósticos, así como a un rico material de sectas esclavas (de todo lo que he reunido de sectas contemporáneas, sólo he mantenido como representativa la confesión de una camisard; de lo más antiguo, algo de la herejía del cristianismo primitivo me parecía demasiado esencial como para que pudiese faltar).

Aunque he buscado por doquiera lo directo, no he convertido en un principio de la selección el carácter inmediato de la transmisión. He incluido confesiones que no han sido escritas por el protagonista, sino por personas de su entorno (las palabras de Râmakrishna y de otros, en especial muchos documentos del éxtasis conventual, son de esta índole), a veces por aquellos que de algún modo participaron en sus vivencias, así como ese extraño testimonio de un éxtasis en pareja que procede del confesor de Catalina de Siena; algunos textos anónimos que pasaron el examen (el canto de la desnudez y esa visión del desconocido «paje»), incluso también algo claramente legendario donde siguieron viviendo las palabras del extático, mantenidas de manera inequívoca por la fidelidad de las generaciones de creyentes (así, los primeros sufís, Egidio de Asís).

No he aspirado a ninguna índole de exhaustividad. Cada tipo fundamental me pareció adecuadamente representado con pocos textos significativos. Sólo he prestado una mayor atención de lo que requería la justa proporción del libro a un ámbito concreto: el éxtasis conventual. Esto ha sido así porque encontré aquí, junto a la uniformidad externa de una institución, más aún, de una regla, una vida de variedad maravillosa, porque aquí se me mostró con más claridad cómo la vivencia más interna del ser humano es al mismo tiempo la más general y la más personal, aquella por la cual se manifiesta plenamente como criatura y como una persona única e irrepetible. Así, por poner un ejemplo, en cuatro siglos se suceden cuatro mujeres italianas: en el periodo de Duccio y de los últimos bizantinos, la contemplativa Angela di Foligno, tan ajena a la forma; en el periodo de Giotto, la Sienesa ferviente con todo su cuerpo; en el periodo del Renacimiento medio, la sosegada, clara, segura de sí misma Caterina Fiesca, de Génova; en el periodo del Barroco, Magdalena, que arrollaba todos los obstáculos. O en un espacio

muy reducido y en un breve periodo de tiempo: como en el convento de Töss en Winthertur, probablemente en gran proximidad, Sofía de Klingnau, que sólo pudo experimentar a sí misma, y Jützi Schultheiss, que sólo pudo experimentar el mundo; pero la primera no experimentó algo en particular de sí misma, sino su yo íntegro en todas las cosas, y la segunda no cualquier cosa, sino el mundo entero en todas las cosas. Experimentaron lo mismo y, no obstante, con cuánta diferencia. Ejemplos similares se pueden encontrar en la literatura conventual.

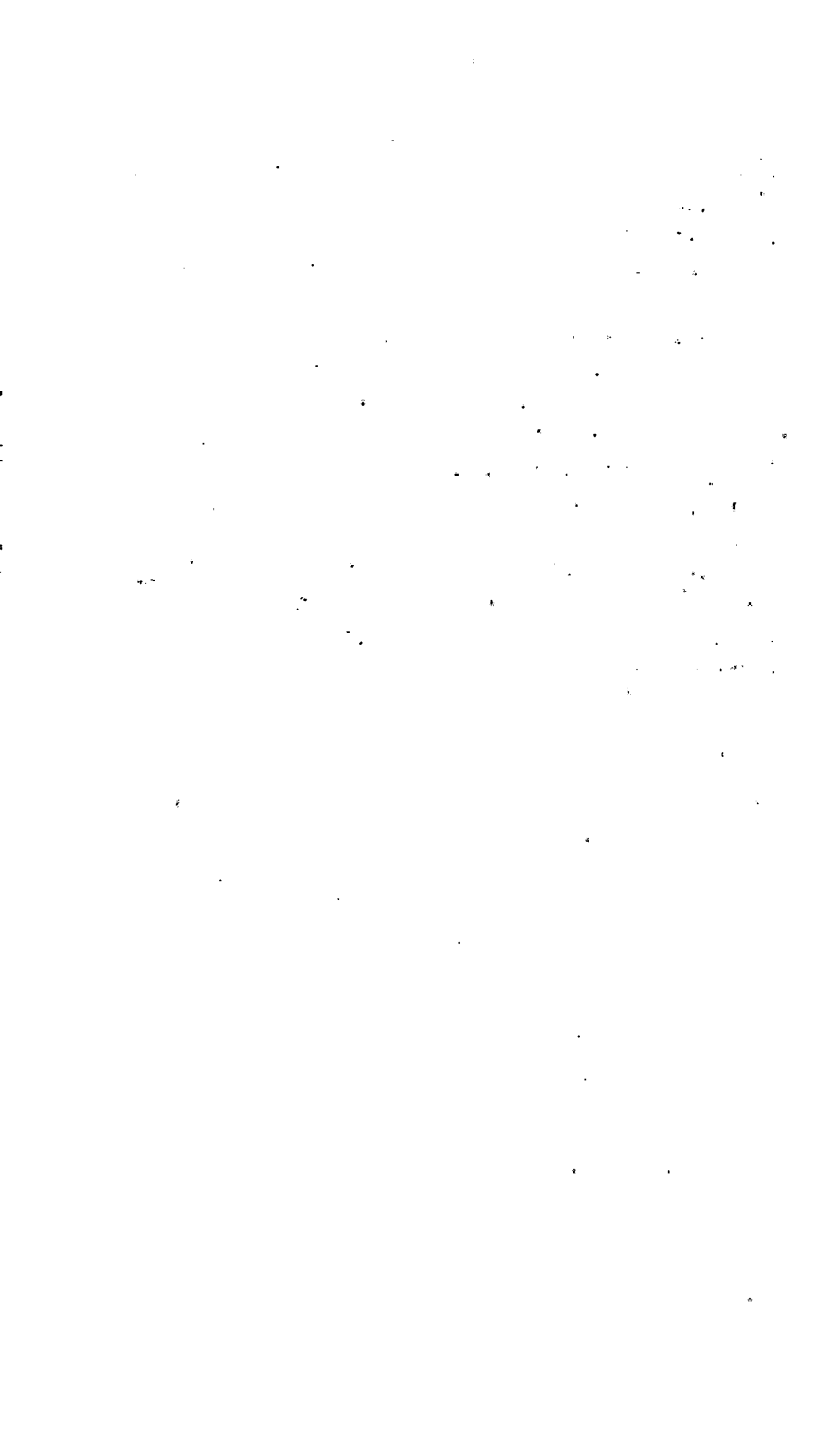
Hay otra desproporción que me parece peor: que aporte mucho menos del Oriente que del cristianismo occidental. Eso se debe en principio a que la mayoría de las lenguas orientales me resultan inaccesibles y a que, por ejemplo, sólo muy pocos textos persas se han traducido a una lengua europea. Pero hay algo diferente: me parece que los textos asiáticos contienen, en comparación, pocas confesiones propiamente dichas. El éxtasis es en el Oriente una manifestación más frecuente, habitual o, por decirlo así, normal, que en Europa; su expresión se plasma, por lo tanto, en vez de en una confesión especial, de algún modo en la obra cotidiana, en un verso amoroso o en un recipiente de cerámica; se pueden leer en dísticos persas o en jarrones chinos. Raras veces la vivencia se crea un camino propio. A esto se añade que el oriental, a diferencia del europeo, no mantiene la experiencia, como si la alzara con sus manos, para contemplarla como propia; él siente: la experimenta.

Esto bastará para explicar lo que se encuentra en este libro y lo que falta. Pero he de añadir algo sobre la manera en que he tratado los textos. El hecho de que haya tenido que incluir extractos y suprimir pasajes no esenciales (están siempre señalados con puntos) queda fundamentado en la intención del libro. Las piezas líricas las he vertido en prosa, ya que sólo de esta manera podía alcanzar el grado de fidelidad que

necesitaba. Sólo he recurrido en dos casos a traducciones alemanas ya disponibles, por no haber podido conseguir el original, así como en un caso en el que no encontré un texto persa en ninguna otra traducción y en otro en el que ya existía una tradición clásica alemana para un texto hindú (la de Paul Deussen). Las ediciones y las traducciones que he empleado se mencionan al final.

No he añadido biografías de las personas de las que proceden las confesiones. Sus circunstancias vitales no tienen nada que ver con lo que aquí se aporta de ellas. Sólo he indicado el periodo y la esfera para facilitar la localización de las personas, a menudo poco conocidas, en el camino de la humanidad. Donde sea necesario ampliar algo, se encontrará una indicación en las notas bibliográficas, siempre que no haya sido suficiente con la mención de las ediciones o traducciones, que también incluyen noticias sobre las circunstancias vitales.

MARTIN BUBER



INTRODUCCIÓN: ÉXTASIS Y CONFESIÓN

La agitación de nuestra vida humana, que lo admite todo: toda la luz y toda la música, todas las locuras del pensamiento y todas las variaciones del dolor, la plenitud de la memoria y la plenitud de la esperanza, sólo se cierra a una cosa: la unidad. En cada mirada parpadean en secreto miles de miradas que no quieren hermanarse con ella; cada bello y puro asombro se ve confundido por miles de recuerdos, y aún en el sufrimiento más silencioso susurran miles de preguntas. La agitación es opulenta y pobre, acumula y fracasa cuando pretende abarcar, construye una vorágine de objetos y una vorágine de sentimientos desde una pared del torbellino a otra, de modo que las cosas vuelan las unas hacia las otras y unas por encima de otras, y nos hace pasar, a lo largo de este nuestro camino, sin unidad. La agitación me permite tener cosas y las ideas que van con ellas, pero no la unidad del mundo o del yo, lo que es lo mismo. Yo, el mundo, nosotros: no, yo el mundo soy lo que se sustrae, lo que no se puede captar, lo no experimentable. Doy al ovillo un nombre y le digo mundo, pero el nombre es una unidad que se experimenta. Doy al ovillo un sujeto y le digo yo, pero el sujeto no es una unidad que se experimente. Nombre y sujeto son los de la agitación, y mía es la mano que se extiende... hacia el vacío.

Pero ése es el sentido divino de la vida humana: que la agitación, después de todo, sólo es precisamente el exterior

de un interior desconocido, que es la cosa más viva de todas; y que este interior sólo puede rehusar el conocimiento, que es un hijo de la agitación, pero no puede rehusar el alma oscilante y que se libera para la experiencia. El alma, que se ha tensado del todo para reventar la agitación y escapar de ella, es la que recibe la gracia de la unidad. Puede encontrarse con un ser humano querido o con el paisaje de un pedregal agreste; de ese ser humano y de ese pedregal se enciende la gracia, y el alma ya no experimenta algo particular en torno al que pululan miles de otros particulares, tampoco la presión de una mano o el aspecto de las rocas, sino que experimenta la unidad, el mundo: se experimenta a sí misma. Se ponen en juego todas sus fuerzas, todas las fuerzas unidas y sentidas como una, y en medio de las fuerzas vive e irradia el ser humano amado, la piedra contemplada: experimenta la unidad del yo, y en ella la unidad del yo y el mundo; ya no un contenido, sino aquello que es infinitamente más que todo contenido.

Y, sin embargo, ni siquiera esto supone la completa libertad para el alma. No la ha recibido de ella misma, sino del otro, y lo otro está en las manos de la agitación. Así, cualquier incidente en la agitación —un pensamiento que transforma el rostro de la persona amada, una nube que transforma la faz de la roca— puede obtener poder sobre ella y arruinar su unidad, de modo que vuelva a estar abandonada y esclavizada en el torbellino de los sentimientos y de los objetos. E incluso en el puro instante puede aparecer como un desgarró, como un asomarse, y en vez de la unidad hay dos mundos, y el abismo, y el más frágil de los puentes por encima; o el caos, el hervidero de las tinieblas, que no conoce unidad alguna.

Pero hay una vivencia que crece en el alma desde ella misma, sin contacto y sin impedimento, en desnuda particularidad. Nace y se consume más allá de la agitación, libre

de lo otro, inaccesible a lo otro. Ni necesita alimentación ni la puede alcanzar veneno alguno. El alma que está en ella está en sí misma, se tiene a sí misma, se experimenta a sí misma: sin límites. Se experimenta a sí misma como unidad, ya no porque se haya entregado plenamente a una cosa del mundo, se haya acogido plenamente en una cosa del mundo, sino porque se ha sumergido enteramente en sí misma, se ha zambullido por completo en el fondo de sí misma, es al mismo tiempo núcleo y envoltura, sol y ojo, bebedor y bebida. Esta vivencia, la más interna de todas, es la que los griegos llamaban *ekstasis*, esto es, salir.

Si la religión realmente, como se dice, se ha «desarrollado», se puede considerar como una fase esencial de este proceso la transformación que se ha operado en la noción de Dios. En principio, el hombre parece haber querido explicar, primordialmente, con el nombre de Dios, lo que él no entendía del mundo; luego, cada vez con más frecuencia, aquello que el hombre no entendía de sí mismo. Así, el éxtasis —aquello que el hombre podía entender menos de sí mismo— se convirtió en el don supremo de Dios.

Ese fenómeno que se puede designar, según un concepto óptico, como proyección, la exposición de algo interno, como se muestra en forma más pura es en el éxtasis, el cual, al ser lo más interno, es lo que más se expone. El creyente de la época cristiana sólo puede localizarlo en los polos de su cosmos: lo ha de atribuir a Dios o al demonio. Jeanne de Cambray escribía aún a su confesor: «Estoy obligada a daros a conocer la congoja interna en que me ha sumido vuestra última exhortación, ya que me habéis dejado en la duda de si es Dios o el demonio el que me guía. Si es el demonio, todas las oraciones que he repetido durante treinta y siete años no han servido de nada». Pero no sólo en aquellos tiempos había quien dividía la vida en lo divino y lo demoníaco porque no conocían el poder y la amplitud

de lo humano y eran incapaces de captar la interioridad del éxtasis: apenas hay algún extático que no haya interpretado su experiencia del yo como experiencia divina (y por más que se intentara interiorizar a Dios, apenas ha habido alguno que lo tomara plenamente en el yo como la unidad del yo). Esto me parece fundamentarse en la naturaleza misma de la vivencia extática.

En la vivencia del éxtasis mismo nada indica un interior y un exterior. Quien experimenta la unidad del yo y el mundo no sabe nada del yo y del mundo. Pues —tal y como se dice en las Upanishad—, al igual que alguien abrazado por una mujer amada no es consciente de aquello que está fuera o dentro, así el espíritu, abrazado por el sí mismo primordial, no es consciente de aquello que está dentro o fuera. Pero el hombre no puede evitar situar incluso lo más subjetivo, lo más libre, una vez vivido, en la cadena de la agitación y forjar aquello que pasó por el alma intemporalmente y sin ataduras como la eternidad a un pequeño pasado, la causa, y a un pequeño futuro, el efecto. Pero cuanto más auténtica y desprendida es la vivencia, tanto más difícil ha de ser situarla en el círculo del otro, de lo que está sujeto, y tanto más natural e irrefutable es atribuirlo a uno que está por encima del mundo y fuera de toda sujeción. El hombre, que deambula día tras día con las funciones de su corporeidad y de su servidumbre, recibe en el éxtasis una revelación de su libertad. Él, que sólo conoce una vivencia diferenciada —vivencia de un sentido, del pensamiento, de la voluntad, conectadas entre sí, pero separadas y conscientes en esa separación—, experimenta una vivencia indiferenciada: la vivencia del yo. El que sólo recibe y conoce particularidades sobre sí mismo, lo limitado, lo condicionado, se encuentra de repente bajo una tempestad de una fuerza, de una superabundancia, de una infinitud, en la cual incluso su seguridad más primordial, la barrera entre el sí mismo y el otro, se ha

ido a pique. No se puede cargar al acontecer general con esta vivencia; uno no se atreve a ponerla sobre su pobre yo, del que no sospecha que porta el yo del mundo; así que se hace depender de Dios. Y lo que piensa, siente y sueña de Dios vuelve a penetrar en sus éxtasis, se derrama en una lluvia de imágenes y sonidos sobre ellos y crea en torno a la vivencia de la unidad un misterio multiforme.

La noción elemental en este misterio es el de una unión —pensada más o menos corporalmente— con Dios. El éxtasis es originariamente un entrar en Dios,¹ *enthusiasmos*: estar lleno de Dios. Formas de esta noción son comer el Dios, inhalar el hálito de fuego divino, la unión amorosa con Dios (esta forma básica ha sido propia de todas las místicas tardías), ser generado de nuevo, renacer a través del Dios, ascenso del alma hacia Dios, hacia el interior de Dios. Pablo no sabe si su alma estaba en el cuerpo o fuera del cuerpo, y Haj Gaon rechaza una opinión de la multitud cuando dice del adepto que ha superado los diez escalones: «Entonces el cielo se abre ante él, y no es que él ascienda hacia el cielo, sino que ocurre algo en su corazón por lo cual entra en la contemplación de las cosas divinas». Y por muy largo que sea el camino que lleva de él a los platónicos, a los sufís, a los amigos alemanes de Dios, también en ellos sigue viviendo el Dios con el que unifica el éxtasis. Sólo en las palabras hindúes más antiguas —y tal vez después en raras manifestaciones de individuos— se anuncia el yo que es uno con el cosmos y la unidad.

De todas las vivencias de las que, para designar su carác-

1. A los ejemplos aducidos por Dieterich en *Eine Mithrasliturgie* (este libro, que es un legado, no puede dejar de mencionarse aquí) para la noción de Dios como el elemento pneumático en el que se encuentra el creyente, se podría añadir quizá también el nombre divino del judaísmo postrero Makom, esto es, el lugar que aparece como la última huella de una imagen primordial.

ter incomparable, se dice que no se pueden comunicar, sólo el éxtasis es, por su naturaleza, lo inefable. Lo es porque el hombre que lo experimenta se ha convertido en una unidad a la que ya no llega ninguna dualidad.

Aquello que se experimenta en el éxtasis (si realmente se puede hablar de un «qué») es la unidad del yo. Pero para experimentarse como unidad, el yo tiene que haberse convertido en una unidad. Sólo el que se ha unificado por completo puede recibir la unidad. Ahora ya ha dejado de ser un haz, es un fuego. Ahora han confluído el contenido de su experiencia y el sujeto de su experiencia, el mundo y el yo; ahora todas las fuerzas se han armonizado en un único poder, ahora todas las chispas se han fundido en una llama. Ahora se ha alejado de la agitación, se ha alejado hacia el reino celestial más silencioso y sin palabras; se ha alejado asimismo del lenguaje, que la agitación se creó una vez con esfuerzo para ser su mensajero y criado y que, desde que vive, aspira eternamente a lo uno, a lo imposible: a poner su pie en la cerviz de la agitación y transformarse por completo en poesía: verdad, pureza, poesía.

«Ahora habla —así dice Meister Eckhart— la novia en el Cantar de los Cantares: ascendí todas las montañas y todas mis facultades hasta llegar a la fuerza oscura del Padre. Allí escuché sin sonidos, allí vi sin luz, allí olí sin movimiento, allí gusté lo que no era, allí sentí lo que no existía. Mi corazón se quedó entonces sin fondo, mi alma sin amor, mi espíritu sin forma y mi naturaleza sin esencia. ¡Ahora entendí lo que ella quiere decir! Cuando dice que ha ascendido todas las montañas, significa que ha trascendido todas las palabras que de algún modo puede idear partiendo de sus propias facultades, hasta que ella alcanza la oscura fuerza del Padre, donde terminan todas las palabras».

Estando tan elevado por encima de la multiplicidad del yo, por encima del juego de los sentidos y del pensamiento,

el extático también está separado del lenguaje, que no le puede seguir. Es como un almacenamiento de signos para las afecciones y necesidades del cuerpo humano; ha crecido en tanto que ha formado signos para las cosas perceptibles en la proximidad y lejanía del cuerpo humano; ha seguido el desarrollo del alma humana por senderos cada vez más secretos y ha formado, cincelado, soldado, nombres para las miles de artes más obstinadas y para los miles de misterios más delirantes; ha asaltado el Olimpo del espíritu humano, no, ha hecho el Olimpo del espíritu humano al apilar imagen-palabra sobre imagen-palabra, hasta que la cumbre suprema del pensamiento quedó erigida en la palabra; y eso lo hace y lo hará; pero sólo puede recibir de una cosa y satisfacer una sola cosa: la multiplicidad generadora de signos del yo. Nunca entrará en el reino del éxtasis, que es el reino de la unidad.

Lenguaje es conocimiento: conocimiento de la proximidad o de la lejanía, de la percepción o de la idea, y conocimiento es la obra de la agitación: en sus mayores milagros un sistema de coordenadas gigantesco del espíritu. Pero la vivencia del éxtasis no es conocimiento.

Ése es el sentido de lo que leemos en el libro de Hierotheos (¿del sirio Stefan bar Sudaili?), el mismo Hierotheos, por lo que podemos juzgar, del que se dice en los escritos areopagitas que no sólo ha experimentado lo divino, sino que también lo ha padecido, οὐ μόνον μαθὼν ἀλλὰ καὶ παθὼν τὰ θεία.

«Me parece justo decir sin palabras y comprender sin conocer aquello que está más allá de las palabras y del conocimiento: con esto no me refiero a otra cosa que al secreto silencio y al sosiego místico que destruye la consciencia y disuelve las formas. Así pues, busca, en el silencio y en el misterio, esa unificación perfecta y originaria con el bien primordial y esencial».

Pero el que experimenta el éxtasis no se ha convertido en una unidad sólo en comparación con su previa pluralidad. La unidad no es relativa, no está limitada por lo otro, es ilimitada, pues es la unidad del yo y el mundo. Su unidad es soledad, la soledad absoluta: la soledad de aquello que es sin límites. Él tiene al otro consigo mismo, a los otros, en su unidad: como mundo; pero fuera de sí ya no tiene a ningún otro, ya no tiene comunidad alguna con ellos, nada en común. El lenguaje, sin embargo, es una función de la comunidad y no puede decir nada salvo lo que es común. También ha de transferir de algún modo lo que es más personal a la vivencia común, de algún modo componerlo a partir de la vivencia común para expresarlo. El éxtasis se encuentra más allá de la vivencia común. Es la unidad, es la soledad, es la unicidad: no se puede transferir. Es el abismo insondable: lo indecible.

En ese pasaje del gran libro de magia parisino² que contiene el Apathanatismos, la guía mística para la suprema iniciación, el renacimiento para la inmortalidad, se dice: «... pero verás cómo los dioses se vuelven a mirarte y se precipitan sobre ti. Tú llévate al instante el dedo índice a la boca y di: silencio, silencio, silencio —símbolo del dios viviente, imperecedero—, protégeme, ¡silencio! Cuando ahora contemples el mundo superior puro y solitario y ninguno de los dioses o de los ángeles se precipite sobre ti, prepárate a oír el estampido de un poderoso trueno que te estremecerá. Pero tú vuelve a decir: silencio. Oración: yo soy una estrella que viaja con vosotros por el sendero y que centellea desde las profundidades».

El silencio es nuestro símbolo protector contra los dioses y ángeles de la agitación, nuestro guardián contra sus aberraciones, nuestra purificación contra su impureza.

2. N. del T. Buber se refiere al llamado Gran Código Mágico de París (papiro 574 de la Bibliothèque Nationale).

Nosotros silenciarnos la vivencia, y es una estrella la que viaja a lo largo del sendero. Lo decimos, y se ha arrojado a los pies en el mercado. Cuando estamos silenciosos ante el Señor, entonces mora en nosotros; decimos Señor, Señor, y ya lo hemos perdido. Pero precisamente así es con nosotros: tenemos que hablar. Y nuestras palabras construyen una bóveda celestial sobre nosotros, un cielo sobre nosotros y los otros: poesía, amor, futuro. Pero hay algo que no está bajo este cielo; lo único que se necesita.

La consciencia puso el éxtasis fuera, en la proyección; la voluntad lo vuelve a poner fuera en el intento de decir lo indecible. Tampoco la vivencia más interna se mantiene a salvo del impulso hacia la expresión. Creo en los éxtasis que nunca fueron tocados por un sonido como en un santuario invisible de la humanidad; los documentos de los que desembocaron en palabras están ante mí. Aquí están seres humanos que no soportaron su soledad, la suprema, la absoluta, que del infinito que habían experimentado descendieron al centro de lo finito, de la unidad al centro de la multiplicidad pululante. En cuanto hablaron, en cuanto —como suele ser el prelude del discurso— se hablaron a sí mismos, ya estaban encadenados en los límites; el ilimitado no se habla a sí mismo, en sí mismo, porque en él tampoco hay límites: ninguna pluralidad, ninguna dualidad, ningún tú en el yo. En cuanto hablan, ya han quedado a merced del lenguaje, que está a la altura de todo, pero no a la del fundamento de la vivencia, de la unidad. En cuanto dicen algo, ya dicen lo otro.

Hay, no obstante, un lenguaje de lo más silencioso que sólo quiere comunicar la existencia, no describirla. Es tan elevado y silencioso como si no hubiera nada en el lenguaje, sino como un levantar los párpados en el silencio. No comete deslealtad alguna, porque sólo expresa que algo es.

Ese experto orador y hombre de la Iglesia, Bernardo de

Claraval, se detiene de repente en medio de su sermón y, a continuación, ni jactancioso ni humilde —ya que no se trata de un ardid, sino que el recuerdo le ha asaltado rompiendo el discurso en sus labios—, dice en voz baja: «Fateor et mihi adventasse Verbum» —«Confieso que la Palabra también se ha aproximado a mí»—. Después sigue hablando, tal vez en voz más alta, pero aún resistiéndose con la simplicidad del alma a la inoportunidad del arte, que pretende volver a introducirse: cómo sentía que estaba allí, cómo recordaba que había estado allí, cómo había presentido que vendría, y cómo no percibió su venida y su ida. Cómo no pudo entrar por ningún sentido, al no ser sensorial; cómo no pudo haberse originado en él mismo, al ser perfecto. «Cuando miraba hacia fuera, la encontraba más allá de todo lo que era exterior a mí; cuando miraba hacia dentro, estaba más interior que en lo más hondo de mí. Y reconocí que era verdad lo que había leído: que vivimos, nos movemos y somos en ella; pero es bienaventurado el que la tiene en él, el que vive de ella, el que es movido por ella». Creo su confesión. Siento que él, a la sazón, cuando no podía hablar como hoy, tuvo horas en las que también sufrió lo divino. Y toda la hábil elegancia de su discurso se compensa para mí cuando informa de su hora, de tal manera que no arroja la Palabra para pasto de las palabras, sino que da testimonio de la Palabra con su silencio, como un mártir con su sangre.

De esta forma de hablar conducen muchas graduaciones a esa narrativa de Dios y de sus dones, que no se atemoriza ni retrocede, sino que dice y dice. No es menos honesta, su lenguaje no suena brusco en ninguna parte, sabemos que no miente, sino que confiesa lo que quiere decir. Pero le falta el silencio, y donde no hay silencio, allí la voz de la necesidad se oye como una voz de la arbitrariedad.

El mismo proceso de la proyección —que uno que ha experimentado su yo se anuncia a sí mismo y anuncia a los

otros que ha experimentado a Dios— ha de parecer a algunos ya arbitrario: al ateo, como la arbitrariedad de un teísmo superfluo (o un panteísmo impuro); para el piadoso, como la arbitrariedad de la arrogancia y la blasfemia. «Y cuando ellos —dice Jeremy Taylor, que era un intelecto demasiado sutil para indignarse en vez de comprender— sufren éxtasis más allá de las cargas y los apoyos de la razón, no saben lo que sufren y le dan el nombre que quieren (*they suffer they know not what, and call it what they please*)». Y, sin embargo, aquí en verdad no hay arbitrariedad, sino urgencia y necesidad.

Aún más arbitrario ha de parecer el contenido de la confesión del extático, sobre todo aquel que no ha experimentado en la propia alma la tragedia que resulta del encuentro del impulso de expresar lo más interno y personal con el lenguaje humano dado: esa lucha de lo irracional con lo racional, que finaliza sin victoria ni derrota, en un trozo de papel escrito que para el ojo que ve lleva el sello de un gran sufrimiento.

Bossuet, un intelecto de orden inferior al de Taylor y un amante de la lógica (mientras no ofenda al dogma), quiere destruir al extático con la ocurrencia ingeniosa de descubrir una contradicción. Ellos dicen, exclama, que la contemplación no sólo excluye todas las imágenes en la memoria y todas las huellas en el cerebro, sino también toda idea y toda apariencia mental; y mientras dicen esto, están obligados a desmoronarlo, no sólo respecto a las apariencias y a las ideas mentales, sino también respecto a las imágenes corpóreas, de las que están llenas los libros que las excluyen.

En efecto, se ha descubierto una contradicción. ¿Pero qué puede significar para el enjuiciamiento de personas que pasan sus vidas en el dolor de una contradicción monstruosa, de la contradicción entre la vivencia y la agitación, de la cual surgieron y en las que se vuelven a precipitar una y otra vez?

Ésa es la contradicción entre el éxtasis, que no penetra en la memoria, y el deseo de salvarlo para la memoria en la imagen, en la palabra, en la confesión.

Sí, es cierto: el extático no puede decir lo indecible. Él dice lo otro: imágenes, sueños, visiones; pero la unidad, no. Él habla, ha de hablar, porque la palabra arde en él. El que no hablaba a los hombres hablaba consigo mismo; él era más santo porque, exteriormente, permaneció solitario, ¿pero acaso no sería que permaneció solo porque no se sintió impulsado o inclinado a llevar un mensaje a los demás, el mensaje imposible?

No miente quien habla de la unidad en imágenes, sueños y visiones, quien balbucea sobre la unidad. Formas y sonidos que, nacidos de su sentimiento divino, giraban en torno a la vivencia originaria han permanecido en su memoria: en torno a la conflagración impulsora que vive en él sólo como huella de la vivencia; tal vez se mezclen aquí, emergiendo de esferas oscuras de su alma, otras formas y sonidos. Él no sabe de dónde vienen, pero trata de captarlos para comprenderse a sí mismo. Pues él no se comprende a sí mismo; y, no obstante, en él ha despertado el deseo que se había apagado en el éxtasis: comprenderse a sí mismo. Él dice las formas y los sonidos y advierte que no dice la vivencia, no el fundamento, no la unidad, y quisiera detenerse y no puede, y siente lo indecible como una puerta con siete cerrojos que él manipula sabiendo que no va a abrirse, pero no puede dejarlo. Pues la Palabra arde en su interior. El éxtasis ha muerto, asesinado a traición por el tiempo, que no quiere que se burlen de él; pero, muriendo, ha arrojado la palabra en él, y la palabra arde en su interior. Y él habla, habla, no puede callar, le impulsa la llama en la palabra, él sabe que no la puede decir y, no obstante, lo intenta, una y otra vez, hasta que su alma queda mortalmente extenuada y la Palabra le abandona. Ésta es la *exaltatio* de aquel que

ha regresado a la agitación y no puede resignarse; ésta es su insurrección, la insurrección de un hablante: emparentada con la insurrección del poeta, más pobre que él en la posesión, más poderoso en la existencia. Ésta es la tensión de decir lo indecible, una tarea imposible, una creación en la oscuridad. Su obra, la confesión, lleva su signo.

Y, sin embargo, la voluntad de decir del extático no es meramente impotencia y balbuceo: también es poder y melodía. Él quiere crear una memoria al éxtasis que no deje huellas, salvar lo intemporal en el tiempo, quiere convertir la unidad sin pluralidad en la unidad de toda pluralidad. Despierta el pensamiento en el gran mito, un pensamiento que atraviesa las épocas de la humanidad: el de la unidad que se torna pluralidad, porque ella quiere ver y ser vista, conocer y ser conocida, amar y ser amada, y, permaneciendo esa unidad, abarcarse a sí misma como pluralidad; el del yo que genera un tú; el del sí mismo primordial que se transforma en mundo, el de la divinidad que se transforma en Dios. ¿No es el mito proclamado por los Vedas y por las Upanishad, por el Midrasch y la Cábala, por Platón y Jesús, el símbolo de aquello que experimenta el extático? ¿Acaso los maestros de todos los tiempos, que lo crearon y lo recrean una y otra vez, no se han inspirado en su vivencia? Pues también ellos han experimentado la unidad; y también ellos han pasado de la unidad a la pluralidad. Pero al igual que su éxtasis no era la irrupción de algo inaudito que se apodera del alma, sino recogimiento y la fuente más profunda y una confianza con el fundamento, así la palabra no se posaba sobre ellos como una conflagración impulsora: se posaba sobre ellos como la mano de un padre. Y así les condujo a insertar la vivencia, no como acontecimiento en la agitación, no como informe en la mentalidad del tiempo, sino en la acción de sus vidas, para que influya en sus obras, para renovar poéticamente el mito antiquísimo y así no colocarlo como una cosa con las

cosas de la tierra, sino como una estrella con las estrellas del cielo.

¿Pero es el mito un fantasma? ¿Acaso no es una revelación de la última realidad del ser? ¿Acaso la vivencia del extático no es un símbolo de la vivencia primigenia del espíritu del mundo? ¿No son ambas cosas una vivencia?

✓ Escuchamos en nuestro interior, y no sabemos qué murmullo de mar oímos.

MARTIN BUBER

CONFESIONES EXTÁTICAS

De la conversación del príncipe Dara Shekoh con el asceta Bába Lâl en los jardines de Jaffer Khan saduh, en el año 1649 (escrito por un ksatriya y un brahmán del séquito del príncipe)

El príncipe: ¿En qué se diferencian el alma suprema y el alma viviente?

El asceta: No se diferencian, y el placer y el sufrimiento, que se atribuyen al alma viviente, proceden de su prisión en el cuerpo. El agua del Ganges es la misma, ya fluya en el lecho del río o se vierta en una jarra.

El príncipe: ¿Qué diferencia puede generar eso?

El asceta: Una grande. Una gota de vino añadida al agua de la jarra comunicará su sabor a todo el conjunto; en el río se perdería. Así pues, el alma suprema carece de azar, pero la viviente es afligida por el sentido y la pasión. El agua vertida sobre un fuego apagará el fuego; pero si se pone esa agua sobre el fuego en una olla, el fuego vaporizará el agua. Así el cuerpo es el recipiente confinante; la pasión, el fuego; y el alma, el agua, está dispersa ampliamente alrededor. La única y gran alma suprema es incapaz de estos atributos. Sólo se puede alcanzar la bienaventuranza en la unión con ella, cuando las partes dispersas y separadas se vuelven a unir con ella como las gotas de agua con el río paterno. En consecuencia, aunque dios no necesita el servicio de su esclavo, éste debería recordar que él sólo está separado de dios por el cuerpo, y puede exclamar perpetuamente: bendito sea el instante en que levantaré el velo de ese semblante. El velo ante el semblante de mi amada es el polvo de mi cuerpo.

El príncipe: ¿Cuáles son los sentimientos del faquir perfecto?
El asceta: No se han descrito, no deben ser descritos, como se ha dicho. Alguien me preguntó cuáles son las sensaciones de un enamorado. Yo respondí: «Cuando seas uno, lo sabrás».

De la vida de Râmakrishna (1833-1886). De acuerdo con las notas de su discípulo Vivekânanda

Comenzó a ver la imagen de la diosa Kâlî como su madre y la madre del universo. Él creía que vivía y respiraba y tomaba alimento de su mano. Después de las formas regulares del culto quería permanecer allí sentado, hora tras hora, cantándole himnos, hablándole y rezándole como un niño a su madre, hasta que perdía toda consciencia del mundo exterior. A veces quería llorar durante horas y no quería dejarse consolar porque no podía ver a su madre con la perfección que deseaba...

Toda su alma se deshacía en un flujo de lágrimas, e invocó a la diosa para que se apiadase de él y se le revelase... Una multitud allí reunida le rodeaba e intentaba consolarle cuando el soplar de las caracolas proclamó la muerte de un nuevo día; él, sin embargo, dio rienda suelta a su pesar y dijo: «Madre, oh, madre mía, ha vuelto a transcurrir un día y aún no te he encontrado...».

Cuando un día sentía la separación de la diosa con gran fuerza y pensaba poner fin a su vida, ya que no podía soportar por más tiempo su soledad, perdió toda su sensibilidad externa y vio a su madre (Kâlî) en una visión. Estas visiones vinieron a él una y otra vez, y él se fue tranquilizando...

Estas visiones crecieron cada vez más y sus éxtasis se alargaron cada vez más, hasta que cualquiera pudo ver que ya no le era posible cumplir sus obligaciones diarias. Se prescribe, por ejemplo, en las Sâstras, que un hombre ha de poner una

flor en su propia cabeza y pensar tanto en sí mismo como el mismo dios o diosa al que se dispone a servir. Cuando Râmakrishna se ponía la flor y se pensaba unido con su madre, se extasiaba y permanecía durante horas en ese estado. Después, de vez en cuando, solía perder por completo su identidad, hasta el punto de apropiarse las ofrendas traídas a la diosa. A veces olvidaba adornar la imagen y se adornaba él mismo con las flores.

El alma ardiente de Râmakrishna no podía permanecer inactiva en esas visiones frecuentes y se afanaba con avidez por alcanzar la perfección y la realización del dios en todas sus variadas manifestaciones. Comenzó, por lo tanto, doce años de un inaudito *tapasya*, esto es, de ejercicios ascéticos. Cuando mucho después miraba a esos años de autoinfligidos tormentos, decía que en él durante esos años se había desencadenado un torbellino religioso y lo había descompuesto todo. A la sazón, no había tenido ni idea de que iba a durar tanto. Durante esos años no tuvo ni un instante de sueño saludable, ni siquiera podía adormecerse, sino que sus ojos permanecían siempre abiertos y fijos. A veces pensaba que estaba seriamente enfermo y, manteniendo un espejo ante sí, ponía el dedo en su cuenca del ojo para cerrar los párpados, pero ellos no lo permitían. En su desesperación gritó: «¡Madre, oh, madre mía!, ¿es éste el fruto de haberte llamado y de haber creído en ti?». Y de inmediato llegó una voz dulce, y un semblante con una sonrisa aún más dulce, y dijo: «¡Hijo mío!, ¿cómo puedes esperar recibir la suprema verdad si no renuncias al amor hacia tu cuerpo y hacia tu pequeño sí mismo?». «Un torrente de luz espiritual —dijo él más tarde— vino hacia mí, invadió mis sentidos y me urgíó a seguir adelante». Solía hablar así a mi madre: «¡Madre! No puedo aprender de estos hombres que vagan de un lugar a otro, pero quiero aprender de ti, únicamente de ti», y la misma voz dijo: «Sí, hijo mío». «Ni siquiera me preocupaba

del sustento de mi cuerpo. Mi pelo creció hasta enredarse, y yo no tenía ni idea de ello. Mi sobrino Hridaya solía traerme a diario un poco de comida, y algunos días lograba, otros no, llevarme a la fuerza un bocado a los labios, de lo que yo tampoco tenía ni idea. A veces acostumbraba a ir a los aposentos de los criados y limpiadores para limpiarlos yo con mis propias manos, y oraba: ¡Madre!, destruye en mí toda noción de que soy grande y de que soy un brahmán y que ellos son bajos y parias, pues ¿quiénes son ellos sino tú en tantas otras formas?».

Un Sannyâsin (asceta) no podía entender el amor de Râmakrishna a su madre (la diosa). Hablaba de ello como de mera superstición y se burlaba. Râmakrishna le dio a entender entonces que en el Absoluto no hay ningún tú, ningún yo, ningún dios, que está por encima de todo lenguaje y pensamiento. Pero mientras aún haya el último grano de relatividad, el Absoluto estará dentro del pensamiento y del habla y dentro de los límites de la mente, mente que está sometida al espíritu y la consciencia universales; y esta consciencia omnisciente universal es para él su madre y dios...

Comenzó a ejercitar el ideal vaishnava del amor divino y a realizarlo. Este amor se revela, según los vaishnavas, en una de las siguientes relaciones: la relación del sirviente con su señor, la de un amigo con su amigo, la de un niño con sus padres y a la inversa, y la de una mujer con su marido. Se alcanza el nivel supremo del amor cuando el alma humana puede amar a dios como ama una mujer a su marido. La pastora de Braja sentía esa índole de amor hacia el divino Krishna, y en él no había pensamiento alguno en una unión carnal. Nadie, dicen, puede comprender este amor de Srî Râdhâ y Srî Krishna, a no ser que se esté completamente libre de todo deseo carnal. Ellos prohíben, incluso, a personas ordinarias que lean los libros que tratan de este amor entre Râdhâ y Krishna, pues aún están bajo el poder de las

pasiones. Râmakrishna se vistió varios días, para consumir este amor, con ropa femenina, se imaginó como mujer y al final logró alcanzar su ideal. Contempló la bella figura de Srî Krishna en un éxtasis y quedó satisfecho...

En sus días postreros pensó ejercitar las doctrinas cristianas. Había contemplado a Jesús en una visión, y durante tres días no pudo pensar en otra cosa y tampoco pudo hablar de otra cosa que no fuera de Jesús y su amor. En todas sus visiones se producía una peculiaridad: que siempre las veía fuera de sí mismo, pero cuando desaparecían, parecían haber entrado en él...

Era una mezcla maravillosa de dios y ser humano. En su estado habitual hablaba de sí mismo como de un criado de todos los hombres y todas las mujeres. Veía a todos ellos como el dios. Él mismo no quería que le trataran como un gurú, esto es, como un maestro. Nunca pretendió para sí esa posición elevada. Tocaba, respetuoso, el suelo que sus discípulos habían pisado. Pero de vez en cuando le asaltaban extraños arrebatos de consciencia divina. Entonces se transformaba en un ser muy distinto. Hablaba de sí mismo como capaz de hacerlo y saberlo todo. Hablaba como si tuviera el poder de darle todo a todos. Hablaba de sí mismo como el alma que había nacido previamente como Râma, como Krishna, como Jesús, como Buda, y que ahora había renacido como Râmakrishna. Le dijo a Mathurânatha, antes incluso de que nadie le conociera, que él tenía muchos discípulos que pronto irían a él y que él los conocía a todos. Dijo que era libre por toda la eternidad y que los ejercicios y esfuerzos religiosos a los que se había sometido habían tenido meramente la intención de mostrar al pueblo el camino de la salvación. Él lo había hecho todo por ellos. Dijo que era un Nitya-mukta, que es eternamente libre y una encarnación de dios mismo. «El fruto de la planta de la calabaza —dijo— viene primero, luego las flores; así ocurre con los

Nitya-muktas, aquellos que son libres por toda la eternidad, pero que descienden en aras de la salvación de los demás».

Dichos de Râmakrishna

1. Muchos son los nombres de dios, e infinitas las formas que nos conducen a conocerle. Cualquiera que sea el nombre, cualquiera que sea la forma en que desees invocarle, precisamente con ese nombre y precisamente con esa forma lo contemplarás.

2. Hay tantos que han oído de la nieve y no la han visto, pues bien, así son muchos de los predicadores religiosos que sólo han leído en libros de los atributos de dios, pero nunca los han experimentado en su vida. Y cuántos hay que han visto la nieve, pero no la han probado; del mismo modo hay muchos maestros religiosos que sólo han echado un vistazo fugaz a la gloria divina pero no han comprendido su verdadero ser. Quien ha probado la nieve puede decir a qué sabe. Quien ha disfrutado de la compañía de dios de maneras distintas, ora como sirviente, ora como amigo, ora como amante, ora como absorbido en él, sólo ese puede decir cuáles son los atributos de dios.

3. En un momento determinado de su sendero de devoción, el devoto encuentra satisfacción en el dios dotado de forma; en otro momento, en el que no la tiene.

4. Mientras un hombre grite «¡Allah Ho! ¡Allah Ho!» («¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!»), tened la certeza de que aún no ha encontrado a dios, pues quien lo ha encontrado se mantiene en silencio.

5. Un lógico preguntó una vez a Srî Râmakrishna: «¿Qué son el conocimiento, el conocedor y el objeto conocido?». A lo que él respondió: «Buen hombre, no conozco todas esas diferenciaciones de la sabiduría escolástica. Yo sólo conozco a mi madre divina y que yo soy su hijo».

6. El conocimiento de dios se puede comparar con un hombre, el amor de dios con una mujer. El conocimiento sólo tiene acceso a las estancias más externas de dios, pero nunca puede penetrar en los misterios internos de dios, salvo un amante, pues a él, como a la mujer, le están abiertas las estancias más secretas.

7. Dios está en todos los seres humanos, pero los seres humanos no están en dios: por eso sufren.

8. Habló a esas mujeres que la sociedad no quiere tocar: «Madre, con una de tus formas estás en la calle y con otra estás en el universo. Te saludo, madre, te saludo».

9. Yo veo, yo experimento, que todos los tres proceden de *una* sabiduría: el sacrificio, el altar y el oferente.

10. Madre, yo soy la herramienta, tú el trabajador; yo soy la habitación, tú eres el morador; yo soy la vaina, tú la espada; yo soy el carro, tú el que lo guía.

11. El ser humano se perfecciona pasando por los siguientes estados. Primero: todo esto es yo; segundo: todo esto es tú; tercero: tú eres el maestro, yo el siervo.

12. Quien ama a dios desea gozar de la compañía de dios, no volverse uno con él. El deseo de alguien no consiste en transformarse en azúcar, sino en probarla.

13. Cuando estaba en su lecho de muerte y apenas podía hablar o tragar, dijo: «Hablo y como ahora con tantas bocas».

De Râbia (siglo VIII)

En plena noche se subía con frecuencia al tejado y gritaba: «¡Oh, Dios mío! Ahora calla el barullo del día, las voces callan, y en la alcoba secreta se regocija la joven con el amado; yo, solitaria, en cambio, me regocijo con tu presencia, pues yo te declaro mi amante verdadero».

Una vez Râbia peregrinó a la Meca. Cuando divisó la Kaaba, a la que había venido a venerar, dijo: «Necesito al

señor de la Kaaba, ¿de qué me sirve a mí la Kaaba? Me he aproximado tanto a él que sus palabras «quien se aproxima a mí un palmo, yo me aproximo a él una vara» son aplicables a mí; ¿qué me importa a mí la Kaaba?».

Exhortada por Hassan Basri para que contrajera matrimonio, ella dijo: «Mi ser ya hace tiempo que ha contraído matrimonio. Por eso digo que mi ser se ha apagado en mi interior para revivir en él (dios). Y desde entonces vivo en su poder, sí, soy enteramente él. Quien me pida por esposa, que no me lo pida a mí, sino a él». Hassan le preguntó cómo se había elevado a ese nivel. Ella dijo: «Al perder en él todo lo que había encontrado». Cuando aquél le siguió preguntando: «¿De qué manera le has reconocido?», ella respondió: «¡Oh, Hassan! Tú conoces de una manera determinada; yo, en cambio, sin manera».

Ella dijo: «Una herida interna de mi ser me consume, una herida que sólo se puede curar mediante la unión con mi amigo. Seguiré enferma hasta que alcance mi meta en el juicio final».

Râbia dijo a dios: «Conservo mi corazón para el trato contigo, y dejo que mi cuerpo trate con quienes desean mi compañía. Así mi cuerpo es el compañero de mi visitante, pero mi amadísimo es el compañero de mi corazón».

De Bâjezîd Bestâmi (siglo IX)

Se cuenta que Bâjezîd dijo una vez: «Durante doce años seguidos fui el forjador de mi ser. Lo puse sobre el horno del ascetismo, lo calenté al fuego de la prueba, lo situé en el yunque del miedo y lo golpeé con el martillo de la exhortación. De él hice así un espejo que me sirvió para contemplarme durante cinco años, mientras no dejaba de quitar el óxido de ese espejo con los actos de devoción y piedad».

Dijo además: «Durante treinta años fui a la búsqueda de

dios, y cuando al final de ese periodo abrí los ojos, descubrí que era él el que me buscaba».

Yahya, que deseaba ver a Bâjezîd, se puso en camino hacia él, pero no lo encontró en casa, porque por entonces estaba en las tumbas, ocupado en actos de devoción. Era la hora de la oración nocturna. Yahya fue a buscar a Bâjezîd y lo encontró enseguida. Se dijo a sí mismo: «Ahora es de noche, pero mañana temprano le saludaré». Hasta los primeros rayos de la aurora estuvo viendo a Bâjezîd de pie, murmurando palabras, y estaba asombrado por ello. Cuando terminó de salir el sol, Yahya se acercó a saludar a Bâjezîd. «¿Qué has estado haciendo esta noche?», le preguntó. «Esta noche —respondió Bâjezîd— me han mostrado veinte dignidades que no he aceptado, pues eran como cortinas que me impedían seguir hacia delante». Entonces dijo Yahya: «¡Oh, Bâjezîd!, dame un consejo». «Muy bien —dijo Bâjezîd—, si también te ofrecen a ti la dignidad que han alcanzado todos los profetas, no consientas en aceptarla. Reclama seguir avanzando, aumenta tus pretensiones; pues si aceptas una dignidad, se convertirá para ti en una cortina que detendrá tu paso».

Bâjezîd habló con Ahmed Khizreviyeh: «¿Hasta cuándo vas a recorrer el mundo en todas direcciones?». «Cuando el agua se detiene en algún lugar —respondió Ahmed— se corrompe». «Pues entonces sé como el mar —dijo Bâjezîd— y no te corromperás nunca».

Bâjezîd dijo: «Cuando hube llegado al nivel de la proximidad, oí que me llamaban: “¡Oh, Bâjezîd!, reclama todo lo que tengas que reclamar”». «Dios mío —respondí yo—, tú eres lo que reclamo». Oí: «¡Oh, Bâjezîd, mientras quede en ti la más pequeña partícula de deseo mundano y no hayas llegado al nivel de la extinción, a convertirte en nada, no serás capaz de encontrarnos». «Dios mío —dije yo—, no regresaré de tu corte con las manos vacías, quiero pedirte algo». «Está bien, pide». «Concédeme la gracia para todos

los seres humanos y apiádate de ellos». Una voz resonó: «¡Oh, Bâjezîd!, levanta la mirada». Yo levanté la mirada y vi que el sublime señor aún estaba más movido a la clemencia hacia sus sirvientes que yo. «¡Dios mío! —exclamé yo—, ¡concede tu gracia a Satán!». «¡Oh, Bâjezîd! —me respondió la voz—, Satán es de fuego, y el fuego necesita del fuego».

Cuando se le preguntó por su edad, él respondió que tenía cuatro años. «Cómo es eso, jeque?». «Durante setenta años estuve cubierto por el velo del mundo inferior, y es sólo desde hace cuatro años que me he desprendido de él y contemplo a dios».

Una noche vi al señor en un sueño, y me dijo: «¿Qué deseas tú, Bâjezîd?». «¡Lo que tú deseas, dios mío!». «¡Oh, Bâjezîd!, tú eres al que deseo como tú me deseas a mí». «Pero ¿cuál es el camino que conduce a ti?». «¡Oh, Bâjezîd, quien renuncia a sí mismo viene a mí!».

Bâjezîd dijo: «Yo soy como un mar sin principio, sin final, sin fondo».

Alguien preguntó a Bâjezîd qué es el noveno cielo: «Yo lo soy», respondió él. «¿Y el trono que reposa sobre él?». «También soy yo». Cuando se le siguió preguntando, dijo: «Yo soy la mesa, yo soy la tablilla y el buril. Yo soy Abrahán, Moisés, Jesús. Yo soy Gabriel, Miguel, Rafael. Quien llega a su verdadero ser se disuelve en dios, es dios».

Bâjezîd dijo: «Cuando el augusto señor, con su generosa gracia, me elevó a los niveles más altos, iluminó con sus rayos todo mi ser externo e interno, me desveló todos sus secretos y reveló en mí toda su grandeza...

»Cuando el augusto señor, aniquilando mi ser transitorio, me permitió participar en su duración imperecedera, la claridad de mis ojos se agudizó hasta la infalibilidad. Contemplando a dios con los ojos de dios, vi a dios a través de dios; y, atrincherándome en la verdad, permanecí tranquilo y pacífico. Cerré la abertura de mi oído, replegué mi lengua

en mi boca impotente y arrojé el conocimiento prestado que había aprendido de las criaturas. Gracias a la ayuda del augusto señor me alejé de mi ser sensorial, y con renovado favor el señor me dio el conocimiento sin inicio. A través de su generosidad ha puesto una lengua en mi boca que es capaz de hablar, y me ha dado un ojo que procede de su luz».

Bâjezîd dijo: «¿Por cuánto tiempo va a haber entre tú y yo el yo y el tú? Suprime entre nosotros mi yo, haz que me disuelva enteramente en ti, que me convierta en nada». «Dios mío —añadí—, cuando estoy contigo valgo más que nadie, y cuando estoy conmigo mismo valgo menos que nadie. Dios mío, el ejercicio de la santa pobreza y de la rigurosidad incesante ha hecho posible que llegue a ti. En tu generosidad no has querido que mis esfuerzos se pierdan. Dios mío, no es el ascetismo lo que necesito, ni la memorización del Corán, ni tampoco la ciencia; pero déjame participar en tus secretos. Dios mío, busco mi refugio en ti, y a través de ti llego a ti. Dios mío, no es asombroso que te ame, pues soy tu sirviente, débil, impotente, necesitado; pero es extraño que tú me ames, ¡tú, el rey de reyes! ¡Dios mío, ahora te temo y, no obstante, te amo con tal fervor! Cuánto te amaré cuando reciba mi parte de tu gracia y mi corazón se libere de todo temor».

De Husain Al Halladi (murió en el 309, 921 E)

En el festival en el monte Arfat dijo: «¡Oh, tú, guía de los necios!». Y cuando vio que todos los hombres rezaban, subió a una colina y los contempló, y cuando todos regresaban, se pegó a sí mismo y gritó: «¡Oh, Dios majestuosos!, lo sé, eres puro y yo digo: estás puro de toda alabanza de los que alaban y de todo elogio de los que elogian y de todo pensamiento de los que piensan. ¡Dios mío! Tú sabes que no soy capaz de cumplir los deberes de tu alabanza. Alábate tú mismo en vez

de que yo lo haga, ésa es la alabanza verdadera».

Una vez se le preguntó si a un contemplativo le quedaba tiempo para sí mismo: «No —dijo él—, el tiempo expresa el estado de aquel que necesita tiempo para la iluminación; pero quien no se puede dar por satisfecho con su estado es un conocedor. Esto significa que se ha de poder decir con Mahoma: tengo tiempos con Dios donde no me toca ningún ángel, ni siquiera un querube».

Una vez se le preguntó: «¿Cuál es el camino hacia Dios?». Él respondió: «Retira tus dos pies y estarás con él: un pie fuera de esta vida, el otro fuera de la otra vida».

Asimismo, dijo: «El conocimiento significa ver las cosas, pero también cómo se hunden todas las cosas en lo absoluto».

Dijo: «Cuando el siervo llega al escalón del conocimiento, Dios le envía una inspiración, su alegría se vuelve obtusa y ya nada es de su gusto, salvo únicamente el goce de Dios».

Además, dijo: «Grandes personajes son aquellos sobre los que ya no influye el oprobio del mundo después de haber conocido a Dios».

Además: «La lengua es la perdición del corazón silencioso; la charlatanería está unida a causas, y las acciones están unidas a la impiedad, pero la vida verdadera está libre de todo eso».

Dijo, además: «Las miradas de los que ven, los conocimientos de los que conocen, la luz de los que saben en el espíritu, y el camino de los que avanzan con rapidez, y la eternidad de lo anterior y la eternidad de lo posterior y todo lo que está situado en el centro son temporalidad». «¿Y cómo sabemos eso?» Husain respondió: «Quien tenga un corazón que arroje el ojo, entonces verá».

Asimismo: «Quien busca a dios se sienta a la sombra de su penitencia; pero a quien dios busca, a la sombra de su inocencia».

Asimismo: «Quien busca a dios corre por delante de sus

revelaciones; a quien dios busca, tiene revelaciones que le adelantan en su carrera».

Asimismo: «Horas de iluminación divina son conchas que están en el mar de nuestro corazón; la mañana de la resurrección las arroja a la orilla y se abren».

Él dijo: «Yo soy al que amo y aquel al que amo soy yo; somos dos almas que viven en un cuerpo. Cuando me ves a mí, le ves a él; y cuando le ves a él, nos ves a nosotros».

Cuando la gente comenzó a asombrarse por lo que decía, surgieron mentirosos sin juicio, pero también innumerables adeptos. Se veían cosas maravillosas de él. Algunos afilaron la lengua para calumniarlo y llevaron sus dichos al califa. Los imanes de Bagdad fueron partidarios de sentenciarlo a muerte porque habría dicho: «¡Yo soy dios!». Se le exigió que dijera: «¡Él es dios!», pero replicó: «¡Sí, todo es él! Decís que se ha sumergido [en los seres], pero Husain se ha sumergido, el océano no se sumerge ni tampoco destruye».

Danzaba por el camino cuando lo llevaban al lugar de su ejecución y agitaba los brazos como un caballo desbordante de alegría, por más que estuviera cargado con dieciséis cadenas. Le dijeron: «¿Qué forma es ésa de caminar?». Él respondió: «¿Acaso no voy a mi lugar de sacrificio?». Dicho lo cual, se puso a gritar y a cantar estos versos:

Nunca quise que se acusara a mi amigo de crueldad,

Él me dio de lo que él mismo bebía, como lo hace el anfitrión
[con el huésped.

Pero cuando los vasos circulaban, dijo que trajeran el cadalso
[y la espada.

Eso es lo que le ocurre al que bebe vino con el dragón en el
[calor del verano.

Farid Ed-din Attar (nacido en torno a 1120)

Los siete valles (De «la conversación de los pájaros»).

El primer valle que se ofrece es el valle de la búsqueda, después de él viene el del amor, que no tiene límite alguno, el tercero es el del conocimiento, el cuarto el de la autosuficiencia, el quinto el de la unidad pura, el sexto el de la consternación y, finalmente, el séptimo, el de la disolución y la destrucción, más allá del cual no puedes avanzar. Aquí te sentirás impelido a continuar, pero no podrás seguir adelante; una sola gota de agua será para ti como un mar.

El valle de la búsqueda

En cuanto hayas entrado en el valle de la búsqueda, te asaltarán una y otra vez cientos de dolores. En cada instante experimentarás cien pruebas; el papagayo del firmamento³ es aquí sólo una mosca. Pasarás muchos años en este valle con una tensión esforzada y con la continua transformación de tu estado. Abandonarás tus tesoros y tendrás que poner en juego todo lo que posees. Tendrás que entrar en un río de sangre, entregarte a la renuncia total. Y cuando hayas alcanzado la convicción de que ya no posees nada, tendrás que desprender tu corazón de todo lo que es. Una vez que éste se haya liberado de toda apariencia de separación, el esplendor divino le iluminará y, mediante esta luz que se le revela, tu deseo crecerá hasta el infinito. Y aunque aparezca un fuego en el sendero del caminante espiritual y se abran miles de desfiladeros cada vez más intransitables, aun así, impelido por el anhelo, se abrirá paso por los desfiladeros como un loco y se precipitará en las llamas como una mariposa. Impulsado por un delirio amoroso, vivirá para la búsqueda; de su copero, pedirá una bebida. Cuando haya probado varias gotas de ese vino, olvidará ambos mundos. Sumergido en el mar de lo ilimitado, sentirá secos sus labios, y en el fondo

3. El persa llama al cielo verde y no azul.

de sí mismo inquirirá el secreto de la belleza eterna. En sus ansias por conocerlo no retrocederá ante los dragones que devoran las almas. Si en ese momento aparecieran ante él la fe y la incredulidad, daría a las dos la misma bienvenida, con tan sólo que le abrieran la puerta. Una vez abierta esa puerta, ¿qué es aún la fe y la incredulidad, puesto que más allá de la entrada no hay ni la una ni la otra?...

Acurrucado como el niño en el regazo de la madre, recógete en ti mismo, inmerso en sangre. No abandones tu interior para llevarte al exterior. Si necesitas alimentarte, aliméntate de la sangre. Sólo la sangre alimenta al niño en el seno de la madre y procede del calor interior...

El valle del amor

Para entrar en él hay que sumergirse por completo en fuego, más aún, uno mismo ha de ser fuego, pues de otro modo no se podría vivir aquí. El que ama de verdad ha de ser igual al fuego, de semblante fogoso, ardiente y vehemente como el fuego. Para amar no se pueden tener segundas intenciones; se ha de estar dispuesto a arrojar cien mundos al fuego; no se ha de conocer ni la fe ni la incredulidad, ni la duda ni la certeza. En este camino no hay diferencia alguna entre el bien y el mal; donde está el amor, el bien y el mal han desaparecido...

En este valle el amor es el fuego, y su humo, la razón. Cuando llega el amor, la razón escapa a toda prisa. La razón no puede convivir con el frenesí del amor; el amor no tiene nada que ver con la razón del ser humano. Sólo si pudieras arrojar una buena mirada al mundo invisible, podrías reconocer la fuente del amor enigmático que yo te anuncio. La existencia del amor será destruida completamente, hoja por hoja, por la ebriedad del amor mismo.

El valle del conocimiento

Cuando el sol del conocimiento irradia desde la bóveda de este camino, que nadie ha sido capaz de describir dignamente..., se muestra con claridad el misterio del ser de las cosas, y el horno en llamas del mundo se convierte en un jardín florido. El caminante mirará las almendras dentro de su cáscara.⁴ Ya no se mirará a sí mismo, no verá nada más salvo a su amigo; en todo lo que vea reconocerá su semblante, en cada átomo, la esfera del universo; contemplará por debajo del velo numerosos misterios que brillan como el sol...

El mundo visible y el mundo invisible no son nada para el alma; el cuerpo no está oculto al alma, ni el alma está oculta al cuerpo. Si has salido del mundo, que no es nada, encontrarás el lugar destinado al ser humano...

El valle de la autosuficiencia

Aquí no hay ni búsqueda ni indagación. De esta disposición del alma a la moderación resulta una fría tempestad, cuyo poder devasta en un instante un espacio enorme. Los siete océanos son, entonces, sólo un charco; las siete estrellas errantes, una chispa; los siete cielos, una cortina; los siete infiernos, hielo roto...

Si vieras un mundo entero cuyo corazón fuese devorado por un fuego, sólo tendrías un sueño. Miles de almas que se hunden incesantemente en este mar son aquí sólo un rocío ligero e imperceptible...

Este valle no es tan fácil de atravesar como creerías en tu ingenuidad. Aun cuando la sangre de tu corazón se derramara en este mar, sólo podrías alcanzar la primera estación. Y si recorrieras todos los caminos del mundo, te encontrarías siempre, si prestaras atención, en el primer paso. De hecho, ningún caminante ha visto la meta de su viaje ni ha

4. Esto es: dios en las criaturas.

encontrado la curación de su amor. Si te detienes, te quedarás petrificado, o morirás y serás un cadáver. Si continúas tu camino y no dejas de avanzar, escucharás el grito por toda la eternidad: «¡Sigue!». No se te permite ni avanzar ni detenerte; no te será propicio ni vivir ni morir. ¿Qué ganancia has obtenido de todo el esfuerzo que has soportado? Da igual si te golpeas la cabeza o no, ¡oh, tú, que me escuchas! Permanece en silencio, deja todo esto y actúa...

Trata de ser independiente y bastarte a ti mismo. En este cuarto valle brilla con tal fuerza el rayo de la virtud, consistente en ser autosuficiente, que su calor consume cientos de mundos. Como cientos de mundos se convierten en polvo, ¿sería algo extraordinario que también desapareciera el mundo que habitamos?

En este valle nadie puede permanecer inactivo, y sólo se puede pisar en la madurez. Ha llegado el momento de actuar, en vez de vivir en la incertidumbre o en la desidia: así que levántate y atraviesa este fatigoso valle después de haber renunciado a tu espíritu y a tu corazón; pues si no renuncias a uno y al otro, cometes idolatría, y la idolatría más negligente. Así pues, sacrifica tu espíritu y tu corazón a esta vía, de otro modo tendrías que renunciar a bastarte a ti mismo...

El valle de la unidad

Éste es el lugar de la desnudez de todas las cosas y de la unificación. Todo lo que levanta su cabeza en este desierto la estira del mismo cuello. Es posible que veas muchos seres diferentes, pero en realidad hay pocos, no, sólo hay uno. Como la multitud de personas en realidad sólo constituye una, ésta es perfecta en su unidad. Pero lo que se te representa como una unidad no es diferente de aquello que se cuenta. Como el ser que yo proclamo está fuera de esta unidad y del número, deja de especular sobre la eternidad del

antes y la eternidad del después; y como las dos eternidades se han diluido, ya no pienses en ellas...

Cuando el caminante haya entrado en este valle, desaparecerá como la tierra bajo sus pies. Estará perdido, pues se revelará el único ser. Enmudecerá, pues hablará el único ser. La parte se convertirá en el todo, o más bien no será ni parte ni todo. Será una forma sin cuerpo y sin alma. ¿Qué es el entendimiento? Ha permanecido en el umbral de la puerta, como un niño ciego de nacimiento. Quien ha encontrado algo de este misterio aparta la cabeza de los reinos de ambos mundos. El ser que yo proclamo no está aquí separado; el mundo entero es este ser; sea o no sea, seguirá siendo este ser...

El valle de la consternación

Al valle de la unidad sigue el de la consternación. Aquí se es presa de la tristeza y de los gemidos. Aquí los suspiros son como hermanas, y cada respiración una queja amarga. Aquí no hay nada salvo lamentaciones, sufrimiento y un ardor que consume; aquí es de día y de noche al mismo tiempo, y no hay ni día ni noche. Aquí se ve gotear sangre de la punta de cada pelo sin que haya sido cortado. ¿Cómo podrá seguir el hombre en su consternación? Se aturdirá y se perderá en el camino. Pero quien tiene la unidad grabada en el corazón lo olvida todo y se olvida a sí mismo. Cuando se le dice: «¿Eres o no eres; tienes la sensación del ser o no la tienes; estás en el centro o en la periferia; estás visible u oculto; eres pasajero o inmortal; eres lo uno y lo otro o ni lo uno ni lo otro; eres tú mismo o no lo eres?», él responderá: «No sé nada de eso, desconozco eso y me desconozco a mí. Estoy enamorado, pero no sé de quién; no soy ni fiel ni infiel. ¿Qué soy entonces? Yo mismo soy ignorante de mi amor; tengo el corazón lleno de amor y, al mismo tiempo, vacío de amor».

Quien entra en el valle de la consternación, en ese instan-

te entra en un dolor tan grande que alcanzaría a afligir a cien mundos. ¿Pero cuánto tiempo podré soportar aún la tribulación y la confusión del espíritu? Habiéndome extraviado, ¿adónde iré? No lo sé, ¡pero quiera dios que yo lo sepa!...

El valle de la disolución y de la destrucción

Es imposible describir este valle. El olvido, el mutismo, la sordera y la impotencia se consideran su condición esencial. Aquí ves desaparecer miles de sombras eternas que te rodeaban en un único rayo de sol.

Cuando el mar de la infinitud comienza a agitar sus ondas, ¿cómo deberían durar las imágenes que se han trazado en su superficie? Estas imágenes son el mundo presente y el mundo venidero. Quien declara que no son obtiene un gran mérito. Aquel cuyo corazón se ha perdido en este mar se ha perdido para siempre en él y permanece en la quietud...

Un objeto impuro puede caer en un mar de agua de rosas, permanecerá en la insignificancia debido a su cualidad. Pero si una cosa pura cae en ese mar, perderá su existencia especial, participará en el movimiento de las mareas; al dejar de existir separadamente, comienza a ser bello. Es y no es. ¿Cómo puede ocurrir esto? A la mente le resulta imposible comprenderlo...

Quien ha abandonado el mundo para seguir esta vía encuentra la muerte, y después de la muerte la inmortalidad...

Envuélvete en el manto de la nada y bebe de la copa de la destrucción, cubre tu pecho con el amor a desvanecerse y ponte la chilaba del no ser en la cabeza. Pon el pie en el estribo de la renuncia incondicional y espolea tu caballo, resuelto a dirigirte hacia el lugar donde no hay nada. En el centro y fuera del centro, debajo y por encima, en la unidad, ciñe tus riñones con el cinturón de la extinción. Abre tus ojos y mira, ponte ungüento azul en tus ojos. Si quieres perderte, lo estarás en un instante, luego otra vez, de una

manera diferente; pero avanza tranquilo hasta llegar al reino de la suspensión. Si poseyeras sólo la punta de un pelo de este mundo, nunca recibirás noticias de aquel mundo. Si te queda el más mínimo egoísmo, los siete océanos serán fatídicos para ti...

Arroja todo lo que tienes al fuego, hasta los zapatos. Cuando no tengas nada más, ni siquiera pienses en el sudario y arrójate desnudo al fuego...

Cuando tu interior se concentre en la renuncia, estarás más allá del bien y del mal. Cuando para ti no haya ni bien ni mal, entonces amarás y serás digno, por fin, de la redención, que es obra del amor.

En lo que a mí concierne, que no he seguido siendo ni yo ni otro diferente a mí mismo, me he perdido por completo, lejos de mí; en mi situación no encuentro otra salvación que la desesperación. Cuando el sol de la disolución brillaba sobre mí, quemó ambos mundos tan fácilmente como un grano de mijo. Cuando vi los rayos de este sol, no permanecí separado: la gota de agua ha regresado al mar. Aunque en mi juego a veces he ganado y a veces he perdido, al final lo arrojé todo en el agua negra. Me he diluido, he desaparecido, no ha quedado nada de mí. Era sólo una sombra, de mí no quedaba la mota más nimia. Era una gota perdida en el misterio del océano, y ahora tampoco encuentro esa gota.

Jalal Al-Din Rumi (1207-1273)

Del Masnavi

A veces mi estado recuerda a un sueño, pero mi sueño les parece infidelidad. Mis ojos duermen, pero mi corazón está despierto; mi cuerpo, aunque rígido, es impulso y fuerza... Vuestros ojos están despiertos, y vuestro corazón duerme profundamente; mis ojos están cerrados, y mi corazón está en la puerta abierta. Mi corazón tiene sus propios cinco sentidos; estos sentidos de mi corazón experimentan ambos

mundos. Que unos debiluchos como vosotros no me censuren; lo que a vosotros os parece noche es para mí pleno día; lo que a vosotros os parece una mazmorra es para mí un jardín; la actividad esforzada es para mí descanso. Vuestros pies están en el barro, para mí el barro se transforma en rosas; el lamento funerario de vuestros oídos es para mí el tambor nupcial. Parezco estar en la tierra, permanecer en casa con vosotros, pero entretanto asciendo, como Saturno, al séptimo cielo. No soy yo el que os acompaña aquí, es mi sombra. Mi elevación supera vuestros pensamientos, pues yo he superado el pensamiento. Sí, me he evadido del ámbito del pensar. Soy señor del pensamiento, no estoy dominado por él, como el arquitecto es el señor del edificio. Todas las criaturas están sometidas al pensamiento, por ello están tristes en su corazón y llenas de cuitas. Yo me envío como mensaje al pensamiento y salgo de él cuando quiero. Soy como el pájaro del cielo, el pensamiento como la mosca: ¿cómo quiere ayudarme la mosca?

Del Diván

¿Qué se ha de hacer, oh, musulmanes? Pues no me reconozco a mí mismo. No soy cristiano, ni judío, ni parsi, ni musulmán. No soy del Oriente, ni del Occidente, ni de la tierra, ni del mar. No soy del taller de la naturaleza, ni de los cielos que rotan. No soy de la tierra, ni del agua, ni del aire, ni del fuego. No soy de la ciudad de Dios, ni del polvo, ni del ser, ni de la existencia... No soy de este mundo, ni tampoco del otro, ni del paraíso, ni del infierno. No soy de Adán, ni de Eva, ni del edén, ni del edén de los ángeles. Mi lugar no tiene lugar, mi huella no tiene huella; no es ni cuerpo ni alma, pues yo pertenezco al alma del amado. He suprimido la dualidad, he visto que los dos mundos son uno. A uno busco, a uno conozco, a uno miro, a uno invoco. Él es el primero, él es el último, él es lo más externo, él es lo más

interno. No sé nada más que «Oh, él» y «Oh él, el que es». Me he embriagado con la copa del amor, los mundos han desaparecido de mi vista; no tengo otra ocupación que el banquete del espíritu y la salvaje francachela. Si en mi vida he pasado un instante sin ti, a partir de esa hora quiero lamentar mi vida. Si lograra en este mundo un instante contigo, pisotearé ambos mundos, danzaré en triunfo por toda la eternidad.

De la narración Tevekkul-Beg, discípulo de Molla-Shah, que murió en 1071 E-1660/61 d. C.

Sobre su noviciado místico

Durante toda una noche él (el maestro) concentró su mente en mí, mientras yo dirigía mi contemplación a mi propio corazón; pero el nudo de mi corazón no se aflojó. Así trascurrieron tres noches, durante las cuales él me hizo objeto de su atención mental, sin que notara ningún efecto. En la cuarta noche dijo Molla-Shah: «En esta noche Molla-Senghin y Salih-Beg, ambos muy receptivos a las estimulaciones extáticas, concentrarán toda su mente en este neófito». Ellos obedecieron esta orden, mientras yo me quedaba sentado toda la noche con mi rostro dirigido hacia la Meca y concentraba todas las capacidades de mi alma en mi propio corazón. Con la aurora apareció algo de luz y de claridad en mi corazón, pero no podía distinguir ni formas ni colores. Después de la oración matutina acudí, con las dos personas mencionadas, al maestro, que me saludó, y él les preguntó a ellos qué pensaban de mí. Ellos respondieron: «Pregúntale tú mismo». Volviéndose hacia mí, me pidió que le contara mis impresiones. Le dije que había percibido una claridad en mi corazón, por lo cual el jeque se animó y me dijo: «Tu corazón encierra una infinitud de colores, pero se ha vuelto tan tenebroso que las miradas de estos dos

cocodrilos del océano infinito (del saber místico) no han podido devolverle el brillo y la transparencia. Ha llegado el momento en el que yo mismo te muestre cómo iluminarlo». Dicho esto, me dijo que me sentara frente a él, mientras mis sentidos estaban como ebrios, y me ordenó que generara en mi interior su propia imagen; y después de que me hubiese tapado los ojos me instó a concentrar todas mis fuerzas en mi corazón. Yo obedecí, y en el instante, por el favor divino y la ayuda mental del jeque, se abrió mi corazón. Vi que en mi interior había algo que se parecía a una copa caída; cuando ese objeto se puso de pie, mi ser quedó invadido por una sensación ilimitada de felicidad. Le dije al maestro: «De esta celda, en la que estoy sentado frente a ti, veo una imagen fiel en mi interior, y es como si otro Tevekkul-Beg se sentara frente a otro Molla-Shah». Él respondió: «Eso está bien; la primera aparición que se ofrece a tu mirada es la imagen de tu maestro; tus compañeros (los demás novicios) quedaron impedidos para ello por otros ejercicios místicos; pero en lo que a mí concierne, no es la primera vez que se me ofrece este caso».

Me ordenó a continuación que me destapara los ojos, lo que yo hice, y entonces le vi, con los órganos físicos de la visión, sentado frente a mí; me hizo que los volviera a tapar, y yo le vi, asimismo, con mi visión mental, sentado frente a mí de la misma manera. Lleno de asombro exclamé: «¡Oh, maestro, ya mire con mis órganos físicos o con la visión mental, siempre eres tú al que veo!». Seguí con exactitud las instrucciones de mi maestro y día tras día se me fue desvelando cada vez más el mundo espiritual; al día siguiente vi las formas del profeta y de sus compañeros principales, y legiones de ángeles y de santos desfilaron por delante de mi mirada interior. Trascurrieron tres meses de esta manera, después se me abrió la esfera en la que fluyen todos los colores, y ahí desaparecieron todas las imágenes. Durante

ese tiempo el maestro no cesó de explicarme la doctrina de la unión con Dios y de la contemplación mística; pero la realidad absoluta aún no quería mostrármese. Sólo pasado un año me vino el conocimiento de la realidad absoluta en relación con la comprensión de mi propia existencia. Los versos siguientes se revelaron en ese momento a mi corazón, desde donde al mismo tiempo pasaron, sin mi conocimiento, a mis labios: «No sabía que este cadáver era otra cosa que agua y tierra; no conocía las fuerzas del corazón, del alma, del cuerpo; ¡qué calamidad que durante todo este tiempo mi vida trascurriera sin ti! Tú eras yo y yo no lo sabía».

Plotino (204-269)

A menudo, cuando despierto de mi cuerpo a mí mismo y paso de la alteridad a mí mismo, contemplo una belleza maravillosa. Es entonces cuando creo con más fuerza en mi pertenencia al destino más elevado, y con mi fuerza realizo la vida perfecta, y soy una y la misma cosa con lo divino, y dado que me fundo en él, obtengo ese poder y me elevo por encima de todo lo cognoscible. Cuando, después de haber estado así en lo divino, desciendo del espíritu al pensamiento, entonces no sé cómo puede ser que ahora descienda, ni cómo pudo ser que el alma entrase una vez en mi cuerpo, considerando lo que el alma es en sí misma, tal y como se me ha revelado ahora, aun cuando yo persista en el cuerpo.

Quienquiera que haya contemplado esto sabe lo que digo: que el alma recibe otra vida cuando se aproxima o ya se ha aproximado y ya lo posee; esto es, cuando el alma experimenta y viene a conocer que el corifeo de la vida verdadera está aquí y ahora, no se necesita nada más, no, se ha de prescindir de todo lo demás, y en este uno he de estar yo y he de convertirme en este uno cuando me haya desprendido de todo lo que me envuelve. Por eso hemos de apresurarnos

a salir y estar impacientes por desembarazarnos de nuestras ataduras, de modo que abracemos a Dios con todo nuestro ser y no haya parte de nosotros que no toque a Dios. Entonces nos estará permitido verle aquí y también vernos a nosotros mismos con esa manera de ver que nos es provechosa, esto es: en la gloria, llenos de vida espiritual, más aún, a nosotros mismos como luz pura, despreocupados, ligeros, convertidos en dios, no, siendo dios. Aquí estamos como inflamados, pero si volvemos a hundirnos, como apagados.

¿Pero por qué no permanecemos allí? Porque aún no nos hemos liberado del todo. Vendrá un tiempo, sin embargo, en el que contemplaremos constantemente sin experimentar desasosiego alguno del cuerpo. Pero el desasosiego no es de lo que contempla, sino de lo otro: cuando aquello que contempla expulsa la contemplación, pero no el saber que mora en la demostración, en las opiniones y en el pensamiento del alma; ahora bien, la contemplación y lo que contempla ya no es pensamiento, sino que es más grande que el pensamiento y está por encima del pensamiento y antes que él, como está lo contemplado. Pero quien se ha contemplado a sí mismo, cuando contemple, verá a uno que ha devenido simple, más bien él estará consigo mismo como ese uno y se percibirá a sí mismo como tal. Tal vez no se pueda decir siquiera: él contemplará. Lo contemplado, sin embargo —si se puede hablar de ambos, del que contempla y de lo contemplado, como de dos, y no más bien de ambos como de uno, lo que, ciertamente, sería una manera audaz de hablar—, no lo ve entonces el que contempla, y así no distingue ni percibe dualidad, sino que se ha transformado en otro y ha dejado de ser él mismo y ya no se pertenece a sí mismo; habiéndose transformado en ello, es uno con él, como si sus centros coincidieran; al igual que cosas que coinciden son una, y sólo separadas, dos. Así hablamos ahora de una diferencia. Por esto mismo la contemplación es

inefable. Pues, ¿cómo se debería manifestar como diferente lo que cuando se vio no se contempló como algo diferente, sino como uno consigo mismo?

Es evidente que esto es lo que significa la prohibición de revelar los misterios a los no iniciados. Pues como eso no se puede expresar, la divinidad prohibió revelarlo a quienes no les ha sido concedido contemplarlo.

Por lo tanto, como el que contempla y lo contemplado no eran dos, sino uno, como si no hubiera nada contemplado, sólo unido, es posible que aquel que se ha mezclado en el uno, cuando lo recuerde, tenga en sí una imagen de ello. Pero entonces también había sido uno y no tenía ninguna diferencia en sí mismo, no de sí mismo y no de otros; pues nada se movía en él, en él no había ni la ira, ni la codicia de lo otro, cuando había ascendido, pero tampoco un pensamiento o cualquier conocimiento, ni siquiera él mismo, si es posible decirlo así; sino que estaba como extasiado y entusiasmado en un sosiego solitario y en un reposo invariable, sin desviarse hacia ninguna parte con su ser ni tampoco girando en torno a sí mismo, completamente estático y al mismo tiempo inactivo. También había dejado de pertenecer ya a lo bello, pues ya tenía lo bello por debajo de sí, e incluso había sobrepasado el corro de las virtudes, como uno que ha penetrado en el sanctasanctórum y ha dejado atrás las imágenes de los dioses en el templo, imágenes que vuelven a encontrarse con él cuando sale del santuario, donde ha contemplado y se ha unido a aquel que no es ni imagen ni forma, sino ello mismo; más bien, de aquí en adelante, ellos se tornan para él una visión secundaria. Pero no era ninguna contemplación, sino otra índole de apercibirse, un salir y simplificarse y darse y un deseo de contacto y un sosiego y una meditación sobre la unión: si uno realmente contempla lo existente en el sanctasanctórum.

Valentino (siglo II)

Valentino dice que ha visto a un niño pequeño, acabado de nacer, del cual inquirió con preguntas quién era. El niño respondió diciendo: «Yo soy el logos». Y Valentino añadió un mito trágico...

Inicio del mito:

Veo en mi mente cómo todo está suspendido,

Veo en mi mente cómo todo es sustentado.

Veo la carne pender del alma,

El alma sustentada por el aire,

El aire pender del éter,

Del abismo veo brotar frutos,

Del seno materno, un crío.

Palabras de Montano y de los montanistas (siglo II)

Montanus

El Paracleto dice: «He aquí que el hombre es como una lira, y yo vuelo hacia las cuerdas como un plectro. El hombre duerme, y yo estoy despierto. He aquí que es el Señor el que saca corazones humanos del pecho y da un corazón al hombre».

Prisca

La pureza los une, y ellos ven visiones, e inclinando los rostros escuchan también palabras distintas, tanto salvadoras como ocultas.

Maximilla

(*El espíritu habla a través de ella*) Soy perseguida como un lobo entre ovejas; yo no soy un lobo; palabra soy, y espíritu y fuerza.

Simeón, el nuevo teólogo (ca. 970-1040)

De los cantos de amor a Dios

Ven tú, al que mi pobre alma ha deseado y desea. Ven, solitario, al solitario; pues solo estoy yo, como ves. Ven tú, que me has aislado y me has hecho solitario en la tierra. Ven tú, que te has convertido en mi deseo y que has hecho que te desee, a quien nadie puede alcanzar con el deseo. Ven, mi respiración y mi vida. Ven, consuelo de mi alma. Ven, júbilo y esplendor y mi continuo goce. Te doy las gracias por haberte vuelto un mismo espíritu conmigo, sin mezcla, transformación o intercambio, y porque tú, al ser Dios sobre todas las cosas, te has convertido en todo para mí. Alimento inexplicable que es imposible consumir, que se vierte incesantemente en los labios de mi alma y que llena hasta desbordar la fuente de mi corazón. Vestidura resplandeciente que quema a los demonios. Aflicción que me purifica mediante las continuas y sagradas lágrimas que tu presencia otorga a aquellos a los que vienes.

Te doy las gracias porque te has vuelto para mí un día sin noche y un sol sin crepúsculo: tú, que no tienes un lugar para ocultarte, llenas con tu gloria los mundos. Nunca te has ocultado de nadie, sino que nosotros somos los que nos ocultamos de ti, ya que no queremos llegar a ti. Pues, ¿dónde habrías de esconderte, al no tener ningún lugar para descansar? ¿O por qué habrías de ocultarte, si no hay nadie al que desprecies o rehúyas? Así, Señor del amor, pon una tienda en mí y mora en mí y no te separes hasta mi partida y no te apartes de mí, tu sirviente, para que yo también en mi muerte y tras mi muerte me encuentre en ti y gobierne contigo, Dios que todo lo gobierna. Quédate, Señor, y no me dejes solo, para que cuando vengan mis enemigos, que intentan incesantemente devorar mi alma, vean que estás morando en mí y huyan lejos, y no me venzan al ver que tú, el que es más fuerte que todos, descansas dentro, en la morada de mi humilde alma. En verdad, como recuerdas,

¡oh, Señor!, yo estaba en el mundo y me elegiste sin mi conocimiento y me elevaste del mundo y me situaste en la presencia de tu gloria; así, concédeme firmeza interior, inamovible para siempre, y protégeme viviendo en mi interior, para que yo, el muerto, al contemplarte a diario, viva, y al poseerte, yo, pobre, sea rico. Así seré más poderoso que cualquier rey: y comiéndote y bebiéndote y envolviéndome en ti en horas especiales gozaré un placer indecible.

Mi lengua carece de palabras, y lo que ocurre en mí lo ve mi mente, pero no lo explica. Contempla y quiere expresarlo, pero no encuentra la palabra. Ve lo invisible, lo desprovisto de toda forma, lo enteramente simple, no compuesto, e infinito en su grandeza. Pues él no ve ningún inicio ni contempla ningún fin, y no es consciente de ningún centro, y no sabe cómo ha de decir lo que ve. Aparece algo entero, como yo creo, y no con el ser mismo, sino a través de una participación. Pues con fuego enciendes fuego y tú recibes todo el fuego: el fuego, sin embargo, permanece sin merma e indiviso como antes. No obstante, lo que se transmite se separa de lo primero, y como algo físico penetra en varias luces. Pero eso es algo espiritual, inconmensurable, inseparable e inagotable. Pues al darse no se divide en muchos, sino que persiste íntegro y está en mí, y sale en mi pobre corazón como un sol o un redondo disco solar, similar a la luz, puesto que es una luz. No sé qué he de decir de ello. Y quisiera callar, quisiera poder hacerlo: pero el milagro, lleno de estremecimientos, excita el alma y abre mi boca impura; y quien ha despertado el amanecer en mi oscuro corazón me obliga a mí, el reacio, a hablar, a escribir.

¿Qué es, oh, mi salvador, esta tu inconmensurable misericordia? ¿Cómo es que has querido hacerme un miembro de tu cuerpo, a mí, el impuro, el perdido, el despreciado? ¿Cómo es que me has vestido con el atuendo más luminoso, que brilla con el esplendor de la inmortalidad e ilumina

todos mis miembros? Pues todo tu cuerpo inmaculado, divino, íntegro y compuesto de una manera inefable centellea en el fuego de tu divinidad, y eso es lo que me has regalado, Dios mío. Pues tu cuerpo inmaculado se une con esta mi morada sucia y fugaz, y mi sangre se mezcla con la tuya. Sé que también estoy unido con tu divinidad y me he convertido en tu cuerpo más puro, un miembro luminoso, un miembro verdaderamente sagrado, que reluce a lo lejos. Contemplo la belleza, contemplo el brillo, contemplo la luz de tu gracia, y fijo la vista en el rayo inexplicable, y estoy fuera de mí, ya que noto qué he sido y en qué, ¡oh, milagro!, me he convertido: y me venero y me desprecio a mí mismo, como te honro y te temo a ti, y estoy confuso y me desespero, pues no sé dónde me sentaré y a quién me aproximaré y en qué habré de apoyar tus miembros, ni para qué obras, para qué acciones necesitaré miembros tan divinos y dignos de veneración.

Él me ama, el que no está en este mundo. Y en medio de mi celda le veo, que está fuera del mundo. Me siento en mi cama y permanezco fuera del mundo. Pero le veo a él, eterno y, sin embargo, nacido, y hablo con él y me atrevo a decirle: yo amo, porque él me ama. Yo me alimento de la contemplación, me visto con ella; unido a él, trasciendo los cielos. Y sé que esto es verdad y cierto. Pero no conozco dónde está este cuerpo. Sé que el que está inmóvil desciende. Sé que el que es invisible por naturaleza es contemplado por mí. Sé que él, que está alejado de toda criatura, me acoge y me oculta entre sus brazos, y yo me encuentro fuera del mundo entero. Y de nuevo, yo, que soy mortal, y una persona insignificante en el mundo, contemplo en mí al Creador del mundo: y mientras estoy en la vida, abrazo toda la vida floreciente y sé que no moriré. Él está en mi corazón y mora en el cielo: aquí y allí le veo igualmente radiante.

Somos miembros de Cristo; Cristo es nuestros miembros;

y mi mano, la más pobre de todas, es Cristo, y mi pie es Cristo. Y yo, el más pobre de todos, soy la mano y el pie de Cristo. Muevo la mano, también la mueve Cristo, pues él es enteramente mi mano: has de comprender que la divinidad es indivisa. Muevo el pie, resplandece como aquélla. No digas que blasfemo, sino confirma esto y adora a Cristo, que te ha hecho así. Pues tú también, si quieres, te convertirás en un miembro suyo. Y así todos los miembros de cada uno se convertirán en miembros de Cristo, y Cristo en nuestros miembros, y él hará que todo lo feo y disforme se vuelva bello y armonioso, adornándolo con el esplendor y el honor de su divinidad; y todos nosotros seremos dioses, unidos íntimamente con Dios, sin percibir mácula alguna en nuestro cuerpo, más bien participaremos enteramente de la semejanza con el cuerpo de Cristo; cada uno de nosotros tendrá todo el cuerpo de Cristo. Pues el uno, devenido muchos, sigue siendo uno e indiviso; pero cada parte es el Cristo entero.

Él mismo está presente en mí e irradia en mi pobre corazón, me viste con un esplendor inmortal e ilumina todos mis miembros, me abraza por entero, me concede el beso por entero, y se entrega enteramente a mí, indigno como soy; y me sacio con su amor y su belleza y me lleno del éxtasis y de la dulzura de la divinidad. Seré partícipe de la luz, partícipe del esplendor, y mi semblante brillará como el del que es objeto de mi deseo, y todos mis miembros se iluminarán, seré más espléndido que los espléndidos, más rico que los ricos, más poderoso que los poderosos, y más grande que los reyes, y mucho más digno que todas las cosas visibles, no sólo más digno que la tierra y lo que está en la tierra, sino que el cielo y todo lo que está en el cielo, pues tengo a mi lado al que da forma a todas las cosas; a él le corresponde el honor y la gloria ahora y por toda la eternidad. Amén.

Cuando me invadió de alegría celestial, se fue y se llevó

mi espíritu, mi mente y mi deseo por todas las cosas terrenales. Y siguiéndole, mi espíritu demandó abrazar el esplendor contemplado, pero no lo encontró como criatura y no logró salir de entre las criaturas para abrazar ese esplendor increado e inaprensible. No obstante, fue por todas partes y se afanó por contemplarlo. Exploró el aire, recorrió el cielo, atravesó los abismos, entrevió, así lo creyó, los confines del mundo. Pero no encontró nada, pues todo había sido creado. Y yo me quejé y lamenté, mi corazón ardió y viví como quien ha perdido su espíritu. Él vino, sin embargo, cuando quiso, y, descendiendo como una neblina luminosa, pareció rodear enteramente mi cabeza, por lo que grité consternado. Pero volvió a irse dejándome solo. Y cuando lo busqué con esfuerzo, experimenté repentinamente que él estaba en mí mismo, y apareció en el centro de mi corazón como la luz de un sol redondo como un círculo. Cuando se reveló así y yo lo reconocí y lo recibí, puso en fuga al torbellino de los demonios, repelió el temor cobarde, inoculó fortaleza, desnudó mi ánimo de pensamientos terrenales y me invistió con los sentidos del espíritu. Me apartó de las cosas que se ven y me conectó con aquellas que no se ven. Me concedió contemplar lo increado y gozar por haberme separado de lo creado, de lo visible, de lo fugaz, y estoy unido con lo increado, lo inmortal, con lo que carece de inicio y no puede ser visto por nadie. Tal es su misericordia.

Dejadme solo, encerrado en mi celda. Dejadme con Dios, el único bondadoso. Retroceded, alejaos. Dejadme morir solo, en presencia de Dios, el que me ha formado. Que nadie llame a la puerta. Que nadie eleve la voz. Que ninguno de los parientes y amigos me visite. Que nadie aparte mi espíritu de la contemplación de la bondad y belleza del Señor. Que nadie me traiga alimentos, que nadie me traiga de beber. Pues me bastará con morir en presencia de mi Dios, del Dios misericordioso y bondadoso que descendió a la

tierra para llamar a los pecadores y llevárselos consigo a la vida celestial. No quiero ver más la luz de este mundo, ni tampoco su sol, ni nada de lo que está en el mundo. Pues yo contemplo a mi Señor, contemplo al Rey. Contemplo la luz verdadera y al Creador de toda la luz. Contemplo la fuente de todo lo que es bello. Contemplo la causa de todas las cosas. Contemplo el inicio que carece de inicio, por el cual todo ha surgido y por el cual todo vive y recibe alimento, y de cuya voluntad todo pasa y deja de ser... Cuando lo vi, perdí mis sentidos. Así que vosotros, sometidos a los sentidos, dejadme ir y permitidme encerrarme solo en la celda y sentarme en ella; y cuando me oculte en ella como en una fosa y viva una vida fuera del mundo, contemplando a mi Señor inmortal y Creador, querré morir por su amor y sabré que de ninguna manera moriré.

Tú, que no puedes ser aprehendido por el común de las gentes, te vuelves realmente pequeño, de algún modo, en mis manos, y te inclinas hacia mis labios resplandeciente como una ubre luminosa y un dulce, ¡oh, misterio! Y ahora, date a mí para llenarme de ti, para besar y abrazar tu inefable grandeza, la luz de tu presencia, para colmar mis deseos y comunicárselo a todos los demás y llegar a ti, solitario, en plena glorificación. A través de tu luz yo mismo puedo convertirme en luz, puedo estar contigo, liberado de las preocupaciones de los numerosos males, y puedo ser liberado también del temor de transformarme de nuevo en lo que era. Dame esto también, Señor, concédeme esto, tú que me has dado a mí, el indigno, todo lo demás. Esto es lo que más necesito y en esto está todo. Pues aun cuando yo te contemplo ahora, si te apiadas ahora de mí, si también me iluminas ahora y me enseñas místicamente y me vigilas y me proteges con tu mano poderosa y me apoyas, y ahuyentas a los demonios y los destruyes, y lo sometes todo a mí y me lo concedes todo y me colmas con todo lo bueno,

Dios mío, seguiré sin obtener nada de todo eso si no me concedes atravesar las puertas de la muerte sin vergüenza, si el príncipe de las tinieblas, aproximándose, no ve tu gloria viviendo en mí y queda confundido. El oscuro se verá consumido por tu luz inaccesible, y con él todos los poderes hostiles contemplarán el signo de tu sello y emprenderán la huida, mientras que yo, confiando en tu gracia, avanzo con resolución, me aproximo a ti y me arrojo ante ti. ¿Qué fruto recibiré por lo que está ocurriendo ahora en mí? En verdad, ninguno, sino que el fuego en mí se inflamará aún más.

Lo volví a ver enteramente dentro de mi casa, y entre esos enseres se elevó inesperadamente y, al unirse conmigo de una manera indecible, se vinculó conmigo en términos inefables y se fundió conmigo sin mezcla, como el fuego con el hierro, como la luz con el cristal. Y me hizo igual al fuego, igual a la luz. Y yo me convertí en aquello que vi anteriormente y contemplaba a lo lejos. No sé cómo he de informarte de este maravilloso acontecimiento. Pues no pude discernir ni tampoco puedo discernir ahora del todo cómo entró en mí, cómo se unió conmigo. Pero unido a él, ¿cómo podré decirte quién es el que se ha unido conmigo y con el que yo me he unido? Temo que, si lo digo, no me creas, y cayendo de la ignorancia en la blasfemia, hermano mío, pierdas el alma. Él y yo, con quien me he unido, nos hemos vuelto uno. Pero ¿cómo he de llamar al que se unió con él? Dios, doble por naturaleza, por esencia uno, hace de mí una dualidad y, como ves, también me dio un nombre doble. Ésta es la separación: soy hombre por naturaleza, Dios por la gracia.

De nuevo resplandece la luz hacia mí. De nuevo contemplo la luz en la claridad. De nuevo se abre el cielo, de nuevo expulsa a la noche. De nuevo se revela todo. De nuevo sólo eso es contemplado. De nuevo me arrebató de todo lo visible, de todas las cosas pertenecientes a los sentidos. Y el que está

por encima de todos los cielos, al que ningún hombre ha visto, vuelve a regresar a mi espíritu sin abandonar el cielo, sin partir la noche, sin romper el aire, sin echar abajo el tejado de la casa, sin penetrar ni una sola cosa, y en el centro de mi corazón, ¡oh, sublime misterio!, donde todo permanece como era, la luz se precipita sobre mí y me eleva por encima de todo. Y yo, que estaba entre todas las cosas, estoy fuera de todas ellas, y no sé si también fuera del cuerpo. Ahora estoy realmente del todo ahí, donde la luz está sola y es simple, y de su contemplación emerjo simplemente en la inocencia.

Hildegarda de Bingen (1100-1178)

De una carta

¡Oh, fiel sirviente!, yo, pobre forma femenina, te hablo estas palabras en visión verdadera. Si a Dios le place que eleve mi cuerpo en esta visión como él eleva el alma, el miedo, sin embargo, no abandonaría mi espíritu ni mi corazón, pues yo sé que soy humana, aunque en clausura desde mi infancia. Muchos sabios han quedado confusos por milagros que, ciertamente, les han revelado más de un secreto, pero por la vanidosa fama se lo han atribuido a ellos mismos y así han caído. Pero aquellos que en el ascenso del alma sacaron su sabiduría de Dios y se consideraban insignificantes se han convertido en los pilares del cielo...

¿Y cómo debería ser que yo, pobre de mí, no me conozca a mí misma? Dios obra, donde quiere y como quiere, por la gloria de su nombre y no por la del hombre terrenal. Pero yo siempre tiemblo de miedo, pues no tengo confianza en ninguna posibilidad de mi interior, sino que extendiendo mis manos a Dios para que me lleve como una pluma carente de peso y de fuerza y que vuela en el aire impulsada por el viento. Y lo que contemplo no soy capaz de comprenderlo perfectamente, en tanto que esté en este destino físico y en

el alma invisible, pues en estos dos estados el ser humano es deficiente.

Pero desde mi infancia, en la que aún no era muy fuerte de miembros, nervios y venas, siempre he contemplado esta visión en mi alma hasta el presente, en el que ya he rebasado los setenta. Y mi alma asciende, como Dios quiere, en esta visión, hasta la altura del firmamento y en la alternancia de varios aires y se extiende a pueblos diferentes, alejados de mí en países y espacios distantes. Y como contemplo esto en mi alma de esta manera, también lo percibo de acuerdo con los cambios de la capa nubosa y de otras cosas creadas. Pero no lo oigo con los oídos externos, ni lo percibo en los pensamientos de mi corazón, ni con alguna contribución de mis cinco sentidos, sino únicamente en mi alma con los ojos externos abiertos, de modo que nunca siento en ellos el cansancio del éxtasis, sino que lo contemplo noche y día despierta. Y constantemente me veo aquejada de enfermedades y a menudo de fuertes dolores, hasta tal punto que amenazan con traerme la muerte; pero Dios me ha mantenido hasta el momento presente.

La luz que contemplo no es local, sino mucho, mucho más brillante que las nubes llevadas por el sol. Y no puedo discernir en ella ni profundidad ni longitud ni anchura. Y se me menciona la sombra de la luz viviente. Y como el sol, la luna y las estrellas se reflejan en el agua, así en esta luz las imágenes, los escritos y las palabras y las fuerzas y muchas obras del ser humano.

Ahora bien, lo que contemplo y experimento en esta visión permanece en mi memoria mucho tiempo, de modo que recuerdo cuándo la he contemplado y escuchado. Y al mismo tiempo la veo, la oigo y la sé, y lo que sé lo poseo en el instante. Pero lo que no contemplo no lo sé, pues no poseo ciencia, y sólo se me ha enseñado a leer las letras con sencillez. Y lo que escribo en la visión, eso lo veo y lo oigo, y

no pongo ninguna otra palabra que las que oigo, y lo escribo en un lenguaje sin pulir, tal y como lo oigo en la visión. Pues en esta visión no se me ha enseñado a escribir como escriben los filósofos. Y las palabras en esta visión no son como las palabras que suenan de las bocas de los seres humanos, sino que se mueven como una llama oscilante y como una nube en el aire puro.

Me resulta imposible reconocer de manera alguna la forma de esta luz, al igual que no puedo abarcar con la mirada, por completo, el disco solar. Pero en esta luz veo a veces y no con frecuencia otra luz diferente, que recibe el nombre para mí de luz viviente, y no sé decir cuándo y de qué manera la veo. Y cuando la contemplo, huye de mí toda tristeza y toda necesidad, de modo que entonces tengo las maneras de una simple zagala y no de una mujer mayor.

Pero a causa de la continua debilidad que padezco me resisto a expresar las palabras y las visiones que aquí se me muestran. Me encuentro, sin embargo, en el momento en que mi alma las contempla y goza, en un estado de ánimo tan diferente que, como dije, olvido todo dolor y sufrimiento. Y lo que contemplo y escucho en esa visión, mi alma lo extrae como de una fuente que, no obstante, permanece llena e inagotable. Pero mi alma no se ve privada en ningún momento de esa luz que recibe el nombre de la sombra de la luz viviente. Y yo la contemplo al igual que contemplo en una luminosa nube el firmamento sin estrellas. Y ahí veo lo que a menudo digo y respondo cuando se me pregunta por el resplandor de esa luz viviente.

Alpais de Cudot (1150-1211)

Preguntada por un hombre devoto si ella contemplaba sus visiones en el cuerpo o fuera de él, o si se extasiaba en espíritu o no, ella respondió: «Si he estado o estaba en trance, no

oso decirlo, ni tengo una opinión, así como no me atrevo a afirmar de estas visiones, sobre las que informo a instancias tuyas, si ha ocurrido así en la realidad de las cosas u ocurre así como se me muestra que ocurre en mi sosiego, sino que con más seguridad dejo esto al juicio divino, al que nada le está oculto. Las visiones, sin embargo, de las que le informo, las veo que ocurren así en mi sosiego como se las describo. Pero a qué se refieren o qué significan o qué quieren la mayoría de ellas, o si ocurren o suceden de esa manera y en ese orden en que a mí me parece que ocurren o suceden es algo que no sé decir. Pero cualquiera que sea la verdad de este asunto, hay una cosa que sé: que ni soy engañada ni engaño, pues lo que yo os digo lo veo tal y como lo digo, y lo digo como lo veo. Ahora bien, si lo que el Señor me muestra con su aquiescencia cuando él reposa en mí o mi espíritu en él lo veo en el cuerpo o fuera de él, no lo sé. Sólo él lo sabe, el omnisciente, el que me hace ver ora despierta, ora durmiendo, o más bien en reposo. Pero una vez se me apareció —si puedo decirlo, aunque no oso afirmarlo con certeza— cuando yo estaba fuera de mi cuerpo. Sin embargo, desconozco por completo cómo y cuándo mi alma salió de su cuerpo y se desprendió de él. Pues mi alma se desprendió de los ropajes de la carne, tal y como me pareció, de una manera tan fácil y repentina como cuando alguien vestido con un traje abierto por arriba corre a toda prisa por el camino y el vestido del corredor, que está entregado enteramente al afán del camino y de la carrera, se le desliza de los hombros y cae sin saberlo a tierra; pero nota que se ha caído cuando se ve desnudo y ve su traje abajo en el suelo. Así, como me parece, mi alma ha salido, sin yo saberlo, de mi cuerpo. Pero me di cuenta cuando el alma, despojada de la carne, comenzó a contemplar su cuerpo, que permanecía inmóvil en la cama. El alma contempló el cuerpo y disfrutó de la contemplación y se deleitó con él, pues le parecía muy bello de ver, precioso

a su mirada, y ella lo palpó y lo elevó. Y su peso era muy pesado y fatigoso para mi alma; sin embargo, lo amaba y lo abrazaba con maravillosa pasión. Mientras mi alma estaba así fuera del cuerpo y lo contemplaba, miró a su alrededor y vio a una infinita cantidad de personas correr de un lado a otro como si fueran animales salvajes, como furiosas y alocadas, como si desearan volar y no encontraran la senda del vuelo. Mi alma se asustó y tembló ante ese estrépito, y más rápida que una palabra entró de nuevo en su cuerpo, pero yo no sabía en absoluto cuándo y cómo regresó a él. Pues como no supe, ni sentí, de qué manera había salido del cuerpo y se había desprendido de él, así no sentí ni noté de qué manera había regresado a él. Como alguien que duerme en un barco que se desliza suavemente por el agua y de repente se entera de que ha alcanzado el puerto, pero no sabe ni comprende de qué manera ha llegado hasta allí».

Preguntada qué cosa es el alma y si el alma se ve a sí misma como al cuerpo que abandona y qué ojos tiene para verse a sí misma o al cuerpo, ella respondió que no puede explicar eso con claridad, pues en todo el mundo no se puede encontrar un objeto en virtud de cuya imagen se pueda establecer la forma o la naturaleza del alma. «Pues el alma —dijo ella— es simple, invisible e incorpórea, no está dividida en partes como el cuerpo, ni en miembros, pues ella no tiene ni manos ni pies con los que pueda andar o tocar, ni ojos y oídos con los que pueda ver u oír. Pues en todas sus acciones y movimientos es enteramente presente. Por lo tanto, cualquier cosa que toque la toca como un todo y toca todo al mismo tiempo, y experimenta y comprueba lo blando y lo duro al mismo tiempo; lo caliente y lo frío lo diferencia con la punta del dedo como un todo; lo que huele lo huele como un todo y capta las fragancias del mismo modo; lo que gusta lo gusta del todo y diferencia por completo cada gusto; lo que oye lo oye por completo y recuerda perfectamente los

sonidos; lo que ve lo ve por completo y recuerda las imágenes como un todo. En suma, el alma toca, huele, gusta, ve y recuerda como un todo. Y así se ve también a sí misma cuando se ha liberado del cuerpo. Pues mientras esté en el cuerpo no puede verse del todo, ya que no se puede concentrar por completo en sí misma para mirarse únicamente a sí misma; ideas e imágenes de cosas corporales pasan a ella, que percibe mediante los sentidos externos del cuerpo y por los cuales se ve impedida de contemplarse enteramente a sí misma. El alma no queda fijada en ningún lugar, pues no es local, no está limitada por ningún espacio, al carecer de extensión; no se ve restringida por ningún miembro, ya que es incorpórea. No es detenida por las dimensiones del lugar, de modo que con una parte más grande ocupe un espacio mayor o con una más pequeña un espacio más pequeño, o de modo que en una parte hubiera menos de ella que en el todo. Pues ella está enteramente presente en todas las partes del cuerpo. Por lo tanto, cualquiera que sea el lugar del cuerpo que se golpee o pinche, ella nota el dolor. Y el alma no es menos en los miembros pequeños del cuerpo, ni más en los más grandes, sino que en unos aflora con más fuerza, en otros más débil, pero por completo en los más pequeños, por completo en los más grandes y del todo en cada uno de ellos. Pues al igual que Dios está en todas partes, Dios está por completo en todo su mundo y en cada una de sus criaturas, vivificándolo todo, moviéndolo y gobernándolo todo; como dice el apóstol: vivimos en él, nos movemos y somos en él; de manera similar, el alma es fuerte en todo el cuerpo como si fuera en su mundo, así lo anima, lo mueve y lo gobierna, aunque, sin duda, con más fuerza en el corazón y en el cerebro, del mismo modo que se dice que Dios está en el cielo de una manera particular. Y al igual que él está en su mundo dentro y fuera, arriba y abajo, así está el alma en su cuerpo, gobernándolo arriba, sustentándolo abajo,

colmándolo por dentro, rodeándolo por fuera. Por eso ella está dentro como está fuera, abarca como penetra, dirige como sustenta, sustenta como dirige, y como Dios, que no crece con el crecimiento de la criatura ni desaparece con su desaparición, así el alma no disminuye con la disminución de los miembros ni se incrementa con su incremento».

Egidio de Asís (desde el año 1208, discípulo de san Francisco; murió en 1262)

En el sexto año desde su conversión, cuando él vivía en el monasterio de Fabriano, una noche vino la mano del Señor sobre él. Mientras rezaba con fervor se vio invadido por un consuelo divino tan grande que le pareció que Dios quería conducir su alma fuera de su cuerpo para que él pudiera contemplar claramente sus misterios. Y comenzó a notar cómo su cuerpo moría, primero en los pies y luego más allá, hasta que el alma salió. Y estando fuera del cuerpo, como le pareció, por la voluntad de aquel que había unido el alma al cuerpo, se deleitó con la enorme belleza con que el Espíritu Santo la había adornado y con la contemplación de sí mismo. Pues ella era muy delicada y muy luminosa, más allá de toda medida, como él contó antes de morir. Después, esta alma tan santa fue conducida a contemplar los misterios celestiales, que él nunca quiso revelar.

Una vez dijo: «Conozco a una persona que ha contemplado con tal claridad a Dios que perdió toda fe».

En otra ocasión le dijo el hermano Andreas: «Tú dices que Dios te quitó la fe en una visión; dime, si te place, si tienes la esperanza». Él respondió: «Quien no tiene la fe ¿cómo iba a tener la esperanza?». El hermano Andreas le dijo: «¿Acaso no esperas poseer la vida eterna?». Él respondió: «¿No crees que Dios, si a él le place, puede dar una garantía de la vida

eterna?».

El hermano Egidio dijo una vez que él había nacido cuatro veces. «La primera vez —dijo— nací de mi madre carnal, la segunda con el sacramento del bautismo, la tercera cuando entré en esta orden sagrada, la cuarta cuando Dios me otorgó la gracia de su aparición». El hermano Andreas le dijo: «Si viajara a tierras lejanas y se me preguntara si te conozco y que cómo estás, podría responder: han trascurrido treinta y dos años desde que el hermano Egidio nació, y antes de haber nacido tenía la fe, pero después de nacer ha perdido la fe». El hermano Egidio respondió: «Como tú lo has dicho, así es. Aunque anteriormente no había tenido la fe como debería haberla tenido, no obstante Dios me la quitó. Pero a quienquiera que la tenga de manera perfecta, como se debe tener, Dios también se la quitará. Después de aquello hice tales cosas que merecí que me liaran una soga al cuello y me arrastraran con ignominia por todas las calles de esta ciudad». El hermano Andreas volvió a hablar: «Si no tienes la fe, ¿qué harías si fueras un sacerdote y quisieras celebrar la misa? ¿Cómo podrías decir: yo creo en un solo Dios? Como parece, tendrías que decir: yo reconozco a un solo Dios». Entonces respondió el hermano Egidio con un semblante alegre y cantó en voz alta: «Yo reconozco a un solo Dios, el Padre todopoderoso». Cuando Luis el Santo, rey de Francia, decidió peregrinar a los santos lugares y oyó de la fama de la santidad del hermano Egidio, resolvió en su corazón buscarlo. Cuando por este motivo pasó por Perugia en su peregrinaje, donde, como había oído, él residía, acudió a la puerta de los hermanos como un peregrino pobre y sin darse a conocer, seguido por unos pocos compañeros. Allí manifestó su deseo vehemente de ver al hermano Egidio. El portero se fue y le dijo al hermano Egidio que un peregrino en la puerta deseaba verle. De inmediato reconoció en espíritu quién era. Y saliendo como embriagado de la celda,

llegó de prisa a la puerta y los dos cayeron en un abrazo maravilloso y se dieron de rodillas besos de gran devoción, como si los hubiera unido una vieja amistad. Y después de haberse dado los signos de amor ferviente no se dirigieron una sola palabra, sino que, manteniendo un silencio completo, se separaron.

Pero cuando san Luis se hubo retirado, los hermanos preguntaron a uno de sus compañeros quién era la persona que había abrazado al hermano Egidio con actitud tan entrañable. Él respondió que había sido Luis, el rey de Francia, que en su peregrinación había querido visitar al hermano Egidio. Entonces los hermanos se quejaron al hermano Egidio y dijeron: «¡Oh, hermano Egidio!, ¿por qué no has querido decirle nada a un rey tan grande, que ha venido de Francia para verte y escuchar de ti alguna buena palabra?». Y el hermano Egidio respondió: «Queridos hermanos, no os maravilléis de que él no me haya podido decir nada a mí ni yo a él; pues en cuanto nos hubimos abrazado, la luz de la sabiduría divina me reveló su corazón y a él el mío. Y estando ante el espejo eterno, experimentamos con perfecto consuelo qué es lo que había pensado decirme, y yo a él, sin mover los labios y la lengua, y mejor que si hubiéramos hablado con los labios. Y si hubiésemos querido explicar aquello que sentíamos en nuestro interior con sonidos vocales, esas palabras nos hubiesen traído tristeza antes que consuelo. Sabed, por lo tanto, que él se ha ido de aquí maravillosamente consolado».

Mechtild de Magdeburgo (1212-1277)

Del viaje a la corte del alma en el que Dios se muestra a sí mismo

Cuando la pobre alma llega a la corte, es sabia y está bien educada; allí mira alegremente a su Dios. ¡Oh, con cuánta

alegría es recibida allí! Allí se mantiene en silencio y desea inconmensurablemente su elogio. Entonces él le muestra, con gran deseo, su corazón divino. Es como el oro rojo que arde en un gran fuego de carbón. A continuación, él pone el alma en su corazón ardiente, de suerte que el elevado príncipe y la jovencita se abracen y se unan como el agua y el vino. Ella es entonces aniquilada y sale de sí, en la medida de sus posibilidades. Y él está enfermo de amor por ella, como lo estuvo desde el principio, pues nada se le puede añadir ni de nada se le puede privar. Ella dice ahora: «Señor, tú eres mi consuelo, mi deseo, mi fuente que fluye, mi sol, y yo soy tu espejo. Éste es el viaje a la corte del alma que ama, que no puede estar sin Dios».

Cómo el alma recibe a Dios y lo alaba

¡Oh, gozosa visión! ¡Oh, saludo amable! ¡Oh, dulce abrazo! Señor, tu milagro me ha herido, tu gracia me ha subyugado. ¡Oh, elevada roca, estás tan bien oculta que nadie puede anidar en ti salvo palomas o ruiseñores!

Cómo Dios recibe el alma

Sé bienvenida, querida paloma, has volado tanto en el reino terrenal que tus alas se han fortalecido lo suficiente para el reino celestial.

Dios compara el alma con cuatro cosas

Sabes como una uva, hueles como un bálsamo, luces como el sol, eres un incremento de mi amor supremo.

El alma alaba a Dios en cinco cosas

¡Oh, Dios que te derramas en tus dones! ¡Oh, Dios que te derramas en tu amor! ¡Oh, Dios ardiente en tu deseo! ¡Oh, Dios que te fundes en la unión con tu amada! ¡Oh, Dios que reposas en mi pecho, sin ti no puedo ser!

Dios dice seis cosas cariñosas al alma

Eres una almohada para mi cabeza, mi lecho delicioso, mi reposo más secreto, mi deseo más profundo, mi mayor honor. Eres un placer de mi divinidad, un consuelo de mi

humanidad, un arroyo para mi fuego.

El alma replica a la alabanza de Dios en seis cosas

Eres mi montaña de cristal, mi deleite para los ojos, la pérdida de mí mismo, la tempestad de mi corazón, la caída y el hundimiento de mi ser, mi mayor seguridad.

Del conocimiento y del placer

Para el alma sabia el amor sin el conocimiento se parece a las tinieblas. El conocimiento sin amor, a un tormento infernal. Placer sin muerte la llena de una pena inconsolable.

Del mensaje de santa María

El dulce rocío de la Trinidad sin inicio ha caído de la fuente de la eterna divinidad en el regazo de la joven elegida, y el fruto del regazo es un Dios inmortal y un hombre mortal y un consuelo viviente de la alegría eterna, y nuestra redención se ha convertido en un desposado. La desposada está ebria de contemplar el noble semblante. Con la mayor fortaleza sale de sí misma, y en la mayor ceguera es cuando ve con más claridad. En la mayor claridad está al mismo tiempo viva y muerta. Cuanto más tiempo está muerta, con tanta más alegría vive. Con cuanta mayor alegría vive, tanto más experimenta. Cuanto más pequeña se vuelve, tanto más recibe. Cuanto más rica se vuelve, tanto más pobre es. Cuanto más profunda es su morada, más amplia es. Cuanto más imperiosa es, tanto más profundas se vuelven sus heridas. Cuanto más se encumbra, tanto más cariñoso es Dios con ella. Cuanto más elevada oscila, con tanta más belleza luce con el reflejo de la divinidad, tanto más se aproxima a él. Cuanto más trabaja, con tanta mayor dulzura reposa. Cuanto más comprende, más silenciosa se vuelve. Cuanto más alto llama, mayores milagros obra con su fuerza, en la medida de sus posibilidades. Cuanto más crece su placer, cuanto más estrecho es su abrazo, tanto mayor se vuelve la felicidad de la desposada. Cuanto más entrañable el abrazo, tanto más dulce sabe el beso en la boca. Cuanto más amoro-

sa es la mirada con que se contemplan, tanto más difícil les resulta separarse. Cuanto más le da él, tanto más consume ella, tanto como pueda tener. Cuanto más humilde sea la despedida de ella, tanto más pronto volverá. Cuanto más caliente permanezca, antes se enfría. Cuanto más arde, más bella luce. Cuanto más se difunde la alabanza de Dios, tanto menos desaparece su avidez.

¡Eh!, ¿adónde va nuestro esposo-redentor en el gozo de la Santa Trinidad? Como Dios ya no quería estar en sí mismo, hizo el alma y se dio a ella por su gran amor. ¿De qué estás hecha, alma, que tan alto asciendes por encima de todas las criaturas y te mezclas en la Santísima Trinidad y, sin embargo, permaneces en ti misma? Has hablado de mi origen, ahora te digo en verdad: yo fui hecha en aquel lugar del amor, por eso ninguna criatura me puede satisfacer de acuerdo con mi noble naturaleza y ninguna me puede abrir salvo el amor.

Has de pedir a Dios que te ame con fuerza, a menudo y largo tiempo, así serás puro, bello y santo

¡Oh, Señor!, ámame con fuerza y ámame a menudo y largo tiempo; cuanto más me ames, tanto más pura me volveré; con cuanta más fuerza me ames, tanto más bella me volveré; cuanto más largo tiempo me ames, tanto más santa seré aquí en la tierra.

Cómo Dios responde al alma

Que te ame a menudo lo tengo por naturaleza, pues yo mismo soy el amor. Que te ame con fuerza lo tengo por mi deseo, pues yo también deseo que se me ame con fuerza. Que te ame largo tiempo, esto lo tengo por mi eternidad, pues no tengo fin.

Dios pregunta al alma qué trae

Dios: Tú cazas mucho en el amor. Dime, ¿qué me traes, reina mía?

El alma: Señor, te traigo mi joya, que es más grande que

las montañas, más ancha que el mundo, más profunda que el mar, más alta que las nubes, más brillante que el sol, más variada que las piedras; pesa más que la tierra entera.

Dios: ¡Oh, imagen de mi divinidad, exaltada con mi humanidad, adornada con mi Espíritu Santo!, ¿cómo se llama tu joya?

El alma: Señor, se llama el deseo de mi corazón, que he retirado del mundo, he guardado para mí misma y se lo he negado a todas las criaturas; ahora ya no la puedo llevar. Señor, ¿dónde la puedo dejar?

Dios: No dejarás el deseo de tu corazón en ningún lugar que no sea en mi corazón divino y en mi pecho humano. Sólo allí hallarás consuelo y serás besada por mi espíritu.

Del camino del amor en siete cosas, de tres vestidos de la novia y de la danza

Dios dice: ¡Oh alma que ama!, ¿quieres saber cuál es tu camino?

El alma: Sí, querido Espíritu Santo, enséñame.

Dios: Cuando hayas pasado por los apuros del arrepentimiento y por el dolor de la confesión, y por el tormento de la penitencia, y por el placer del mundo, y por la tentación del demonio, y por la exuberancia de la carne, y por el capricho destructivo, que hace retroceder a más de un alma hasta tal punto que nunca llega a alegrarse de verdad, y cuando hayas destruido a tus peores enemigos, entonces estarás tan cansada que dirás: «Bello jovencito, te deseo, ¿dónde te encontraré?».

Y el jovencito habla: Oigo una voz que me suena como el amor. La he pretendido muchos días, pero la voz no me era próxima. Ahora estoy emocionado, he de ir hacia ella. Ella es la que lleva al mismo tiempo la preocupación y el amor. Por la mañana, en el rocío, es cuando la devoción abrazada entra la primera en el alma.

Ahora hablan sus ayudas de cámara, que son los cinco *sentidos*:

«Señora, habéis de vestiros».

El alma: Amor, ¿adónde debo ir?

Los sentidos: Hemos escuchado el susurro; el príncipe vendrá a ti en el rocío y en el bello canto de los pájaros. Vamos, señora, no tardéis más.

Ahora se pone la blusa de la dulce humildad y es tan humilde que no puede soportar nada por debajo de ella. Por encima un vestido blanco de la más pura castidad, y es tan puro que no es capaz de soportar más en pensamientos, palabras y contactos que la puedan mancillar. Después se envuelve en la capa de la santa reputación, que ella ha adquirido con todas las virtudes.

Así va al bosque en compañía de gente santa. Allí los más dulces ruiñeñores de la armoniosa unidad con Dios cantan noche y día, y ella oye muchas voces dulces de los pájaros del sagrado saber. Aún no viene el joven. Ahora manda mensajeros, pues ella quiere bailar; envía a por la fe de Abrahán, y a por el deseo de los profetas, y a por la casta humildad de Nuestra Señora santa María, y todas las virtudes de Jesucristo, y a por toda la devoción de los elegidos. Comienza entonces una bella danza de loa.

Ahí viene el *joven* y le dice: «Doncella, vuestra danza ha de ser después tan piadosa como danzaron previamente mis elegidos».

Ella dijo:

«Yo no puedo danzar, señor, si tú no me guías. Si quieres que brinque, has de cantar tú mismo. Entonces danzaré en el amor, del amor en el conocimiento, del conocimiento en el goce, del goce sobre todos los sentidos humanos. Allí quiero permanecer y seguir vibrando».

Y así ha de cantar el *joven* en la danza:

«Para mí hacia ti y para ti fuera de mí, encantada contigo, a disgusto fuera de ti».

A continuación, habló el *joven*:

«Doncella, habéis ejecutado bien esta danza honorífica. Se os concederá vuestro deseo con el hijo de la Virgen, pues ahora estáis muy cansada en lo más profundo de vuestro ser. Venid al mediodía a la fuente umbrosa en el lecho del amor. Allí os refrescaréis con él».

Y aquí habló la *doncella*:

«Oh, Señor, es algo grandísimo que goce de tu amor quien no alberga amor en sí misma, así que tú serás quien la mueva».

El *alma* habló ahora a los sentidos, que son sus ayudas de cámara: «Ya estoy cansado de danzar un rato. Dejadme, he de ir al lugar donde pueda refrescarme».

A continuación, los *sentidos* le dicen al alma: «Señora, si queréis refrescaros en las lágrimas de amor de santa María Magdalena, os hará bien».

El *alma*: «Callad, señores; no sabéis todo lo que tengo en mente. Dejadme ir sin impedírmelo. Quiero beber ahora de un vino sin mezcla».

Sentidos: «Señora, en la castidad virginal reposa el gran amor».

Alma: «Puede que así sea, para mí no es lo supremo».

Sentidos: «Podéis refrescaros espléndidamente en la sangre de los mártires».

Alma: «Me han martirizado tanto que ahora no quiero ir allí».

Sentidos: «La gente pura gusta vivir en el consejo de aquellos que profesan la fe».

Alma: «Siempre querré estar en el consejo para todo lo que haga y deje de hacer, pero ahora no quiero ir allí».

Sentidos: «En la sabiduría de los apóstoles encontraréis gran seguridad».

Alma: «Tengo la sabiduría aquí conmigo, con ella elegiré lo mejor».

Sentidos: «Señora, los ángeles son puros, y encantadores y radiantes de ver; si queréis refrescaros, elevaros hacia allí».

Alma: «La alegría de los ángeles es pena para mi amor, a no ser que vea con ellos a su Señor y a mi desposado».

Sentidos: «Entonces refrescaros en la santa vida del penitente, que Dios ha dado a san Juan Bautista».

Alma: «Estoy preparada para el dolor, pero la fuerza del amor supera todas las fatigas».

Sentidos: «Señora, si queréis refrescaros en el amor, inclinaros entonces en el regazo de la Virgen hacia el Niño, y contemplad y gozad cómo la fruición de los ángeles mamó la leche sobrenatural de la Virgen eterna».

Alma: «Ése es un placer infantil, el amamantar y mecer de un niño. Yo quiero un esposo adulto, quiero ir a mi amado».

Sentidos: «¡Oh, señora, si queréis ir allí, hemos de quedar completamente ciegos! Pues la divinidad es tan ardiente y fogosa, como tú bien sabes, que todo el fuego y todo el calor que brilla y arde a través del cielo y de todos los santos, todo ello ha emanado de su aliento divino y de su boca humana por la voluntad del Espíritu Santo. ¿Cómo podrías permanecer entonces ni siquiera una hora?».

Alma: «El pez no se puede ahogar en el agua, el pájaro no puede caer del cielo. El oro no se puede corromper en el fuego, en él recibe su pureza y su color brillante. Dios ha concedido a todas las criaturas que vivan según su naturaleza. ¿Cómo podría resistirme yo a mi naturaleza? Tuve que salir de todas las cosas hacia Dios, que es mi Padre por naturaleza, mi hermano por su humanidad, mi esposo por el amor, y yo soy sin inicio. ¿Queréis que no llegue a encontrar del todo lo que es mío? Él puede ambas cosas: arder con fuerza y refrescar con consuelo. Pero no os entristezcáis demasiado. Aún tendréis la oportunidad de enseñarme. Cuando regrese, necesitaré mucho vuestras enseñanzas, pues la tierra está llena de peligros».

Así va la más amada hacia el más bello, se dirige a la cámara sagrada de divinidad inocente; allí encuentra dispuestos el lecho del amor, el aposento del amor, y al Dios y al hombre.

Y entonces habla nuestro *Señor*:

«Detente, señora alma».

Alma: «¿Qué me mandas, Señor?».

Dios: «Os debéis desvestir».

Alma: «Señor, ¿cómo es eso posible?».

Dios: «Señora alma, pertenecéis hasta tal punto a mi naturaleza que entre vos y yo no puede haber nada. Nunca hubo un ángel tan majestuoso que se le haya concedido por una hora lo que se os ha concedido a vos por la eternidad. Por eso debéis desembarazaros del miedo y de la vergüenza y de todas las virtudes externas. La única virtud que debéis desear encontrar para la eternidad es la que lleváis por naturaleza en vuestro interior. Es vuestro noble anhelo y vuestro insondable deseo. Yo querré consumarlo con mi infinita riqueza».

Alma: «Señor, ahora soy un alma desnuda, y tú en ti mismo un Dios glorioso. Nuestra compañía es bendición eterna sin muerte».

Ahora en sus voluntades se impone un bienaventurado silencio. Él se da a ella y ella se da a él. Ella sabe lo que le ocurre y por ello se da por satisfecha. Pero no puede durar mucho. Cuando dos amantes están juntos en secreto, a menudo han de separarse con harta rapidez.

Querido amigo en Dios, te he descrito este camino del amor. Que Dios te dé ese camino en el corazón. Amén.

Un canto del alma a Dios en cinco cosas, y cómo Dios es el vestido del alma, y el alma, de Dios.

Brillas en mi alma como el sol en el oro. Si puedo reposar en ti, Señor, mi placer es enorme. Tú te vistes con mi alma y tú eres también su vestido más íntimo. Que se haya de

producir una separación nunca ha causado un mayor dolor en mi corazón. Si me amaras con más fuerza, seguramente no duraría mucho aquí, pues entonces te amaría sin cesar, como es mi deseo. Ahora te he cantado, aunque no como debería ser; si tú me cantarás, yo lo lograría.

Una antífona de Dios en el alma, en cinco cosas

Cuando yo brillo, tú debes lucir. Cuando yo fluyo, tú debes rizarte. Cuando tú suspiras, atraes mi corazón divino hacia tu interior. Cuando lloras por mí, te tomo en mis brazos. Pero cuando tú amas, nos volvemos uno. Cuando nosotros dos somos uno, no puede ocurrir nunca una separación: sólo una espera placentera mora entre nosotros dos.

(El alma habla):

«Señor, así espero yo con hambre y con sed, cazando y buscando, hasta la hora decisiva, cuando de tu boca divina fluyan las palabras elegidas, que no han sido escuchadas por nadie, únicamente por el alma, que se desprende de la tierra y pone su oído junto a tus labios: a ella se le anunciará el tesoro del amor».

De la queja del alma que ama porque Dios prescinde de ella y le retira su don. De la sabiduría; cómo el alma pregunta a Dios quién es y cómo es. Del jardín, de las flores y del canto de las vírgenes

¡Oh, tú, tesoro inconmensurable en plenitud! ¡Oh, tú, milagro inconcebible en variedad! ¡Oh, tú, poder infinito en el esplendor de la majestad! Con cuánto dolor te anhelo, viendo que quieres prescindir de mí; todas las criaturas no te lo podrían decir, aun cuando tuvieran que quejarse por mí. Pues yo sufro una pena inconmensurable, me sería más gentil una muerte humana. Te busco con los pensamientos, como una doncella busca, en secreto, su amor. Mis padecimientos son intensos, pues estoy unida a ti. El vínculo es más fuerte de lo que yo soy, así no puedo liberarme del amor. Te llamo con gran codicia, con una voz lastimosa. Te espero

con todo el dolor de mi corazón, no puedo descansar, ardo de manera inextinguible en el calor de tu amor. Te persigo con todo mi poder. Pero aun cuando tuviera la fuerza de un gigante, se extinguiría pronto siguiendo tus huellas. ¡Ay, amado, no corras tanto por delante de mí y descansa un poco en el amor para que te pueda alcanzar...!

¡Oh, Señor!, me has privado de todo lo que tengo de ti, así que déjame por tu gracia el mismo don que tú has dado por naturaleza a un perro, esto es, que te sea fiel en mi necesidad sin resistirme. Eso es lo que en verdad deseo, más que tu reino celestial.

Dios: Amada paloma, ahora escúchame. Mi sabiduría divina es tan poderosa sobre ti que te concedo todos mis dones sólo en la medida en que puedes llevarlos con tu pobre cuerpo. Tu búsqueda secreta me hallará, los lamentos de tu corazón me pueden compeler; tu dulce cacería me deja tan cansado que deseo refrescarme en tu alma pura, a la que estoy unido. Los suspiros y temblores de tu corazón herido han alejado mi justicia de ti. Eso es lo justo entre tú y yo. No puedo ser sin ti. Por muy divididos que estemos, no podemos estar separados. Aunque te rozara muy ligeramente, haría a tu cuerpo un daño inmenso. Si me entregara a ti por todos los tiempos, según tu avidez, habría de prescindir de mi dulce morada terrenal en ti; pues mil cuerpos no podrían cumplir el deseo de un alma que ama. Por eso, cuanto mayor es el amor de un ser humano, tanto más es un mártir santo.

Alma: ¡Oh, Señor!, evitas demasiado mi cárcel impura, en la cual yo bebo el agua del mundo y como con gran dolor de mi corazón el pastel de cenizas de mi debilidad. Y estoy mortalmente herida por el daño de tu amor ígneo. Y ahora, Señor, me dejas sin ungir en un gran tormento.

Dios: Querido corazón, mi reina, ¿cuánto tiempo vas a seguir siendo tan rebelde? Si te hiero de la manera más do-

lorosa posible, te unjo en el mismo momento de la manera más profunda. La plenitud de mi riqueza es toda tuya, y sobre mí mismo has de tener poder. Por ti desfallezco de amor; si las pesas de la balanza son tuyas, yo tengo el oro. Todo lo que has hecho por mí, lo que has dejado de hacer y lo que has sufrido, todo eso quiero ponerlo en la balanza y quiero darme a ti por toda la eternidad tanto como tú me puedas querer siempre.

Alma: Señor, quiero preguntarte por dos cosas, instrúyeme como te plazca. Cuando mis ojos se entristecen con su miseria y mi boca calla como una simple y mi lengua se une a la pena del corazón y mis sentidos me preguntan hora tras hora qué me pasa, todo eso, Señor, es por tu causa. Y mi carne decae, mi sangre se seca, mis huesos se hielan, mis arterias se atrofian y mi corazón se derrite por tu amor y mi alma ruge con la voz de un león hambriento. Dime, amado mío, cómo me siento donde tú estás.

Dios: Tú eres como una joven novia, cuyo único amado, al que se sentía inclinada con toda fidelidad, la ha abandonado mientras dormía, y ella no puede soportar que él se separe ni por una hora, y cuando despierta, ya no tiene nada de él, salvo lo que mantienen sus sentidos. Por eso comienza su gran lamento. Mientras el joven no le sea devuelto a su novia en matrimonio, ella ha de estar a menudo sin él. Yo voy a ti cuando me place, cuando yo quiero. Sé devota y silenciosa, y esconde tus cuitas donde puedas; así se incrementará en ti la fuerza del amor. Ahora te diré dónde estoy. Estoy en mí mismo en todos los lugares y en todas las cosas, así como he sido siempre sin principio, y yo te espero en el jardín del amor y corto para ti las flores de la dulce unión y te hago allí una cama de la encantadora hierba del conocimiento sagrado, y el sol luminoso de mi eterna divinidad te bañará con el oculto milagro de mi deleite, del cual te ha sido permitido gozar un poco en secreto. Y entonces inclinaré hacia ti el árbol más alto de mi Santísima Trinidad y tú recogerás las

manzanas verdes, blancas y rojas de mi dulce humanidad, y te protegerá la sombra de mi Espíritu Santo de toda tristeza terrenal: así ya no podrás pensar más en el dolor de tu corazón. Si tú abrazas el árbol, te enseñaré el canto de las vírgenes, la melodía, las palabras, el dulce sonido; aquellos que están dominados por la impureza no pueden entender estas cosas por sí solos, pero algún día todos obtendrán la dulce transformación.

Amada, ahora comienza y déjame oír cómo puedes cantar.

Alma: ¡Ay, amado mío! La garganta de mi castidad está afónica, pero el azúcar de tu dulce suavidad ha logrado que mi garganta vuelva a entonar, así que ahora puedo cantar, Señor: tu sangre y la mía son la misma sangre y es pura, tu amor y el mío son el mismo amor y es indiviso, tu vestido es mi vestido y es impoluto, tu boca y la mía son la misma bendición.

Éstas son las palabras que canta la voz del amor, pero la dulce música del corazón ha de quedarse fuera, pues ninguna mano terrenal puede escribirla.

Mechtild de Hackeborn (1242-1299)

De diversos dolores

Como había permanecido en ese abandono (enferma y sin la «visita de Dios») más de siete días, el Señor, tan bondadoso, que siempre está próximo a aquellos que tienen un corazón afligido, derramó tal consuelo y dulzura desbordantes sobre ella que, a menudo, desde maitines hasta la prima y desde la prima a la nona, yacía con los ojos cerrados, como muerta, en el goce de Dios. En esos tiempos el dulce Señor le reveló cosas maravillosas de sus misterios, y se alegraba tanto con la dulzura de su presencia que ella, como embriagada, ya no pudo contenerse y comunicó, también a huéspedes y

a extraños, esa gracia interna que había ocultado durante tantos años. Por eso muchos le daban mensajes para Dios; y a cada uno de ellos, dependiendo de si se dignaba a darles respuesta, revelaba el deseo de su corazón, por lo cual ellos, muy alegres, daban gracias a Dios...

Como se quejaba de que por los dolores de cabeza que padecía le era imposible dormir, la gente decía que la enfermedad la hacía delirar, pues creían que no hacía otra cosa que dormir. Pero cuando su criada le preguntó qué hacía cuando yacía así con los ojos cerrados, ella respondía: «Mi alma se complace en los deleites divinos, nadando en la divinidad como un pez en el agua o un pájaro en el aire; y no hay ninguna otra diferencia entre el goce divino de los santos y la unión de mi alma, salvo que ellos la gozan con alegría y yo con dolor».

En esos días de su enfermedad, cuando vino el periodo de ayuno y ella se propuso estar en espíritu con el Señor en el desierto, le preguntó una noche, cuando le pareció que estaba con el Señor en el desierto, dónde iba a permanecer él la primera noche. El Señor le mostró entonces un árbol hueco, pero de una belleza maravillosa; era el llamado árbol de la humildad, y dijo: «Aquí permaneceré esta noche». Dicho esto, el Señor se fue hacia el árbol hueco. Ella dijo: «¿Y dónde estaré yo?». A lo que Dios contestó: «¿No sabes volar a mi regazo y descansar ahí, como suelen hacerlo los pájaros?». Y de repente se vio a sí misma volando, con la forma de un pajarillo, hacia el regazo, y allí descansó apaciblemente. Y le dijo al Señor: «Dulcísimo Señor, pon tu dedo en mi cabeza para que pueda dormir». Y el Señor: «¿No sabes que los pajarillos, si quieren recibir el sueño, han de poner la cabeza debajo del ala?». Y ella: «Señor, ¿cuál es mi ala?». Él contestó: «Tu deseo es una pluma roja, porque siempre arde. Tu amor es una pluma verde, porque siempre reverdece y crece. Tu esperanza, en cambio, es una pluma

amarilla, porque estás constantemente corriendo hacia mí».

Del poder del amor

En otra ocasión, cuando con el efecto de la gracia estaba pensando en el poder del amor divino, el Señor le dijo: «He aquí que me entrego al poder de tu alma, de modo que soy tu prisionero y tú me mandas lo que quieras: y yo, como un prisionero que no puede hacer nada, salvo lo que le ordena su amo, me someto a tu voluntad». Pero ella, escuchando con maravillosa gratitud las palabras de tal favor, pensó qué es lo que más desearía del amor de Dios. Encontró en su corazón que preferiría la salud antes que todo, pues la Semana Santa ya estaba al caer y desde el Adviento hasta este periodo, con excepción de las Navidades, no había podido incorporarse al coro debido a su enfermedad. Pero reflexionando, ya que la fidelidad a su Señor la obligaba, le dijo: «¡Oh, el más dulce y más amado de mi alma!, aunque podría recobrar ahora toda la fortaleza y la salud que tenía antes, no lo quiero de ninguna manera. En cambio, quiero esto de ti: que nunca difiera de tu voluntad, sino que todo lo que tú quieres y que obra en mí, sea favorable o perjudicial, eso deseo quererlo siempre contigo». De inmediato le pareció que el Señor la rodeaba con su brazo izquierdo e inclinaba la cabeza de ella sobre su pecho, diciendo: «Para que tú quieras todo lo que yo quiero, tu alma estará siempre en mi abrazo, y todo este dolor de tu cabeza lo introduciré en mí y lo sacrificaré con mi sufrimiento».

Del abrazo y del corazón del Señor

En otra ocasión, cuando ella se quejaba a Dios, durante su enfermedad, por no poder ir al coro y no poder hacer otras buenas obras, le pareció que el Señor se inclinaba hacia la cama junto a ella y la rodeaba con el brazo izquierdo, de modo que la herida de su benévolo corazón se unió al de ella. Entonces él le habló: «Cuando estás enferma, te rodeo con mi brazo izquierdo, y cuando estás sana, con el derecho;

pero sabe esto: cuando es mi brazo izquierdo el que te rodea, mi corazón está mucho más próximo al tuyo».

De cómo Dios da sus sentidos al alma para que ella los emplee

Una vez le pidió al Señor que le diera algo que le recordara continuamente a él. A esto respondió el Señor: «He aquí que te doy mis ojos, para que tú veas con ellos todas las cosas; y mis oídos, para que con ellos oigas todas las cosas; también te doy mi boca, para que todo lo que tienes que expresar hablando, orando o cantando, lo hagas a través de ella. Te doy mi corazón, para que pienses todo a través de él y me ames a mí y ames todas las cosas por mi causa». Con estas palabras Dios absorbió esa alma en su interior y se unió a ella, de modo que a ella le pareció que veía con los ojos de Dios, oía con sus oídos y hablaba con su boca; le pareció que no sentía tener otro corazón que no fuera el de Dios. Esto volvió a sentirlo en muchas otras ocasiones.

Gertrud von Helfta (1256-1302)

De las delicias de la presencia de Dios

Cuando me hiciste eso a mí y llamaste a mi alma, entré un día, antes de la prima, entre la Pascua y la Ascensión, en el patio, me senté junto al estanque y contemplé el encanto de ese lugar, que a mí me gustaba por la claridad del agua que fluía, por el verdor de los árboles alrededor, por la libertad de los pájaros que revoloteaban, especialmente, de las palomas, pero sobre todo por la tranquilidad agradable del oculto asiento. Comencé a considerar en mi alma lo que querría añadir a esas cosas para que el goce de ese lugar me pareciera perfecto. Esto es lo que deseé: que el amigo fiel, amoroso, suave y amable esté presente y alivie mi soledad. Pues, ¡oh, autor de inapreciables deleites, Dios mío, que, como espero, has guiado el inicio de esta meditación, tú

también atrajiste el final hacia ti mismo y me lo instilaste en mí: cuando yo, en agradecimiento inextinguible, por el aflujo de tu gracia me derramo en ti como el agua; cuando yo crezco en el ejercicio de las virtudes y florezco en el verdor de las buenas obras como los árboles; cuando desde arriba, abarcando con la miradas las cosas terrenales, me afano por llegar en vuelo libre hacia la esfera celestial, como la paloma, y, ajena con estos sentidos corporales al tumulto de las cosas externas, me someto a ti con todo el espíritu, entonces mi corazón te dará una morada que es más preciosa que toda delicia.

Cuando me arrodillé para rezar aquel día por la noche, antes de ir a dormir, después de haberme sumido en esos pensamientos, de repente se me vino a la mente este pasaje: «Quien me ama mantendrá mi palabra, y mi padre le amará, e iremos a él y haremos una morada en él». Entonces, mi corazón terrenal en mí sintió que habías llegado y que estabas presente.

Del flujo divino

Cuando creía que estaba hablando de manera incoherente, de suerte que no era capaz de coincidir con mi conciencia al respecto, y por lo tanto había aplazado la redacción de esto al día de la Exaltación de la Cruz, y precisamente ese día, durante la misa, había decidido dirigir mi atención a otros menesteres, Dios reclamó a mi espíritu con estas palabras: «Sabe, en verdad, que nunca saldrás de la prisión del cuerpo hasta que no pagues este ochavo que estás ahora reteniendo». Y cuando me convencí de que había mantenido todo lo que Dios me había dado para salvar al prójimo, aunque no fuera por la escritura, sí a través de mis palabras, Dios me objetó lo que esa misma noche había escuchado leer en maitines: «Si el Señor sólo hubiese anunciado sus enseñanzas a los presentes, sólo serían palabras al viento. Pero ahora también tenemos la escritura para la salvación

de los muchos». Y el Señor añadió: «Sin contradicción, quiero tener un testimonio cierto de mi amor divino en tus escritos para los últimos tiempos, en los cuales he decidido hacer el bien a muchos».

Abrumada por esto, comencé a reflexionar cuán difícil, más aún, imposible, sería para mí encontrar tal sentido o tales palabras, con las cuales lo que se ha dicho a menudo se pudiera transmitir al espíritu humano sin ofensa. El Señor, que ayuda contra tal cortedad de ánimo, pareció derramar una lluvia copiosísima sobre mi alma, bajo cuyo violento azote, yo, pobre ser humano, una planta tan frágil y joven, me doblé y hundí y no pude absorber nada útil, salvo algunas palabras difíciles cuyo significado no podía alcanzar con el entendimiento de los sentidos. Aún más abrumada por todo esto, reflexioné qué podría derivarse de estas cosas. Tu amor bondadoso, Dios mío, me libró de esta carga con la habitual ternura y animó mi alma con estas palabras: «Como la inundación de esta corriente no te resulta provechosa, ahora te inclinaré sobre mi corazón divino y verteré suave y sutilmente, poco a poco, según la medida de tu capacidad, la palabra en tu interior». Esta promesa, la más verdadera de todas, la has cumplido concienzudamente, Señor mi Dios. Has instilado en mí con tal claridad y belleza, durante cuatro días, por la mañana temprano, a la hora más apropiada, una parte de las palabras que yo pude escribir sin esfuerzo alguno, como algo que había mantenido en la memoria mucho tiempo, lo que antes no había pensado. Pero tú lo hiciste con esa moderación que, cuando yo había redactado una parte coherente, era incapaz de encontrar con el esfuerzo de todos mis sentidos, lo que al día siguiente iba a estar disponible y fluyendo sin ninguna dificultad. Así instruyes y contienes mi impetuosidad, como enseña la Escritura: nadie ha de depender tanto de la actividad que no pueda entregarse a la contemplación. Tú espoleaste mi

salvación y concediste la demora para que goce de los dulces abrazos de Raquel, pero para que tampoco carezca de la famosa fertilidad de Lea. Que tu amor sabio me conceda cumplir ambas cosas a tu satisfacción.

Heinrich Seuse (ca. 1295-1366)

En sus inicios ocurrió una vez, en el día de Santa Agnes, que él, cuando se había terminado el almuerzo en el monasterio, se fue al coro. Estaba allí solo y situado en el asiento bajo a la derecha del coro. A esa misma hora sufría una extraña opresión de grave dolencia que pesaba sobre él. Y como estaba allí desconsolado y no había nadie a su alrededor, su alma se extasió, en el cuerpo o fuera del cuerpo. Allí vio y escuchó cosas inexpresables a todas las lenguas. Era algo sin forma y sin manera y, no obstante, tenía el placer alegre en sí de todas las formas y maneras. El corazón estaba ávido pero saciado; la mente, jovial y equilibrada; todo deseo estaba cumplido, y toda ambición, perdida. Él no hacía otra cosa que mirar fijamente el reflejo fulgurante en el que obtuvo un olvido de sí mismo y de todas las cosas. No sabía si era de noche o de día. Era una dulzura de la vida eterna que desembocaba en una sensación de sosiego y quietud actuales. Dijo después: «Si éste no es el reino celestial, no sé qué puede ser el reino celestial; pues todo el sufrimiento que se puede poner en palabras no puede merecer justamente esta alegría para aquel que ha de poseerla eternamente». Este éxtasis desbordante duró eso de una media hora o una hora; no sabía si durante ese tiempo el alma permaneció en el cuerpo o se separó de él. Cuando volvió en sí de nuevo, se sintió como una persona que regresa de otro mundo. El cuerpo le dolía tanto por ese breve periodo que no creyó que nadie pudiera pasar tal dolor en un plazo tan breve sin morir. Volvió en sí con un profundo suspiro, y el cuerpo se

desplomó en el suelo contra su voluntad, como un hombre que cae desmayado. Gritó en su interior y suspiró en el fondo de su alma. A continuación dijo: «¡Ah, Dios mío!, ¿dónde he estado y dónde estoy ahora?». Y más adelante: «¡Ah, bien entrañable, esta hora jamás desaparecerá de mi corazón!». Caminó con su cuerpo y nadie vio o notó algo en él, pero el alma y la mente dentro de él estaban llenas del milagro celestial; las miradas celestiales iban y volvían a su más profunda interioridad, y le parecía que flotaba en el aire. Las fuerzas de su alma estaban llenas de la dulce fragancia del cielo, como cuando se derrama un bálsamo de un frasco y después éste retiene el buen olor. Esta fragancia celestial siguió con él mucho tiempo después y le daba un anhelo celestial de Dios.

Un día que se leía en la mesa sobre la sabiduría y su corazón se emocionó profundamente. Ella dijo: «Al igual que florece el bello rosál, al igual que el noble incienso emite su fragancia pura, y al igual que el bálsamo huele sin mezclar, así yo soy un cuerpo floreciente, fragante y puro, sin arrepentimiento y sin amargura en la tierna dulzura del abismo. Pero todos los demás enamorados tienen dulces palabras y amarga recompensa, sus corazones son las redes barrederas de la muerte, sus manos son grilletes; sus palabras, veneno endulzado; su pasatiempo, robar el honor». Él pensó: «¡Ah, cuán verdad es esto!», y se habló a sí mismo con franqueza: «En verdad, ha de ser así, ella ha de ser mi amada, yo quiero ser su sirviente». Y pensó: «¡Ay, Dios! ¿cuándo podré ver a la amada, cuándo podré escuchar sus palabras? ¡Ay!, ¿cuál es la dulce forma de aquello que oculta en sí tantas cosas encantadoras? ¿Es Dios o ser humano, mujer u hombre, saber secreto o poder mágico, o qué puede ser?». Y en tanto que podía verla con los ojos interiores, en los símbolos expuestos en la Escritura se le mostraba: flotaba ora muy por encima de él, en un trono rodeado de nubes, ora brillaba como el

lucero del alba y refulgía como los juguetones rayos de sol; su corona era la eternidad; su vestido era la bienaventuranza; su palabra, dulzura; su abrazo, la consumación de todo placer. Estaba lejos y próxima, alta y baja, estaba presente y, no obstante, oculta; se mostraba accesible y, sin embargo, nadie podía aprehenderla. Abarcaba desde lo más alto del cielo a lo más profundo del abismo. Se ensanchaba con todo su poder desde un fin a otro y reconciliaba todas las cosas en su dulzura. Cuando él creía tener ante sí a una guapa doncella, de inmediato se encontraba con un orgulloso jovencito. Ora se comportaba como una maestra sabia, ora su actitud era la de una apuesta enamorada. Ella se inclinaba hacia él con cariño y le saludaba con muchas sonrisas y le decía con bondad: «Praebe, fili, cor tuum mihi!» («Dame tu corazón, hijo mío»). Él se humilló a sus pies y le dio las gracias de todo corazón desde el fondo de su humildad. Esto le fue dado entonces, y más no se le pudo dar en aquel tiempo.

Cuando durante ese periodo a veces se sumía en pensamientos acerca de la más amada de todas, se planteaba una pregunta en su interior y se la preguntaba a su corazón en busca de amor: ¡Ay, corazón mío, mira, ¿de dónde fluye el amor y todo lo que está dotado de gracia? ¿De dónde viene toda la ternura, la belleza, los deseos del corazón y el cariño? ¿No procede todo del origen desbordante de la pura divinidad? ¡Pues bien, corazón y mente y valor, saltemos al abismo sin fondo de todas las cosas bellas! ¿Quién quiere detenerme ahora? ¡Oh, yo te abrazo hoy por la avidez de mi corazón ardiente!». Y entonces en su alma se imprimió el flujo originario de toda bondad, en él encontró, en espíritu, todo lo que era bello, encantador y deseable; allí estaba todo en forma inefable.

Con esto adquirió una costumbre cuando escuchaba cantar himnos de alabanza o tocar una dulce música de cuerda o cantar canciones de amor temporal: su corazón y su mente,

con una visión interior abstraída, eran introducidos de repente en su precioso amado, del que fluye todo amor. Sería imposible decir cuántas veces el corazón de su amado fue abrazado con ojos llorosos de amor, con un corazón abierto de par en par e insondable, y presionado ardientemente contra el corazón. Le ocurría entonces lo mismo que a una madre que mantiene en su regazo a su niño pequeño mientras mama: cómo se acerca con su cabeza, el movimiento de su cuerpecillo hacia la madre acariciadora, cómo muestra la alegría de su corazón con sus gestos sonrientes; pues así es como su corazón se movía a menudo en el cuerpo, con un flujo hacia su interior, hacia la presencia placentera de la eterna sabiduría. Él pensaba entonces: «¡Oh, Dios mío, si una reina se casara conmigo ahora, lo disfrutaría mi alma, pero ahora eres tú la emperatriz de mi corazón y la que concede toda la gracia! ¡En ti tengo suficiente riqueza, tanto poder como quiero! ¡De todo lo que tiene la tierra, ya no querría nada!». Y, al pensar así, su semblante era tan jovial, sus ojos tan felices, su corazón tan jubiloso y todos sus sentidos internos cantaban *Super salutem*, etc.; por encima de toda dicha, por encima de toda belleza, tú eres la dicha y la belleza de mi corazón, pues contigo ha venido a mí la dicha y en ti y contigo poseo todo lo que es bueno.

Cuando, como era su costumbre, después de maitines llegaba a su capilla y se sentaba en su silla para descansar un poco —ese momento de descanso era muy corto y sólo duraba hasta que el vigilante anunciaba el amanecer—, entonces sus ojos se abrían y caía rápidamente de rodillas y saludaba al luminoso lucero del alba en su ascenso, la delicada reina del reino celestial, y pensaba: como los pajarillos saludan en el verano la luz del día y la reciben con alegría, así saludaba él con su deseo jovial al portador de la luz del día eterno; y no pronunciaba así sin más las palabras, sino

que las pronunciaba con un sonido dulce y sosegado en su alma.

Una vez se sentaba así a la misma hora en su descanso cuando oyó algo que sonaba en su interior de manera tan entrañable que todo su corazón se emocionó, y la voz cantó con un tono puro y dulce, mientras ascendía la estrella matutina, y cantó estas palabras: «Stella Maria maris hodie processit ad ortum» («La estrella del mar, María, ha salido hoy»). Este canto resonó con una belleza tan sobrenatural en él que quedó privado de sus facultades y se unió alegremente al canto. Una vez que terminaron de cantar juntos, sintió un abrazo inefable y oyó estas palabras: «Cuanto mayor sea el amor con que me abrazas y cuanto más incorpóreos sean tus besos, con más amor y más amistad serás abrazado por mi eterna claridad». Sus ojos se abrieron, las lágrimas rodaban por su rostro y saludó a la estrella de la mañana en su ascenso, como era su costumbre.

Fue en la noche de los Santos Arcángeles: en una visión le pareció estar oyendo cantos angélicos y una música dulce y celestial. Se sentía tan bien que olvidó todos sus sufrimientos. Entonces le habló uno de los ángeles: «He aquí que, al igual que tú gustas de escuchar nuestro canto de la eternidad, a nosotros nos gusta escuchar tu canto de la sabiduría eterna». Y luego volvió a decir: «Esto es de la canción que los santos elegidos cantarán alegremente el día del juicio, cuando vean que son confirmados en la perpetua alegría de la eternidad».

En otra ocasión, en la misma festividad, había estado muchas horas sumido en esa visión de sus alegrías, y cuando ya el día llegaba a su fin, vino un joven que se comportó como si le hubieran enviado a él en calidad de un ministro celestial de Dios. Con él vinieron muchos jóvenes orgullosos de la misma manera y con los mismos gestos que el primero, tan sólo que éste poseía más dignidad que los de-

más, como si fuera un príncipe de los ángeles. Este joven se acercó a él bienhumorado y dijo que habían sido enviados por Dios para procurarle una alegría celestial durante su sufrimiento, y dijo que debía olvidarse de sus sufrimientos y hacerles compañía a ellos, y que también tenía que danzar con ellos como en el cielo. Tomaron al sirviente de la mano para danzar, y el joven comenzó una canción alegre sobre el Niño Jesús, que decía así: «In dulci jubilo», etc. Como el sirviente oyó sonar con tal dulzura el amado nombre de Jesús, su corazón y su mente se sintieron tan bien que olvidó los sufrimientos que tenía. Ahora vio con alegría cómo ellos daban los saltos más altos y libres. El cantor principal sabía muy bien cómo hacer que se movieran, y él cantó y después cantaron ellos, y danzaron con todo el regocijo de sus corazones. El cantor repitió el estribillo tres veces: «Ergo merito», etc. Esa danza no era como se baila en este mundo; era un flujo y reflujo oscilante hacia el salvaje abismo del misterio divino. En esos años se le concedieron éste y otros, incontables, consuelos celestiales, cuando más en los periodos en que estaba rodeado de grandes sufrimientos, y así los soportó con más facilidad.

Christina Ebner (1277-1355)

En una ocasión, cuando contaba 24 años, soñó que se había quedado embarazada de Nuestro Señor y estaba tan llena de gracia que no tenía un miembro en el cuerpo que no recibiera de ello una gracia especial. Y llegó a sentir tal ternura por el niño, porque, como le parecía, ella misma lo protegía, que, cuando una vez subió a un montecillo, temió que podría haberle hecho daño al niño. Y como esto fue con dulzura y sin ningún disgusto, de modo que no le afectó preocupación ni tristeza algunas, y había trascurrido el tiempo, soñó cómo iba a dar a luz sin dolores y sintió una

alegría desbordante al verle. Y después de haber andado de un lado a otro con esa alegría ya no la pudo ocultar más, tomó al niño en sus brazos, lo llevó al centro de la reunión en el refectorio y dijo: «Alegraros todas conmigo, ya no puedo ocultaros más mi alegría, he concebido a Jesús y ahora lo he traído al mundo». Y les enseñó el niño. Cuando estaba invadida por tan gran alegría, se despertó.

Él dijo: «Quiero mirarte con mis ojos misericordiosos, quiero enriquecerte con mi riqueza, quiero elevarte con mi altura». Él dijo: «¿Qué he de hacerte aún? He realizado milagros tan grandes por ti que es increíble para el corazón. He derramado sobre ti la dulzura de mi tesoro. Tú eres uno de los seres humanos a los que he dado desde el principio del mundo lo que es más espléndido. Mi bondad juega con aquellos para los que soy bueno». Otro día le dijo: «Aquellos que en lo venidero lean tus escritos, las cosas maravillosas que he hecho por ti, no deben asombrarse. No las has merecido de mí. He tenido placer al hacerlas. Pertenece a mi divinidad lúdica que yo haga lo que me place. Si tuviera mil mundos, tendría suficiente para hacer el bien a cada ser humano con una cosa que no le haría al otro».

En un viernes dijo: «Soy tu prisionero por amor y vengo a ti de buena gana. Quiero coronarte con mi misericordia. Soy el superador de tus sentidos». El sábado le dijo: «Pronto irás a un lugar donde acabará toda tu miseria. El flujo divino, que fluye de mi en los santos y en los laicos, fluye en ti y vuelve a fluir de ti».

El domingo dijo: «Vengo a ti como uno que está muerto por amor. Vengo a ti con deseo, como un marido al lecho de su esposa. Vengo a ti como uno que concede grandes dones». El lunes le dijo: «Soy el superador de tus sentidos». También le dijo: «He aquí al que contemplan los ángeles». En el día de San Nicolás dijo: «Te hago noble por mi naturaleza noble. Te hago digna por mi nobleza. Te he rociado con mi rocío

divino». El viernes dijo: «Amada mía, déjame descansar a tu lado para que olvide a mis enemigos. Quiero enriquecer tu virtud». El día de Santa Lucía dijo: «He mantenido hacia ti toda la fidelidad del marido». Él dijo: «Pertenece a la naturaleza de mi divinidad que te haga el bien. Es un placer para mí hacerte el bien». Él dijo: «Amada mía, acepta mis palabras con amor, ahora no hablo con nadie tanto como contigo». En el día de San Juan dijo: «Quiero hacerte todo lo que es posible hacer a una criatura». Él dijo: «Yo te voy a colmar de mi divino dulzor, pero a los que están presentes los miraré con mis ojos misericordiosos. ¿No es un milagro mío que te conceda más gracia que a aquellos que viven en los bosques o en árboles huecos y tienen una vida dura, y sin embargo es a ti a quien concedo más gracia?».

En Pentecostés dijo: «Este día han de unirse el cielo y la tierra. Quiero hacerte partícipe de todo lo que es bueno». Y él se refería a la gracia especial que concedía a sus amigos. Ella le preguntó entonces por qué le daba a ella tal flujo de dulzura. Él contestó: «El mundo está continuamente agitado. Allí donde encuentro un corazón tranquilo me siento bien».

Ella le preguntó: «Querido Señor, ¿has dado a conocer alguna vez (los milagros que ha obrado en ella) a una persona más que a mí?». «Tan enteramente como a ti no se lo he revelado nunca a nadie. Te he dado más dulzor que a mil seres humanos. Te he sacado de ti misma y te he traído a una vida divina. Te he contemplado como a una imagen». Ella no entendió qué quería decir con esto. Él le respondió: «Cuando formé tu alma en mi divinidad, ella me miró y vio todas las cosas que yo quería hacer contigo. Mi mano afable te atrajo luego hacia mí. Yo, el Señor misericordioso, he realizado en ti el milagro de los milagros».

Un día el Señor se la llevó consigo. Él dijo: «Mi nobleza te ha elevado. Mi altura te ha engrandecido. Mi favor juega

contigo. Tú eres uno de los seres humanos a los que hago en la tierra lo mejor de todo. Yo soy un pobre peregrino. Los paganos no me conocen. Los judíos no me quieren. Hay tal confusión en los países cristianos que no me perciben. Así que donde encuentro un corazón receptivo retozo con él como el sol consigo mismo».

En vísperas de Pascua... se incrementó la gracia de Dios en su corazón con una riqueza indecible, de modo que la gracia se vertió del alma en el cuerpo y en todos los miembros. Como consecuencia de esto se vio poseída por la gracia y estaba tan grávida como una mujer embarazada de un niño, y estuvo mucho tiempo colmada así de gracia.

Él dijo: «Habito en ti como la fragancia de la rosa. Habito en ti como el brillo del lirio. Yo, noble fruto, he crecido de ti».

Margaretha Ebner (1291-1351)

Cuando se tocó la hora del aleluya, comencé a guardar silencio con gran alegría, y sobre todo en el martes de carnes-tolendas estaba en gran gracia. Y ocurrió ese martes, cuando estaba sola en el coro después de maitines y me arrodillaba ante el altar, que sentí un gran miedo, y que en ese miedo me veía rodeada de una gracia desmesurada. Invoco la pura verdad de Jesucristo para dar testimonio de mis palabras. Me sentí tocada por una fuerza interna divina, de modo que fui privada de mi corazón, y digo la verdad —que es mi Señor Jesucristo— cuando digo que no he vuelto a sentir nada parecido. Se me concedió en ese momento una desmedida dulzura, y me pareció que el alma se separaba del cuerpo. Y se me dio el nombre más dulce de todos, el de Jesucristo, con tal fervor de su amor que no pude rezar salvo por un continuo recitar insuflado por la fuerza divina. No

era capaz de resistirlo y no puedo escribir de ello, excepto que el nombre de Jesucristo aparecía continuamente.

Tengo la imagen de la infancia de Nuestro Señor en una cuna, cuando soy obligada por mi Señor con tal fuerza, con tal dulzura, placer y deseo, y también por su afable ruego, y también se me dice por mi Señor: «Si no mamas de mí, me retiraré de ti cuando me ames más», así que yo tomo la imagen de la cuna y la pongo en mi corazón desnudo con gran placer y con dulzura y siento entonces la gracia más fuerte con la presencia de Dios, de modo que después me asombro de cómo pudo soportar la Virgen María la continua presencia de Dios. En ese momento se me responde con las palabras reales del ángel Gabriel: «Spiritus Sanctus supervenit in te». Pero mi deseo y mi placer está en mamar, que sea purificada por su pura humanidad e inflamada por su amor fervoroso, y que me vea impregnada por su presencia y por su dulce gracia, para que sea llevada así al verdadero goce de su ser divino con todas las almas amantes que han vivido en la verdad.

El día de San Esteban el Señor me concedió un don entrañable para mi deseo, pues se me envió desde Viena una imagen en la que aparecía Jesús en una cuna y al que servían cuatro ángeles dorados. Y una noche el Niño me concedió que le viera jugar solo en la cuna con alegría y gestos animados. Yo le dije entonces: «¿Por qué no eres bueno y me dejas dormir? Te he arropado bien». El Niño dijo: «No te quiero dejar dormir. Tienes que llevarme contigo». Así que yo lo tomé con deseo y alegría de la cuna y lo puse en mi regazo. Era un niño muy vivaz. Le dije: «Bésame, así dejaré pasar que me has estado fastidiando». Arrojó entonces los bracitos en torno a mi cuello y me besó.

Cuando pensé con posterioridad en las visiones, sentí una nueva dulzura y comenzó en mí una nueva manera de hablar con la boca cerrada y con palabras interiores que na-

die entendía ni percibía salvo yo. Y estas palabras formaban una voz dulce y disforme en la boca. Eran éstas: «Ego vox clamantis in deserto», etc., así como «Fac me audire vocem tuam, vox tua dulcis», etc., y esto me ocurrió a menudo en ese año. Y después se me cerró la boca con violencia, de modo que era incapaz de pronunciar una sola palabra, aun cuando fuese a morir en ese instante. Y estas palabras internas, de las que he escrito tanto, salían luego con una alegre facilidad de mi corazón, y comenzaron a sonar como una pieza entrañable en un instrumento de cuerda tocado por mano maestra, con un encantador preludio y terminando en un encantador postludio. Y este plazo me resulta de una dulzura sobrenatural: si no hubiera otro reino celestial, creo que, no obstante, habría tenido suficiente, y todas las criaturas juntas no podrían apartarme de Dios ni un pelo.

Adelheid Langmann († 1375)

La niña se acomodaba a lo que era apropiado, agradable, devoto y piadoso y, sin embargo, era alegre con la gente, sin ningún desenfreno. Cuando iba con su madre al sermón, lo que escuchaba allí lo encerraba en el templo de su corazón. Cuando después llegaba a casa y estaba sola, contemplaba lo que había escuchado en el sermón, y especialmente el martirio de Nuestro Señor; eso le gustaba contemplarlo tanto como podía. Esto fue advertido por la gente que estaba con la niña y se ocuparon de ella. A menudo le decían a su madre: «El lugar más apropiado para la niña es un convento».

Esto duró hasta que la niña cumplió 13 años. Entonces sus parientes la prometieron con un joven. Él enfermó mortalmente. Y cuando se quiso celebrar la boda y ella se sentaba en la silla de la novia, él estuvo todo el día en cama. Así fue consumiéndose cada vez más a lo largo del año hasta el siguiente, cuando murió.

Después, sus parientes quisieron prometerla de nuevo. Y entonces el Señor habló a una persona: «Y aunque la prometáis con treinta, todos morirán. Ha de ser mía». Ella pidió a gente buena que rogara a Dios por ella para que les diera a conocer cuál era su voluntad. Un buen hombre estaba junto a ella en la misa y preguntó a Nuestro Señor si sería su voluntad que ingresara en un convento. Y Nuestro Señor habló: «Sí, ésa es mi voluntad. Quiero tenerla donde pueda unirse a mí». El hombre dijo: «Señor, ¿dónde puede unirse a ti?». Y el Señor contestó: «Donde no sea de nadie».

Después, en el día de San Felipe y Jacobo, ese hombre preguntó a los santos apóstoles: «Amadísimos santos, os pido que preguntéis a Nuestro Señor por esa joven, si es su voluntad que ingrese en un convento». Y los santos respondieron: «Sí, ésa es su voluntad, que nos siga a nosotros, los santos; y que se la deje hacer su voluntad, como a nosotros». Y la persona le preguntó a Nuestro Señor: «Señor, ¿qué quieres darle a ella a cambio?». El Señor contestó: «Quiero darle el reino de los cielos».

Esta joven viuda tenía la costumbre de tomar siete duras disciplinas todos los días, cuando lo permitían sus legítimas necesidades físicas y sus ocupaciones. Ocurrió que recibió a Nuestro Señor el día de la Natividad, y cuando tenía a nuestro Señor en la boca, se pegó con tal fuerza a su paladar que no podía consumirlo. Bebió y no le ayudó. Entonces pensó: «Amadísimo Señor, ¿qué he hecho contra tu clemencia?». El Señor le habló en ese momento en su boca: «No has hecho nada contra mí. Has de prometerme que vendrás al convento de Engeltal, allí me recibirás». Ella dijo: «Señor, no lo haré. Estoy demasiado enferma, no puedo vivir con tanta pobreza». El Señor dijo: «Entonces no me recibirás». Ella pensó que podría decírselo al sacerdote para que la ayudara. Pero Nuestro Señor respondió a sus pensamientos y dijo: «Ni sacerdotes ni ningún miembro de la Iglesia puede

ayudarte a recibirme, a menos que hagas este voto». Ella pensó que podría hacerlo y luego pedirle al sacerdote que anulara el voto por no haberlo hecho voluntariamente. Y el Señor volvió a responder a sus pensamientos y dijo: «Así no lo quiero. Quiero que hagas el voto de tal manera que lo hagas aunque tengas que morir». Ella pensó: «Señor, así te lo prometo, aunque tenga que morir». En ese mismo momento le recibió. Ella dijo: «Sí, pues no quiero abandonarte nunca y quiero ayudarte en todos los sufrimientos que te afecten, y haré el bien contigo como mi más amado y no me separaré más de ti». En ese mismo lugar el Señor le privó de todas las cosas fugaces y para ella supuso una gran alegría poder ir al convento.

El canto de la desnudez (una cantinela atribuida antiguamente a Tauler)

Quiero cantar un nuevo canto de la desnudez
Pues la pureza verdadera es sin pensamiento.
Puede que allí no haya pensamientos,
Así que he perdido el mío:
Me he extinguido.
El privado de mente no tiene cuitas.

Mi desigualdad ya no me causa error,
Me gusta ser tanto pobre como rico.
Con imágenes no quiero tener nada que ver,
Tengo que estar libre de mí mismo.
Me he extinguido.
El privado de mente no tiene cuitas.

¿Queréis saber cómo escapé de las imágenes?
Cuando percibí en mí la unidad verdadera.
Hay unidad verdadera

Cuando no me espantan ni el amor ni el sufrimiento:
Me he extinguido.
El privado de mente no tiene cuitas.

¿Queréis saber cómo escapé de la mente?
Cuando no percibí en mí ni esto ni aquello,
Salvo la desnuda divinidad infundada.
Aquí ya no quise callar más, tuve que anunciar:
Me he extinguido.
El privado de mente no tiene cuitas.

Así, desde que me he perdido en el abismo,
Ya no deseo hablar más, soy mudo.
Está claro que la divinidad me ha tragado.
Estoy desplazado,
Por eso la oscuridad me deleita.

Desde que he podido pasar hasta el origen
Ya no puedo envejecer más, tengo que rejuvenecer.
Así que todas mis fuerzas han desaparecido
Y han muerto.
El privado de mente no tiene cuitas.

Quien ha desaparecido así
Y ha encontrado una oscuridad
Es rico sin pena alguna.
El querido fuego
Me ha consumido
Y he fallecido,
Así que el privado de mente no tiene cuitas.

Del convento Adelhausen en Friburgo (siglos XIII y XIV).
Crónica de Anna von Munzingen

Else von Neustadt

Había una hermana que se llamaba Else von Neustadt y había estado setenta años en el convento, y un tiempo antes de su fallecimiento se vio obligada a guardar cama y sus miembros se atrofiaron tanto que no podía dar un paso. Por ello tenía que permanecer en una habitación especial y se quedó tan sola que apenas tenía trato con gente, únicamente en la medida en que era necesario para atender a sus necesidades. Y con esta hermana Dios demostró que es un amigo de todas las personas en una situación penosa y de todos aquellos que están apartados del consuelo físico, como constató una hermana que la visitaba a menudo. La hermana le preguntó si aún pensaba en alguna cosa que estuviera en el mundo. Ella dijo: «He olvidado todas las cosas, pero puedo recordar a Dios. He sido también abandonada por todo el mundo, pero sólo Dios no me ha abandonado, él me trata bien y es fiel conmigo. Y, en particular, como mi cuerpo está tan enfermo y doliente, ejerce en mí una gracia especial».

La hermana le preguntó si le disgustaba que su cuerpo estuviera tan dolorido y recluso y que hubiese sido abandonada así por todos. Ella dijo: «Me siento tan bien como se puede sentir una persona en el mundo. Dios ha recompensado mi pobre y miserable vida y lo hará cada vez más. ¿Cómo puede disgustarse quien ve a Dios? Él me hace el tiempo breve y agradable». Preguntó entonces a la hermana si veía a Nuestro Señor con una visión externa o interna. Ella dijo: «Lo veo de las dos maneras, interna y externa». Volvió a preguntar a la hermana si la visión externa era mejor que la interna y cómo era la interna. Ella dijo: «La visión externa no se puede comparar con la interna, pues la visión interna es una cosa plena y muy espléndida». Y

dijo a continuación: «Es una visión divina, de la que nadie que no la haya visto puede decir nada, y ni siquiera aquellos que la ven pueden decir mucho acerca de ella». Preguntó a la hermana si podía recordar a alguien. Ella respondió: «Ni siquiera puedo recordarme bien a mí misma. No sé adónde va la mente o el corazón, salvo a él mismo. Mi alma se sitúa en Dios y sabe todas las cosas en él, y entonces veo toda la pureza de mi alma y que está sin mácula alguna...».

La hermana volvió a preguntarle cómo era aquel al que veía con la visión exterior. Ella dijo: «Aparece como un joven bello y afectuoso, y la cámara se llena de ángeles y santos. Se sienta a mi lado y me mira con toda su bondad. Pero los ángeles están ante él, nunca viene solo, los ángeles siempre vienen con él. Y él me dice: “Vendré una y otra vez y pronto te llevaré conmigo y no me separaré de ti en toda la eternidad”. Y él me abraza con un abrazo entrañable». La hermana le preguntó entonces cómo iba vestido y le mencionó varios colores. Pero ella no pudo compararlo con ningún color, sino que dijo: «En él aparece todo lo que quiere...».

Ella había resignado su voluntad en la de él hasta tal punto que no quería ni vivir ni morir, sólo lo que él quisiera, y a veces decía: «Si Dios lo quisiera y le complaciera así, yo quisiera estar con estos dolores hasta el día del juicio». Y cuando se encontraba en un estado de gracia especial, estaba muy alegre y hablaba de manera encantadora acerca de Dios, y en particular decía a menudo estas palabras: «Dios está en mí y yo en él. Mi alma es bella y está orgullosa y ufana, pues Dios me ha ofrecido su gracia y soy amada por él. Esto me lo ha comunicado en su gloria». Luego le preguntó cómo hablaba él cuando hablaba con ella. Ella dijo: «Sus palabras son tan afectuosas que nadie puede describirlo. Puede hablar de tal modo que atraviesa el alma y el fondo del corazón».

Decía también con frecuencia: «Dios está en mi corazón y en mi alma y se aparta raras veces de mí, sólo alguna vez se ausenta, lo que puede hacer muy bien, pues yo luego lo persigo con mi espíritu y eso me causa mucha alegría. Y dice: "Amada mía"». Con palabras tan afectuosas y cariñosas hablaba ella de Dios. Ella también le preguntó en qué notaba cuando Dios estaba en su alma. Ella dijo: «Lo noto por toda la alegría y bendición que él trae consigo. Él alegra y ensancha mi corazón y abre mi alma y la impregna con su gracia divina». Después le preguntó cómo se puede llegar a esa confianza con Dios. Ella dijo: «Cuando se le ama con toda fidelidad y se renuncia a pecar y todo se convierte en alabanza de Dios, así ha ocurrido...».

Cuando ya no iba a vivir mucho más por la enfermedad y la edad, la hermana le dijo: «¡Ay!, ¿quién vive en vos?». Ella dijo: «Dios vive en mí y yo en él». Y cuando ya estaba a punto de morirle le preguntó la hermana cómo se sentía. Ella le mostró entonces, como pudo, que el cuerpo le dolía mucho, pero que el corazón estaba de buen ánimo. Le preguntó de qué se alegraba. Ella dijo: «Me alegro por Dios, porque es mío y yo soy suya. Él me ha dicho que me quiere llevar con él, y todo el miedo y el horror que tenía a la muerte y al dolor han abandonado por completo mi corazón». La hermana le dijo: «¿Cómo debemos comportarnos nosotras, vuestras amigas, cuando muráis?». Ella respondió: «Debéis reír y estar alegres, pues el cielo se me ha abierto». Después cerró los ojos y yacía como si estuviera dormida. Y la hermana la llamó y le preguntó si dormía. Ella dijo: «No duermo, mi sosiego está en Dios». A partir de entonces comenzó a sentirse muy mal y a aproximarse rápidamente a la muerte. La hermana le advirtió que no se disgustase por las penalidades, pues Dios les pondría fin pronto. Ella volvió a decir que no se disgustaría: no importaba cuánto extendiera Dios

sus penalidades, ella las sufriría encantada. Así falleció en olor de santidad con la confianza de que pronto iría a Dios.

Anna von Selden

Ella tenía la costumbre de no cejar hasta conseguir de Dios cualquier cosa que deseara. Y una vez llegó a tal unión con Dios en sus oraciones que Dios se le apareció con una claridad que, durante cinco semanas, cualquier cosa que veía se creía que era Dios.

Berchte von Oberriet, la mayor

Cuando iba a morir, yacía sumida en sus oraciones y alababa el martirio de Nuestro Señor. Y le parecía como si la llevaran a un campo donde se iba a martirizar a Dios, y oyó un fuerte grito: «¿Hay alguien que se quiera dejar colgar y martirizar por Dios?». Ella gritó entonces: «Sí, yo, encantada». Y en ese mismo momento la asaltó la muerte, pero su devoción permaneció hasta que su alma partió. Ella dijo: «Señor, pendo de tu espalda, tendrás que desprenderte de mí, nunca me separaré de ti». Y con esa devoción falleció.

Ita von Nellenburg

Ella dijo: «Todo lo que está en mí, eso es Dios, y entre mí y Dios no hay nada, salvo el cuerpo».

Metze (Mechtild) Tüschel

Ella estaba una vez ante el altar y deseaba de todo corazón que Dios y ella formaran una misma cosa. Y después de desearlo mucho, ella dijo: «Dios, tú me has creado para esto: es más conveniente para ti vivir en mi alma que en la píxide». Una voz le habló entonces a ella: «Si estás tan vacía y desprovista de todas las cosas precederas como esta píxide está desprovista de todas las cosas, salvo de mí, moraré en ti tan esencialmente como en esta píxide».

Berchte von Oberriet, la joven

Llevó una vida muy bienaventurada. Y una vez tuvo un gran deseo de que Dios le concediera una gracia especial, y este deseo fue colmado de una gracia tan desbordante que

no podía hablar de ello, sólo que a ella le parecía que su alma era más amplia que el mundo entero. Y cuando la gracia era tan desmesurada en ella, deseaba de Nuestro Señor que le dejara ver con los ojos corporales el milagro que estaba en su alma. Le pareció entonces que le ocurría como cuando un tonel lleno se desfonda, como si toda la gracia se saliera por su boca. Y esa gracia era el niño más delicioso que ha visto el ojo humano. Y ella tuvo una gran alegría durante un largo periodo con el Niño. Pero la gracia y la alegría que ella tenía con el Niño era la milésima parte que cuando la gracia estaba en ella. Y ella deseaba de Nuestro Señor que le devolviera la gracia que había tenido antes y que era tan grande cuando ella estaba en ella. Pero Nuestro Señor le arrebató entonces ambas gracias, ya que no volvió a ver al Niño y tampoco volvió a recuperar la gracia previa.

Reinlind von Villingen

Tuvo el deseo de saber cómo le gustaba su alma a Dios; y cuando una vez estaba en su devoción, vio su alma tan pura como un cristal. Y vio que Dios estaba unido con su alma, como una luz pura.

Del convento Töss en Winterthur (siglos XIII y XIV). Libro de las hermanas de Elsbet Stigel

Sofia von Klingnau

Cuando hubo superado el año con gran amargura, no dijo a nadie qué consuelo había recibido de Dios hasta que se encontraba a las puertas de la muerte. Una hermana vino entonces a verla, con la que había mantenido una amistad especialmente íntima y que había observado a menudo que era consolada por Dios. Ella le rogó con insistencia que le dijera, por amor de Dios, cómo era ese consuelo que recibía. A esto la hermana respondió: «Si supiera que es voluntad divina, te diría algo. Pero no lo sé, por eso no puedo decirte

nada. Regresa pronto; lo que por entonces sea voluntad de Dios, te lo diré». Así, la hermana se separó de ella y esperó a que se hubiese cantado la completa y hubiese anochecido para regresar a ella y preguntarle qué le había aconsejado Dios. Ella dijo: «Incorpórame y dame agua para que pueda hablar, así te diré lo que quieres oír». Una vez que la hubo ayudado, comenzó a decir: «En el segundo año después de haber hecho el voto de silencio, en la festividad de Navidad, me quedé un día sola, después de maitines, en el coro, y fui detrás del altar, me apoyé en un reclinatorio y quise decir mi oración como acostumbraba. Y mientras oraba recordé mi vida anterior, cuánto tiempo había empleado en el mundo siguiendo propósitos frívolos. Comencé, en particular, a considerar y ponderar la infidelidad que había demostrado así a Dios, que hubiese cuidado de manera tan negligente del noble y digno tesoro de mi noble alma, por la cual él había derramado su sangre en la cruz y que me había encomendado a mí con gran confianza; alma que yo había manchado y profanado con tanto pecado y vicio, de modo que tendría que repugnar a sus ojos divinos, a los que antaño tanto agradó. Y por estos pensamientos caí en un gran arrepentimiento, por lo que mi corazón se tornó amargo e inusualmente lleno de dolor, y el dolor aumentó tanto en mí que me pareció recibir un sufrimiento y dolores corporales, como si mi corazón tuviese una herida física. Sufriendo este dolor llamé a mi Dios con suspiros y lamentos y dije: “¡Ay de mí! ¡Ay de mí, que te haya enojado alguna vez! Si pudiese rectificarlo, elegiría que hubiese aquí, ante mis ojos, una fosa que llegara hasta el abismo, y que en ella se insertara una estaca que llegara hasta el cielo, y que yo tuviera que trepar hacia arriba por esa estaca hasta el juicio final: ¡soportaría encantada el sufrimiento a cambio de no haberte enojado a ti, Dios mío!”. Al estar con ese deseo y con esa voluntad de Dios, el tormento y el dolor que tenía

en el corazón comenzaron a aumentar de una manera tan poderosa que me parecía no iba a poder soportarlo, que mi corazón iba a partirse en dos. Entonces pensé: levántate y mira qué quiere hacer Dios contigo. Y cuando me levanté el dolor era tan grande y los tormentos tan abrumadores que perdí toda fuerza física y el sentido, y caí sin control alguno perdiendo el conocimiento, de modo que no podía ni ver, ni oír, ni hablar. Y cuando había permanecido así tanto tiempo como Dios quiso, recuperé el conocimiento y me levanté; pero en cuanto lo hice, caí de nuevo y volví a perder el sentido, y esto me ocurrió una tercera vez. Y cuando volví a recuperar el conocimiento, comencé a preocuparme porque, si permanecía en ese lugar, las hermanas podrían descubrirme y averiguar lo que me había ocurrido. Y por ello pedía al Señor que me diera la fuerza suficiente para poder llegar a un lugar oculto donde nadie me viera ni se diera cuenta de cómo me encontraba. Así logré levantarme y con gran esfuerzo llegué delante del altar y allí hablé a Nuestro Señor: “¡Oh Señor, Dios mío!, ahora te pido que tengas misericordia de mí. Me reconozco completamente indigna de toda gracia que le hayas concedido a cualquier criatura en la tierra, y me tengo a mí misma, ante tus ojos, por más indigna e ignominiosa que una lombriz que se arrastra por la tierra, pues ella no te enojó nunca, pero a ti yo te he enojado por encima de toda medida; por eso no me atrevo a pedirte nada, sino que me entrego por entero a tu misericordia divina”. Y una vez que hube dicho esto, me incliné y me fui a mi dormitorio, a la cama; allí, eso creía, es donde estaría más oculta. Y cuando llegué a la cama estaba tan enferma que pensé: vuelves a sentirte mal, descansa un rato. Me santigué y quise echarme y leí el versículo “In manos tuas”... Y cuando lo hube leído, vi que una luz venía del cielo; era inconmensurablemente bella y deliciosa, y me rodeó y me traspasó y brilló a través de mí, y mi corazón se

transformó de repente y se llenó de una alegría extraña e inefable, de modo que olvidé todos los tormentos y tribulaciones que había conocido antes. Y en la luz y la alegría vi y noté que mi espíritu era elevado desde el corazón y, a través de la boca, era llevado hacia arriba, y entonces me fue dado que pudiera ver clara y particularmente mi alma con visión espiritual, como nunca había visto nada con los ojos del cuerpo, y se me mostró toda forma su gracia y su belleza. Y cuántas maravillas vi y conocí en ella, eso es algo que ningún ser humano puede poner en palabras».

La hermana le exhortó con toda fidelidad y le rogó con toda seriedad que le describiera cómo era el alma. Ella respondió: «El alma es una cosa enteramente espiritual que, en realidad, no se puede comparar con ninguna cosa física. Pero como lo deseas tanto, te contaré una alegoría para que puedas entender un poco cómo era su forma y apariencia. Era una luz redonda, bella y brillante, como el sol, y era de un color rojo oro, y esta luz era tan inconmensurablemente bella y deliciosa que no se puede comparar con nada. Pues si todas las estrellas que están en el cielo fueran tan grandes y tan bellas como el sol, y brillaran todas en una al mismo tiempo, el esplendor de todas no podría equipararse con la belleza que tenía mi alma. Y me pareció que un fulgor salía de mí que iluminaba el mundo entero y un día espléndido amanecía en toda la tierra. Y en esta luz que era mi alma vi a Dios brillando maravillosamente, como brilla una bella luz de una bella y resplandeciente lámpara, y vi que se estrechaba contra mi alma con tanto amor y bondad que él quedó unido a ella y ella a él. Y en esta unidad amorosa mi alma recibió de Dios la certeza de que todos mis pecados habían sido perdonados y que estaba tan pura y limpia y tan sin mácula como cuando salió del bautismo. Y a partir de entonces mi alma se tornó tan alegre y animada que le

parecía poseer todo el gozo y toda la alegría, y que, si tuviera el poder de desear, no podría ni querría desear más...

»Y cuando ahora estaba con la mayor y mejor de las alegrías, mi alma comenzó de nuevo a descender, como Dios quería, y se situó sobre el cuerpo, que yacía ante la cama como un cadáver, y se le dio un plazo en el que no tenía que entrar en el cuerpo, pero durante un buen rato tenía que flotar sobre el cuerpo, hasta que hubiera visto bien su deformidad y fealdad. Y una vez que lo hubo contemplado, cuán semejante a la muerte y cuán miserable era, y cómo yacían allí la cabeza y las manos y todos los miembros semejantes a los de un muerto, no le gustó nada y lo encontró repugnante y horrible. Y al poco retiró la mirada de él y la volvió hacia sí misma. Y cuando volvió a verse a sí misma y se encontró tan bella, tan noble y digna, comparada con el cuerpo, flotó retozando con tanta alegría y placer sobre él como no se lo puede imaginar ningún corazón. Y cuando se encontraba mejor y gozaba del mayor placer y de Dios, al que veía unido a ella, regresó al cuerpo, no supo cómo. Y una vez que estaba en el cuerpo no quedó privada de esa alegre visión, sino que aun morando en el cuerpo se veía a sí misma y a Dios en sí misma, con tal pureza y esencia como si hubiese salido en trance del cuerpo. Y esa gracia duró en mí ocho días, y cuando volví en mí por primera vez y comprendí que un espíritu vivo estaba en mí, me levanté y era el ser humano más alegre, así al menos me lo pareció, que había vivido en la tierra. Pues yo consideraba tan pequeña toda la alegría que los hombres habían obtenido u obtendrían hasta el juicio final, comparada con mi alegría, como la patita diminuta de un mosquito en comparación con el mundo entero. Y por la exuberancia de la alegría desmesurada mi cuerpo se había vuelto tan ligero y ágil y tan desprovisto de flaquezas que durante esos ocho días no sentí si tenía un cuerpo, de modo que no me hice consciente

de ninguna enfermedad física, grave o no, y ni pasé hambre ni sed ni sueño, y, no obstante, fui a la mesa y a la cama y al coro y me sumé a las demás, de modo que mi gracia quedaba oculta y nadie la notaba. Y después de esos ocho días tan gozosos se me privó de la gracia, de modo que ya no tenía en el alma la contemplación de mi alma y de Dios, y es entonces cuando sentí que tenía un cuerpo».

Jützi (Lucía) Schultheiss

... Dios le impuso una gran tentación: ella pensó y creyó que no vería nunca a Dios. Y por ello sintió tal desprecio hacia sí misma que no se atrevía a mirar el cielo y se creía indigna de que el suelo la sustentara. Y esto le duraba noche y día, esto es, sin que se produjera ninguna interrupción, salvo la mínima para comer y dormir un poco. Y en esa gran tribulación y fatiga no abandonó su devoción ni la seriedad que tenía en su trato con Dios, e incrementó aún más su amor divino, de tal modo que adquirió completamente la voluntad de no cejar nunca en sus ejercicios ni en la seriedad hacia Dios, aunque tuviera que vivir hasta el juicio final, por más que no tuviera confianza alguna en que eso fuera aceptado por Dios. Pero por la clemencia divina todo con lo que se encontró, lo que vio y escuchó le resultó bien, por lo que su amor a Dios creció, y ella lo alababa en su corazón. Cuando veía a una persona comportándose como si estuviera alegre, pensaba: «Que Dios te bendiga, es justo que estés contenta, pues para eso te ha creado y destinado Dios, para que goces de la eterna alegría y de la presencia divina, de la cual, pobre de mí, yo soy indigna». Sufrió este tormento desde el día en que se deja de decir aleluya hasta el Jueves Santo antes de maitines. Entonces se sintió muy mal, pues había cogido una fiebre adicional a la enfermedad que ya tenía, y empeoró tanto que ese día no pudo pronunciar su oración, como era habitual. Pues ella tenía la costumbre de pronunciarla en el coro, a menudo también cuando es-

taba tan enferma que apenas se la podía llevar hasta allí, ya que no le gustaba decirla en ningún otro sitio. Y ese día lo omitió por la gravedad de su enfermedad.

Por la noche antes de maitines se incorporó en la cama y quiso pronunciar la oración. Pero se puso tan mal que tuvo que dejarlo. Pese a todo, no quería rendirse y comenzaba de nuevo. Y en ese momento oyó una voz que le habló con un tono cariñoso: «Descansa y déjame instruirte sobre lo que has de rezar». Y ella se asustó temiendo que fuese un engaño. Pero la voz repitió las mismas palabras, así que ella se calló y escuchó. La voz volvió a hablar: «Has de rezar por tus pecados olvidados, por los que no has confesado, por los que no has reconocido como tales y por los pecados que no puedes expresar en palabras. Y luego has de rezar para que seas una con él, como él era uno con el Padre antes de ser hombre. Y has de rezar que no haya nunca algo que te separe del Padre. Y has de rezar que al igual que hoy se ha convertido en una presencia y en un alimento eterno para toda la cristiandad, para ti también sea una presencia y un alimento eterno. Y has de rezar que él mismo venga a tu final y consume y verifique todo esto por la eternidad». Escuchado esto, sintió una gran y desmedida alegría y tanto su corazón como su cuerpo obtuvieron nuevas fuerzas. Pero ella se sintió indigna de la gracia y del consuelo, de modo que no era capaz de estar segura si procedía realmente de Dios. Cuando se aproximaban los maitines y ella permanecía con ese sosiego y esa preocupación, oyó una voz por encima de su cabeza que cantaba en alemán con una dulzura tan desproporcionada que ni el tono ni las palabras se podían comparar con ninguna otra cosa material. Ella se enderezó y quiso escuchar, por si podía entender algo de las palabras. Pero la voz comenzó a alejarse de ella, así que le fue imposible entender algo. Y, cualquiera que fuera la dirección a la que se volvía para seguir la voz, creyó que es-

taba en otro sitio, y pensó: Dios mío, no puedo imaginarme qué cosa pueda ser esto salvo tu eterna bondad, que quieres asegurarme de que no he de albergar duda alguna. Y dejó de oír la voz. Y quedó privada completamente de la tentación.

Y a partir de entonces todos los días se produjeron en ella nuevos milagros y nuevos conocimientos de Dios, de suerte que reconocía con claridad y cada uno por sí mismo los milagros que Dios ha obrado en el cielo y en la tierra. Ella era también tan sabia en esas horas que conocía y entendía toda la sabiduría, tanto en la Escritura como en las obras externas; lo entendía mejor que todos los maestros que han enseñado acerca de ellas y de cada cosa en particular. También conocía claramente cómo la palabra eterna se había transformado en carne en el cuerpo de la Virgen... Y veía directamente cómo nos hemos convertido en sus miembros y nos hemos ensamblado y adherido a ella como las ramas al árbol... Conoció también... cómo todos somos iguales entre nosotros y la misma cosa, y cómo el ser humano le debe buenas acciones al otro como a sí mismo. Y el conocimiento que tenía de todas las cosas que Dios ha hecho o hará, era, en cada particular, tan evidente para ella como para los ángeles en el reino celestial, y lo veía con tal claridad como se debería ver tras esta vida en la eternidad. Y cuando este conocimiento de cada cosa particular se aproximaba, pasaba de tal modo que su corazón nunca se detenía en él y no alcanzaba ningún consuelo, como si no hubiera ocurrido nunca. Conocía también, en particular, cómo Dios está en todas las cosas y en todas las criaturas... Conoció también cómo Dios está en cada brizna de hierba y en cada florecilla y hoja, y cómo él está en todas partes a nuestro alrededor y en nosotros...

Una vez estaba sentada en su cama muy enferma y la invadió tal cantidad de amor y de gracia y llegó tan cerca de Dios y deseó cosas tan grandes de él que eran desmesura-

damente grandes, y como se encontraba con ese deseo, oyó una voz que decía: «¿Qué sabes tú si Dios te ha elegido para ello?». Una vez oída la voz, se apoderó de ella tal miedo que comenzó a despreciarse con tal fuerza que casi se aniquiló a sí misma. Y reconoció que era más miserable que una lombriz y que de sí misma no salía nada salvo el pecado. Y en ese gran desprecio de sí misma reconoció, sin embargo, que era Dios y no encontró ningún lugar en sí misma, ni en el infierno ni en el cielo, del que se creyera digna, a no ser en lo más hondo del infierno... Permaneció en este estado hasta la misa de la mañana. Entonces oyó de nuevo una voz interior que le habló y le dio a conocer en voz más alta y clara la palabra que le había dado previamente en la oración: que ella y el Padre eran una y la misma cosa antes de que creara al ser humano o él mismo se hiciese hombre; que esto no significa otra cosa que él es una voluntad y un amor, y que también ella, por tanto, ha de ser con él una voluntad y un amor. Y ella alcanzó un estado que permaneció constante y unió su voluntad con la suya...

Vio también con claridad qué es ver a Dios cara a cara. De esto no pudo hablar. Vio también con claridad y reconoció cómo el Hijo nace eternamente del Padre, y que toda la alegría y el placer que hay reposa en el nacimiento eterno. No pudo decir cuánto más pudo ahondar en el eterno ser de Dios, y tampoco lo sabía, pues se había perdido a sí misma hasta el punto de no saber si era humana. Después recuperó la consciencia y era una persona como cualquier otra y tenía que creer y hacer todas las cosas que hace cualquier otra persona.

En los siete años en que Dios obró este milagro en ella, durante cinco años no entró en una estancia común y nunca permaneció ni un rato entre la gente si podía evitarlo. Y una vez hacía mucho frío, de modo que la hermana que cuidaba de ella le rogó seriamente que se protegiera en la

estancia común mientras las hermanas estaban en vísperas. Y como ella estaba tan enferma, la siguió y se dejó conducir a la estufa. Y entonces le dijo a su cuidadora: «Ve tú ahora a vísperas y déjame aquí para que Dios reciba algo de alabanza», pues era una festividad. Y en cuanto se quedó sola, vio que Nuestro Señor venía, y tenía la edad con la que vivió en la tierra y predicaba. Y con él iban san Juan y Santiago el Mayor, y los reconoció juntos, y en particular, también, el semblante de cada uno. Y ellos le guiaban como si fuera un señor, cuidando de quién se podía aproximar a él, y le llevaban rodeado con sus brazos, un brazo delante y otro detrás. Y cuando hubieron llegado así, retiraron sus brazos. Él se puso delante de ellos y dijo: «¡Ahora mira cómo era mi vida en la tierra!». Ella vio con claridad lo mucho que sufría: sus ojos estaban caídos y sus mejillas daban lástima por la profunda aflicción que padecía. Y entonces se sentó y le dio la espalda. Y cuando iba a sentarse, ella reconoció que estaba cansado del gran esfuerzo, de modo que su espalda y sus miembros crujieron y rechinó en su interior. Y cuando estaba sentado, san Juan y Santiago se sentaron con él. Y después ella vio que las hermanas entraban y salían y ninguna decía «Dios esté contigo» o «¿Qué queréis?». Y eso daba una sensación tan lastimosa y desairada que ningún corazón podía verlo. Y mientras las hermanas entraban y salían de esa manera, los discípulos se levantaron; pero Nuestro Señor permaneció sentado y en silencio. Ella también vio que las túnicas de Nuestro Señor y de Santiago eran iguales, y eran rojas por dentro; pero la de san Juan no era roja en el interior, pero el exterior era el mismo. Los discípulos parecían gozar de buena salud. Y cuando ella estaba viendo esto, vino una hermana y habló con ella, por lo que volvió en sí y ya no vio nada más.

Ita von Sulz

Una vez la nombraron dispensera y eso le causó una gran tristeza, pues ella temía que la agitación perturbara su devoción. Y entonces fue al coro y se quejó a Nuestro Señor. Él la consoló con mucho cariño y le dijo: «Se me encuentra en todos los lugares y en todas las cosas». Y a partir de entonces obtuvo consuelo y recibió con alegría el cargo, y Nuestro Señor le dio más confianza y le hizo más bien que nunca.

Mezzi Sidwibrin (Mechtild Seidenweber)

Cuán grata era su vida, eso no se puede expresar con palabras. Sólo se puede decir que sus labios rebosaban de palabras dulces, sus ojos derramaban continuamente dulces lágrimas de amor, y con las palabras y con las acciones hacía como si no hubiera nadie salvo Dios y ella. A veces decía inducida por su gran amor: «Señor, si fueras Mezzi Sidwibrin y yo fuera Dios, quisiera dejar que tú siguieras siendo Dios y yo querría ser Mezzi Sidwibrin».

Anna von Klingnau

Aplicaba tal fervor en su trabajo ordinario que a menudo hilaba en la cama y ante sí, en la rueca, tenía estas palabras:

«Cuanto más enfermo estás, más querido me eres.

Cuanto más miserable te sientes, más próximo me eres.

Cuanto más pobre eres, más te pareces a mí».

Estas palabras las decía a veces con deseo, y decía que Dios se las decía a una persona. Pero nosotras creemos que ella era esa persona.

Adelheid von Lindau

Teníamos también a una hermana lega muy bienaventurada; se llamaba hermana Adelheid von Lindau y tenía cien años cuando murió. Estaba ciega y yació tres años en cama antes de morir, con tal paciencia que su cuidadora dijo de ella que nunca la había visto una sola vez impaciente. Y rezaba con mucho fervor, de modo que la cuidadora siempre la encontraba rezando, tanto de día como de noche, y esta-

ba tan alegre y bienhumorada que con frecuencia cantaba bellas cancioncillas de Nuestro Señor. A veces hablaba con tanto cariño con Dios como si estuviese sentado en su presencia. A veces decía:

«¡Ay, amado Señor!, eres mi padre y mi madre.
Y mi hermana y mi hermano.
¡Ay, Señor!, eres para mí todo lo que quiero.
Y con tu madre juego todo el día».

Birgitta de Suecia (ca. 1302-1373)

La esposa vio dos demonios situados en el tribunal divino, iguales en todos sus miembros. Sus bocas estaban abiertas como las de los lobos, los ojos llameantes como un vaso iluminado por dentro, las orejas colgantes como las de un perro, el vientre hinchado y demasiado protuberante, las manos como las de un grifo, las piernas sin articulaciones, los pies estaban como mutilados y como cortados por la mitad. Uno de ellos le dijo al juez: «Juez, entrégame el alma de este caballero, similar a la mía, para que me una a ella como esposa». El juez respondió: «Di qué justicia y qué pruebas tienes contra ella». El demonio respondió: «En primer lugar, te preguntaré, porque eres justo, si no es habitual decir, cuando se encuentra que un animal es semejante a otro, este animal es del tipo del león, del lobo o de cualquier otro. Pues bien, te pregunto: ¿de qué tipo es esta alma, o a quién se parece, a los ángeles o a los demonios?». El juez dijo: «No se parece a los ángeles, sino a ti y a los tuyos, como resulta evidente». El demonio habló ahora con tono burlón: «Cuando esta alma fue creada del fuego de la unción, esto es, de tu amor, se pareció a ti. Pero ahora ha despreciado tu dulzura y es mía en virtud de un triple derecho. Primero, porque es igual a mí en su función. Segundo, porque tenemos el mismo gusto. Tercero, porque

tenemos una misma voluntad». El juez respondió: «Aunque lo sé todo, dime por esta mi esposa, que está presente, de qué manera es esta alma igual a ti en su función». Y el demonio respondió: «Porque nuestros miembros tienen la misma forma, así nuestras acciones son las mismas. Pues tenemos ojos abiertos y no vemos nada. Pues yo no quiero ver nada que se refiera a ti o a tu amor, y de igual manera, esta alma, cuando pudo, no quiso ver lo que se refiere a ti y a la salvación del alma, sino que sólo se interesó por cosas mundanas y placenteras. Tenemos también oídos, pero no escuchamos lo que atañe a nuestro provecho, por eso esta alma tampoco ha querido oír lo que se refiere a tu honor, y de igual modo todo lo que es tuyo a mí me resulta amargo; por este motivo la voz de tu dulzura y excelencia nunca llegará a nuestros oídos, para nuestro consuelo y beneficio. Tenemos bocas abiertas; esta alma, aunque tenía la boca abierta para todas las exquisiteces del mundo, la tenía cerrada para ti y tu veneración, así yo también tengo la boca abierta para tu ofensa y aflicción, y nunca le impediré que te haga el mal, si fuera posible destruirte o privarte de la gloria. Sus manos son como las de un grifo, pues lo que pudo obtener de las cosas temporales lo retuvo hasta la muerte y lo habría retenido aún más tiempo si le hubieras permitido seguir viviendo. Así retengo yo a todos los que caen en mi poder, con tal fuerza que no los soltaría, a no ser que tú me los quitaras contra mi voluntad, con tu justicia. Su vientre está hinchado porque su codicia se extendía sin medida, pues se llenaba y nunca estaba satisfecho, y tan grande era su codicia que, si hubiese podido obtener el mundo entero, habría seguido esforzándose y habría querido aspirar a gobernar el cielo. Esa misma codicia también la tengo yo. Pues si pudiera obtener todas las almas en el cielo, en la tierra y en el purgatorio, estaría contento de agarrármelas. Y si un alma hubiese quedado a salvo, por mi codicia no la dejaría

libre de tormentos. Su pecho es tan frío como el mío, pues no sentía ningún amor hacia ti, y tus advertencias no le gustaron; yo tampoco siento amor alguno por ti, más bien es odio lo que suscitas en mí, y estaría alegremente dispuesto a sufrir la muerte más amarga o verme sometido a tormentos siempre renovados por matarte, si fuera posible matarte. Y ambas piernas carecen de articulaciones, porque nuestra voluntad es una. Pues desde el principio de mi creación mi voluntad se enfrentó a la tuya y nunca quise lo que tú. Así su voluntad siempre estaba enfrentada a tus mandamientos. Nuestros pies están como mutilados, pues al igual que se anda con los pies en provecho del cuerpo, así se anda con el fervor o con buenas obras hacia Dios. Y como esta alma nunca quiso caminar hacia ti con el fervor o con buenas obras, tampoco yo. Así pues, somos del todo iguales en la función de nuestros miembros. Compartimos también el mismo gusto, pues, aunque sabemos que tú eres el sumo bien, no somos capaces de gustar cuán dulce y bueno eres. Como somos, por consiguiente, iguales en todo, determina nuestra unión... ¿Acaso no está escrito en tus leyes que donde hay una voluntad y un consentimiento matrimonial puede celebrarse una unión legal? Así ocurre entre nosotros, pues su voluntad es la mía y mi voluntad es la suya. ¿Por qué entonces se nos priva de la unión?». El juez habló: «Que el alma revele su voluntad y opine sobre la unión contigo». El alma respondió al juez: «Antes quisiera estar en los tormentos del infierno que entrar en la alegría del cielo, de modo que tú, Dios, no tendrás consuelo de mí, pues me eres tan odiado que me importa poco mi propio tormento si logro con ello que no obtengas consuelo». El demonio dijo entonces al juez: «Una voluntad como ésta también la tengo yo. Pues antes querría ser atormentado por toda la eternidad que entrar en la gloria y que tú obtuvieras de ello

consuelo». El juez dijo al alma: «Tu voluntad es tu juez, y recibirás tu sentencia conforme a ella».

En la noche del nacimiento del Señor la esposa de Cristo experimentó una elevación tan grande y maravillosa del corazón que estaba fuera de sí de alegría. Y en el mismo instante sintió en el corazón un movimiento asombroso y palpable, como si en su corazón rodara de un lado a otro un niño vivo. Como ese movimiento durara, le preguntó a su padre espiritual y a algunos amigos espirituales si no se trataría de un engaño. Ellos la examinaron con la vista y tocándola y se quedaron admirados de la verdad. Más tarde se le apareció el mismo día la Madre de Dios durante la misa y le dijo a la esposa de Cristo: «Hija, te asombras por el movimiento que notas en el corazón. Sabe que no es ningún engaño, sino una representación del símbolo de mi dulzura y misericordia que se me mostró a mí. Pues al igual que tú no sabes cómo se ha producido en ti esa elevación inesperada del corazón y el movimiento, así fue para mí maravillosa y repentina la llegada de mi hijo. Pues cuando di mi consentimiento al ángel que me anunció la concepción del Hijo de Dios, noté de inmediato en mí algo asombroso y viviente. Y cuando nació de mí, salió con indecible júbilo e increíble rapidez de mi seno cerrado y virginal. Por eso, hija mía, no temas un engaño, sino alégrate, pues ese movimiento que sientes es el signo de que mi hijo ha entrado en tu corazón. Y como mi hijo te ha dado el nombre de su nueva esposa, te llamaré de ahora en adelante nuera. Pues como el padre y la madre, cuando envejecen, ponen la carga sobre la nuera y la instruyen sobre qué se ha de hacer en la casa, así Dios y yo, envejecidos en los corazones de los hombres y fríos por su falta de amor, queremos mostrar a través de ti nuestra voluntad a nuestros amigos y al mundo. Este movimiento de tu corazón, sin embargo, permanecerá en ti y se incrementará según la capacidad de tu corazón».

Juliana de Norwich (fecha de las revelaciones: 1373)

Nuestro buen Señor me habló lleno de gracia: «¡Oh, cuánto te amo!». Como si él hubiera dicho: «Querida, espera y contempla a tu Dios, que es tu hacedor y tu infinita alegría. Mira a tu propio hermano, a tu redentor, espera y contempla cuánto placer y cuánta bendición tengo en tu salvación. Y alégrate conmigo por mi amor». Y para comprenderlo mejor, estas palabras santificadas: «¡Oh, cuánto te amo!» se dijeron, como si dijera: «Espera y contempla que te he amado tanto, antes de que muriera por ti, que quería morir por ti. Y ahora he muerto por ti y he sufrido voluntariamente lo que he querido. Y ahora todo mi amargo dolor y mi duro peregrinaje se han convertido en una alegría y una bendición eternas para mí y para ti. ¿Cómo podría ser que me pidieras cualquier cosa que a mí me gustase y que no te la concediera con gusto?, pues mi satisfacción es tu santidad y tu alegría y bendición infinitas están en mí».

Debido al gran amor infinito que siente Dios por toda la humanidad, no hace ninguna diferencia en el amor entre la bendita alma de Cristo y el alma más insignificante que él ha de salvar... Hemos de alegrarnos mucho de que Dios more en nuestra alma, y aún más hemos de alegrarnos de que nuestra alma more en Dios. Nuestra alma se ha hecho para que sea morada de Dios, y la morada de nuestra alma es el Dios increado. Es un conocimiento elevado ver interiormente y saber que Dios, que es nuestro creador, mora en nuestra alma. Y un conocimiento aún superior y más interior, ver y saber que nuestra alma, que ha sido creada, mora esencialmente en Dios. Por esta morada esencial en Dios somos lo que somos. Y no vi ninguna diferencia entre Dios y nuestro ser, sino que éste era enteramente Dios.

Y esto lo vi con plena certeza: que para nosotros es más fácil llegar al conocimiento de Dios que conocer nuestra

propia alma. Pues nuestra alma está tan profundamente arraigada en Dios y tan infinitamente concentrada en él que no podemos llegar a conocerla antes de tener conocimiento de Dios, que es el creador al que pertenece. Pero vi que es necesario para nosotros desear conocer nuestra alma en la sabiduría y la verdad; de ahí que se nos instruya a buscarla donde está, que es en Dios. Y así, a través de la graciosa guía del Espíritu Santo, llegaremos a conocer a ambos en uno. Ya nos veamos impulsados a conocer a Dios o a nuestra alma, ambas cosas son buenas y verdaderas. Dios nos es más próximo que nuestra propia alma, pues él es el fundamento en el que está nuestra alma... Pues nuestra alma se asienta en Dios en verdadero reposo y nuestra alma está arraigada en Dios en amor infinito. Así pues, si queremos tener conocimiento de nuestra alma y unirnos y participar de ella, nos conviene buscarla en Dios Nuestro Señor, donde está incluida.

Nuestro Señor abrió mi ojo espiritual y me mostró mi alma en el centro de mi corazón, y yo contemplé el alma tan amplia como si fuera un mundo infinito y como si fuera un reino bendecido.

Gerlach Peters (1378-1411)

Gracias te sean dadas, mi luz, tú, eterna luz, luz que nunca disminuye, tú, bien supremo e inalterable, en cuya presencia estoy, tu pobre e insignificante siervo.

¡Gracias a ti, ahora veo!; veo la luz que ilumina en las tinieblas.

¿Y qué ves tú en esta luz?

Veo con cuánta fuerza me amas; y que, si permanezco en ti, es tan imposible que no me seas afecto en todo momento, en cualquier lugar y en cualquier situación como que yo no te sea afecto a ti siempre.

Y tú te das enteramente a mí, por lo que eres mío en tu integridad, mientras yo sea enteramente tuyo, por completo, en mi integridad. Y siendo enteramente tuyo, al igual que te has amado a ti mismo desde la eternidad, también me habrás amado a mí por toda la eternidad; pues esto no es otra cosa que tú mismo te gozas en mí y que yo, en virtud de tu gracia, te gozo en mí y a mí en ti.

Y si me amo así, no amo nada salvo a ti, pues tú estás en mí y yo en ti como una misma cosa, una cosa que ha nacido de la unión y que ya no se puede dividir en la eternidad. Y como cada uno ama el bien y la fuerza en el otro, esto no es diferente a que tú te amas a ti mismo.

Pero si permanezco por completo e íntegramente en ti, como tú no puedes sucumbir, tampoco yo puedo sucumbir.

Un pobre espíritu, fortalecido por el Señor, dijo, hablando desde la parte superior de su espíritu:

He aquí que yo soy rico y tengo en abundancia; pues ya tengo todo lo que deseo de este mundo; y precisamente esto que tengo lo tengo como si no lo tuviera; pues yo no lo poseo con amor y podría prescindir de ello sin que tuviera que perder algo de mí mismo.

La verdad suprema, desnuda, inmaterial e invariable mora en la parte superior de mi espíritu y me muestra sus tesoros inefables, que no se pueden comparar con ninguna otra cosa, la única y simple palabra en la que está todo encerrado y más allá de la cual no busco nada más.

Se me muestra entonces mi insignificancia y mi sí mismo como mi no ser; y todos los defectos que podrían inclinar el estado de ánimo hacia algún lado; y también se me muestra el verdadero ser de todas las cosas.

Tampoco veo desde abajo los acontecimientos y azares inferiores tal y como los ofrece la mutable sensualidad; sino que lo contemplo todo desde arriba, y la verdad reconviene para mí con voz terrible a todo lo extraño que no es uno

con ella: No os aproximéis, porque el lugar donde ella está es sagrado.

Y así me muestra con frecuencia su semblante en el coro, en la cama, en la mesa, en la celda, en el alboroto exterior, en el trabajo y durante cualquier actividad; y ella me enseña a simplificar en el interior todas las cosas que están fuera y transformarlas en una vigorosa visión interior.

Esa presencia es tan fuerte que subyuga con su poder al corazón y al cuerpo, de tal modo que se impulsa a responder no sólo a los fundamentos, sino también a los umbrales del corazón del templo divino, a entregarse, a seguir con fidelidad adonde sea, a seguir con todas las fuerzas la luz mostrada y a sacrificar incesantemente todo lo que es y puede ser con todo lo que ha sido creado en el tiempo y en la eternidad.

Y en esos momentos sería para mí un gran consuelo y alivio del corazón si me pudiera inclinar también con el cuerpo ante todo lo creado, postrarme, humillarme y arrastrarme.

Y el semblante casi me aniquila en mi mismo ser, frágil como soy; me muestra que todo lo que no se une con él no es nada.

Y después de haberme extinguido así, toma mi visión voluntaria, la imprime en su visión, la une con ella directamente, de modo que su visión y la mía se convierten en una visión clara que no se aparta de ningún lado; y todo lo que es y puede ser lo veo a mi manera, en él y con él, como lo hace el mismo semblante.

Por eso me despreocupo de mí mismo y estoy tranquilo ante cualquier cosa que pueda pasar. Y lo que tiene permiso para acontecerme de la verdad inmutable y la eterna determinación de mi Señor —al que he entregado mi vida y mi muerte y todo lo que soy y puedo ser, en el tiempo y en la eternidad, sin presuponer nada de antemano con

actitud pretenciosa, ni eligiendo algo por comodidad—, a eso también yo le doy permiso para acontecerme.

Angela de Foligno (segunda mitad del siglo XIII)

Una vez, en Cuaresma, me pareció que yo era muy seca y carecía de devoción. Y rogué a Dios que, al verme desprovista de todo bien, me diera algo de sí mismo. Y entonces se me abrieron los ojos del alma y vi el amor que venía a mí. Y vi el inicio, pero no vi el final, sólo su continuación. Y de sus colores no se me ocurre ninguna analogía. Y cuando el amor vino a mí, vi todo esto con los ojos del alma, más desvelado de lo que se puede ver con los ojos del cuerpo. Y el amor se aproximó a mí con la forma de una media luna. Pero esto no se ha de entender como si la forma se pudiera medir en su tamaño, sino que era como una media luna, ya que primero apareció ante mí, luego se retiró y no se manifestó en la misma medida que se dio a conocer. Y enseguida me invadió el amor y una satisfacción inexpressable que, aunque me colmó, generó en mí el hambre más intensa, tan indeciblemente intensa que todos mis miembros se desprendieron y el alma languideció y deseaba unirse a lo demás. Y yo no quería ver ni oír ni notar a ninguna criatura. Y tampoco hablaba. Pero mi alma hablaba en mi interior y gritaba al amor que no la dejara languidecer con tan gran amor, pues yo consideraba la vida como una muerte.

Y cuando, por la aproximación, creí ser yo misma, por entero, el amor que sentía, dije: muchos son los que creen estar en el amor y están en el odio; y otros a su vez que creen estar en el odio y están en el amor. Pero mi alma quería contemplar esto con gran certeza, y Dios pareció dármelo a sentir, de modo que quedé enteramente satisfecha. De ese amor, sin embargo, estoy tan llena que creo no poder prescindir más de él. Y no podría creer a una criatura que diga

lo contrario; y si un ángel me dijera otra cosa, no le creería, sino que le respondería: tú eres el caído del cielo.

Y yo vi en mí dos lados, como si se hiciese en mí un camino. Y en uno de los lados vi el amor y todo lo bueno que era de Dios y no de mí; y en el otro lado me vi árida y que de mí no procedía nada bueno. Y por ello reconocí que no era yo la que amaba, pese a verme en el amor, sino que lo que amaba procedía únicamente de Dios, y en torno a lo que amaba se reunía el amor y comunicaba un amor más grande y fogoso que antes, y yo tenía el deseo de correr hacia ese amor. Y entre este amor, que es tan grande que a la sazón no podía saber que era posible un amor más grande hasta que aquel amor similar a la muerte me invadió, entre el amor puro, por lo tanto, y el otro amor semejante a la muerte y el más grande de todos, hay un amor intermedio del que no soy capaz de decir nada, pues es de una profundidad tal y da tal placer y alegría que no se puede expresar con palabras. Y en aquel entonces no quería oír nada más del sufrimiento, ni siquiera que Dios se mencionara en mi presencia; pues cuando se pronuncia su nombre lo siento con tal deleite que me consumo, atormentada por el amor; y todo lo demás que es menos que él se convierte para mí en un impedimento. E insignificante me parece lo que se dice del Evangelio o de la vida de Cristo o de cualquier palabra de Dios; pues en Dios veo algo mucho más grande e incomparable. Y cuando me abandona ese amor permanezco muy satisfecha, casi angélica, de tal modo que también amo los sapos, las lombrices e incluso a los demonios. Y cuando me encuentro en ese estado, si me devorase un animal salvaje, no me importaría, y me parecería que no sufro dolor alguno. Y luego incluso el recuerdo y el pensamiento del sufrimiento de Cristo no resultan dolorosos. Tampoco en ese estado derramo lágrimas.

Una vez mi alma fue elevada y contemplaba a Dios con tal claridad como nunca lo había contemplado antes, y de

una forma tan plena como nunca. Y no vi en él el amor, y yo perdí el amor que antes había llevado de él, y yo me convertí en no amor. Y después lo contemplé en una oscuridad tenebrosa, y precisamente en esa oscuridad porque él es un bien superior al que se puede pensar o entender, y nada de lo que se puede pensar y entender lo puede alcanzar. Y en aquel entonces el alma se convirtió en una fe de certeza primordial, en una esperanza confiada y firme, en una seguridad constante dada por Dios, de modo que perdió todo temor. Y me concentré plenamente en esa bondad que se contempla en la oscuridad, y me volví tan segura de Dios que ya no podré dudar jamás de poseer a Dios con la mayor certeza. Y en esa bondad, extremadamente efectiva, que se contempla en la oscuridad, se concentra toda mi esperanza y está segura. A menudo contemplo a Dios de esta manera y en esa bondad que no se puede contar exteriormente ni se puede captar con el corazón. En esa bondad tan cierta y cerrada, a la que me refiero con la gran oscuridad, he depositado toda mi esperanza, y en la contemplación tengo lo que siempre quiero tener, plenamente, y lo que siempre quiero saber lo sé plenamente, y en ello veo todo lo bueno.

E incluso esto, cuando el alma contempla el poder divino y cuando contempla la sabiduría divina, todo lo que yo he contemplado de una manera maravillosa e inefable, todo esto es menos que ese cierto bien. Pues ese bien que yo contemplo es el todo, pero estos otros son sólo una parte. Y cuando se contemplan estos otros, traen consigo, aunque sean inexpresables, una gran alegría que se vierte en el cuerpo. Pero cuando se contempla a Dios de esa manera en la oscuridad, no provoca ninguna sonrisa en los labios, ningún fuego y ninguna devoción en el corazón, y ningún amor ardiente. Pues el cuerpo no tiembla y no es movido ni alterado como solía ocurrir con la contemplación de los otros. Pues el cuerpo no contempla nada, sino que es el

alma la que contempla; el cuerpo, en cambio, descansa y duerme, y la lengua está cortada para que después no pueda decir nada.

Y todas las muchas e inefables acciones amistosas que Dios me ha mostrado, y todas las palabras dulces que me ha dirigido, y todos los demás dones y actos son mucho más inferiores que aquel bien que yo contemplo en la gran oscuridad, de modo que no pongo mis esperanzas en esas cosas. Más bien, si fuera posible que ninguna fuera verdad, eso no disminuiría en nada mi esperanza...

Y todo lo que digo al respecto me parece como si no lo dijera. Más aún, me parece como si dijera algo equivocado, cualquier cosa que sea la que diga, y mis palabras me sueñan a blasfemia. Así trasciende ese bien todas mis palabras.

Y cuando contemplo ese bien, no recuerdo, mientras estoy en él, la humanidad de Cristo ni la del Hombre-Dios, ni ninguna otra cosa que tuviera forma. Y, no obstante, al mismo tiempo lo veo todo y no veo nada.

Si estoy separada de ese bien, entonces contemplo al Hombre-Dios, y él atrae el alma con tal suavidad hacia sí que a veces dice: «Tú eres yo, y yo soy tú». Y yo contemplo esos ojos y ese semblante tan clemente que mi alma se ve abrazada y atraída con infinito fervor. Y lo que brota de esos ojos y de ese semblante, eso precisamente es ese bien del que he hablado y que contemplo en la oscuridad. Y emerge y sale del interior, y es precisamente esto lo que tanto me alegra: que no se puede contar. Y estando en el Hombre-Dios mi alma vive; pero estoy mucho más en él que en esa oscuridad. Ese bien de la oscuridad, sin embargo, atrae el alma mucho más que el Hombre-Dios, incomparablemente más. Pero en el Hombre-Dios estoy casi continuamente, hasta tal punto que Dios me dio una vez la certeza de que no hay nada intermedio entre él y yo, y desde entonces no ha pasado un día ni una noche que no haya tenido continua-

mente esa alegría por su humanidad. Y tengo el deseo de cantar y de alabar a Dios, y digo: yo te alabo, Dios amado. Sobre tu cruz he puesto mi lecho. Y como almohada y colchón he encontrado la pobreza, y como dormitorio el dolor y el desprecio. Pues en este lecho nació él, en él descansó y murió. Y esa comunidad amorosa, con la pobreza, el dolor y el desprecio, ha amado tanto a Dios Padre que se la dio a su Hijo, y el Hijo quiso yacer para siempre en este lecho, y lo amará siempre y será uno con el Padre. Y en este lecho he descansado y descanso yo, es mi lecho, y en él espero morir y por él creo alcanzar la salvación. Y la alegría que espero de esas manos y de esos pies no se puede expresar. Pues cuando le contemplo, no quisiera nunca alejarme, sino aproximarme cada vez más, y así mi vivir es un morir. Y si pienso en él, no puedo hablar, pues la lengua está cortada. Y si me aparto de él, el mundo me lleva, y todo lo que encuentro me lleva a desear ese lecho. Y así mi deseo es para mí, debido a la tristeza por la espera, un tormento mortal.

Después fui elevada en el espíritu y me encontré por completo en el interior de Dios, pero de una manera distinta que no había experimentado nunca. Y me pareció que estaba en plena Trinidad, de una manera superior y más grande a la que conocía; pues recibí bienes mayores que de costumbre, y estaba continuamente en estos bienes, y estaba llena de estas alegrías y placeres indecibles y superiores, que estaban muy por encima de todo lo que yo había experimentado. Ocurrieron en el alma tantos efectos divinos sin nombre que no los puede contar o explicar ni un santo ni un ángel. Y yo entiendo que ningún ángel ni ninguna otra criatura es capaz de concebir esos efectos divinos y ese abismo de profundidad primordial. Y esto que digo me da la impresión de ser erróneo y blasfemo. Y me he retirado de todo aquello que tenía anteriormente y en lo que solía regocijarme, esto es, de la vida y de la humanidad de Cristo, así

como de la contemplación de esa profunda comunidad que Dios ha amado tanto por toda la eternidad que también dio a su hijo, y en la que yo también solía encontrar mi solaz, a saber: en la pobreza, en el dolor, en el desprecio del hijo del Dios viviente se encontraba por lo común mi reposo y mi aposento. Y también me he excluido de aquella manera tan plena de contemplar a Dios en la oscuridad que tanta alegría me daba. Y me he retirado de aquel estado previo con tan gran consagración y satisfacción que no puedo imaginarme de manera alguna; sólo recuerdo que ya no lo tengo.

Y en esos bienes inefables y efectos divinos que ocurren en mi alma, Dios se muestra primero en el alma y allí obra lo indecible. Después se revela y se abre al alma y le concede dones aún mayores, con aún mayor certeza y con una claridad sin nombre.

Pero primero se muestra al alma de una manera doble. De una manera se representa interiormente en mi alma y luego lo veo presente y reconozco cómo está presente en toda la naturaleza y en toda cosa que tiene existencia: en el demonio, en el ángel bueno, en el infierno, en el paraíso, en el adulterio, en el crimen, en toda buena acción, y en toda cosa que de alguna manera tiene existencia, tanto en las feas como en las bellas. Por eso me alegro en el periodo que estoy en esa verdad de la misma manera que cuando veo a Dios o a un ángel o una buena acción o una mala acción; y de esta manera Dios se representa a menudo en mi alma. Y este representarse o este presente es una iluminación con una gran verdad y con gracia divina, de suerte que el alma, cuando contempla esto, no puede ofenderse por nada...

En la otra manera Dios se muestra de un modo más especial y muy diferente al anterior, y da otra alegría y concentra el alma entera en sí misma y obra grandes cosas en el alma con una gracia mucho menos poderosa y con el innombrable abismo de las alegrías e irradiaciones, de suerte que

este representarse de Dios sin otros dones es aquel bien que los santos poseen en la vida eterna. Y aunque no sirvo para hablar de ello, más aún, mis palabras constituyen antes una acción devastadora y blasfema que un comunicar, digo, no obstante, que ahí hay ampliaciones del alma por las cuales el alma se hace capaz de tener y de concebir a Dios.

Y de inmediato, una vez que Dios se ha mostrado al alma, él se revela y se abre a ella, y amplía el alma y le concede los dones y las delicias que no experimentó antes, y con mucha mayor profundidad de lo que yo he dicho. Y entonces el alma es retirada de toda oscuridad y se le concede un mayor conocimiento de Dios de lo que mi capacidad puede entender, y eso con tan gran claridad y con tal dulzura y certeza y en un abismo tan profundo que no hay corazón alguno que pudiera alcanzarlo. Por ello, mi corazón tampoco puede llegar a comprender, después, algo al respecto, ni tampoco a pensarlo; tan sólo esto: que es un don de Dios al alma que se eleva, pero que, por otra parte, no hay corazón capaz de extenderse tanto. Y por ello tampoco puedo decir nada al respecto, y no se puede encontrar una palabra que lo exprese o lo emita, ni tampoco un pensamiento o algún entendimiento puede extenderse a estas cosas. Están hasta tal punto por encima de todo, en este y en cualquier otro sentido, que Dios no puede ser transmitido por nada que se pueda decir o pensar...

Y aunque yo, desde fuera, puedo recibir muy pocas penas y alegrías, dentro de mi alma hay una cámara en la que no puede entrar ninguna alegría o tristeza o el regocijo de alguna virtud o cualquier cosa susceptible de ser nombrada. Allí únicamente llega aquel bien. Y en esta revelación divina (aunque yo blasfeme cuando menciono así a Cristo, pues no puedo designarlo por completo con ninguna palabra) está toda la verdad. Y en él reconozco y poseo toda la verdad que está en el cielo y en la tierra y en el infierno y en

toda criatura, con tan gran realidad y con tanta certeza que no podría creer otra cosa de ninguna otra manera, aunque el mundo entero testimoniase lo contrario, más aún, se burlara de ello. Pues yo contemplo al que es el ser; y cómo él es el ser de todos los seres creados. Y veo cómo él me ha hecho capaz de comprender mejor todas estas cosas de lo que las había entendido antes, cuando le veía en aquella oscuridad que solía alegrarme tanto. Y yo me veo a solas con Dios, enteramente pura, enteramente santificada, enteramente verdadera, enteramente honesta, enteramente segura, enteramente celestial en él, y cuando me encuentro en este estado ya no pienso en ninguna otra cosa. Y una vez, cuando estaba en este estado, Dios me dijo: «Hija de la sabiduría divina, templo del amado, placer del amado e hija de la paz, en ti descansa toda la Trinidad, toda la verdad, de modo que tú me posees y yo te poseo...».

Pero yo no he progresado hasta alcanzar este estado, sino que Dios me ha conducido y me ha elevado a él, así que yo no sabía ni querer, ni desear, ni aspirar a este estado, y ahora estoy continuamente en él. Y Dios eleva con gran frecuencia mi alma y no se me pide consentimiento alguno. Pues cuando menos me lo espero y no pienso en ello, de repente Dios eleva mi alma y yo abrazo el mundo entero, y me parece que ya no estoy en la tierra, sino en el cielo, en Dios. Y este estado sublime en el que estoy ahora está por encima de los otros estados que he poseído anteriormente; pues tiene tal plenitud y tal claridad y certeza y nobleza y amplitud que siento que ningún otro estado se le puede aproximar. Y esta revelación divina la tuve más de mil veces, siempre nueva y siempre de una manera distinta.

Catalina de Siena (1347-1380)

De las anotaciones de Raimundo de Capua, su confesor

Cuando una vez yacía en su cama, abrumada por los muchos dolores, y deseaba hablar conmigo sobre ciertas cosas que el Señor le había revelado, me hizo llamar en secreto. Y cuando llegué a su lecho, ella comenzó, aunque febril, a hablar de la manera habitual de Dios y a hablar de cosas que le habían sido reveladas ese día. Pero cuando escuché cosas tan grandes e inauditas, me dije a mí mismo, olvidando la gracia recibida previamente y desagradecido: «¿Crees realmente que todas las cosas que dice son verdad?». Y mientras yo pensaba así y me volvía hacia ella, la que hablaba, su semblante se transformó en un instante en el semblante de un hombre con barba que, contemplándome fijamente con su mirada, me dio un gran susto. Y el semblante era alargado, de mediana edad, y tenía una barba larga del color del trigo, y en su apariencia desplegaba tal majestad que por ella se revelaba como el redentor. En ese momento no podía distinguir otro rostro que el suyo. Y cuando yo, consternado y espantado, levanté las manos a la altura de los hombros, gritando: «¿Quién es el que me mira?», la virgen respondió: «El que es». Dicho esto, ese semblante desapareció de repente y vi claramente los rasgos de la virgen, que antes no había sido capaz de discernir.

Cuando una vez ella rezaba con gran fervor, diciendo con el profeta: «Dame un corazón puro, ¡oh, Señor!, y renueva en mi interior un espíritu fiel», y, en particular, rogando que el Señor la privara de su propio corazón y de su propia voluntad, él mismo la consolaba con esta visión. Le pareció que el eterno esposo venía a ella como era habitual, abría su parte izquierda, sacaba su corazón y se separaba de ella, dejándola completamente sin corazón. Esta visión era tan persistente y tan conforme con la sensación de la carne que en la confesión le dijo al confesor que ya no tenía corazón

en el pecho; y como él bromeara por esas palabras y la censurara, en cierta manera, en broma, ella repitió lo que había dicho y lo confirmó alegando: «En verdad, Padre, por lo que puedo juzgar con la sensación corporal, creo que, en efecto, carezco de corazón, pues el Señor se me apareció, abrió mi lado izquierdo, sacó el corazón y se fue». Y cuando él replicó que es imposible que pudiera seguir viviendo sin corazón, la virgen del Señor declaró que para Dios no hay nada imposible, y creía con certeza haber sido privada de corazón. Y durante muchos días repitió lo mismo y decía que vivía sin corazón. Un día permaneció rezando en la capilla de los Hermanos de la Orden de Predicadores de Siena, donde las hermanas solían reunirse, una vez que éstas ya se habían retirado. Cuando se despertó del sueño de su habitual trance y se levantó para regresar a casa, de repente resplandeció una luz del cielo a su alrededor y en esa luz se le apareció el Señor, que llevaba en sus manos consagradas un corazón humano rojizo y luminoso. Y como ella, tras la llegada del creador de la luz, cayera a tierra de rodillas, el Señor se acercó a ella, le abrió de nuevo la parte izquierda, colocó allí el corazón, que llevaba en sus manos, y dijo: «He aquí, amadísima hija, que, al igual que un día te quité el corazón, ahora te doy mi corazón con el cual vivirás a partir de ahora».

Catalina de Génova (1447-1510)

El amor puro y claro no puede querer cosa alguna de Dios, por muy buena que sea, que se pueda llamar participación, pues quiere a Dios mismo, puro, claro y grande como él es; y si a ese amor le faltase el punto más diminuto, no podría darse por satisfecho, más aún, le parecería estar en el infierno. Por eso yo digo que no quiero ningún amor creado, ningún amor que se pueda probar, tocar y gozar.

Yo no quiero, digo, un amor que pase a través del entendimiento, de la memoria, de la voluntad; pues el amor puro trasciende todas las cosas y pasa por encima de ellas y dice: no me tranquilizaré hasta que esté encerrada y reclusa en ese seno divino en el que se pierden todas las formas creadas y así, perdidas, permanecen divinas. Y de otro modo no puede tranquilizarse el amor puro, claro y verdadero.

Por eso he decidido, mientras viva, hablar al mundo; fuera haz conmigo lo que quieras, pero en el interior déjame; pues yo ni puedo ni quiero, y quisiera no poder querer, ocuparme de nada, salvo sólo con Dios, que se ha apoderado de mi interior y lo ha encerrado de tal modo que no quiere abrirlo a nadie. Sabe que él no hace otra cosa que consumir a esta humanidad, su criatura, tanto por fuera como por dentro; y cuando haya terminado de consumirla, ambos saldrán de este cuerpo y ascenderán unidos a su patria. Así pues, en el interior no puedo ver nada salvo a él, pues no deja a nadie que entre, y a mí menos que a los demás, porque yo le soy más hostil. Y cuando, no obstante, ocurre y me resulta necesario decirlo, por amor a la vida del mundo, que no sabe hablar de otro modo, a saber, cuando yo me menciono o soy mencionada por otros, me digo a mí misma: mi yo es Dios, y no conozco a ningún otro yo que a este mi Dios. Lo mismo digo cuando hablo del ser. Toda cosa que tenga el ser la tiene de la suprema esencia divina por la participación; pero el amor puro y claro no puede darse por satisfecho con verse partícipe de Dios mediante la participación, ni tampoco con que él esté en el amor como criatura, como está en otras criaturas, de las cuales unas participan más, otras menos, de Dios. Este amor no puede soportar semejante comparación, sino que, con gran fuerza enamorada, dice: mi ser es Dios, no mediante participación, sino a través de la verdadera transformación y mediante la destrucción del propio ser...

Así, mi ser está en Dios, mi yo, mi fortaleza, mi bienaventuranza, mi deseo. Pero este yo que menciono con tanta frecuencia lo hago porque no puedo hablar de otro modo, pero en verdad ya no sé qué es el yo o el mío o el deseo o el bien o también la bienaventuranza. Ya no puedo dirigir la mirada a cosa alguna, dondequiera que esté, en el cielo o en la tierra. Y si digo algunas palabras que llevan en sí la forma de la humildad o de la espiritualidad, en el fondo no sé nada, no siento nada al respecto. Sí, estoy consternada por decir tantas palabras que son tan diferentes de la verdad y de lo que siento.

No quiero ningún amor que fuese para Dios o en Dios. No puedo ver esa palabra *para*, esa palabra *en*, pues me indican una cosa que podría estar entre mí y Dios. Pero esto no lo puede soportar el amor claro y puro, y esta pureza y claridad es tan grande como lo es el mismo Dios para poder ser sí mismo.

Encuentro en mí, por la gracia divina, una satisfacción sin alimento, un amor sin miedo, esto es, un miedo del que pudiera ser privada alguna vez. La fe me parece perdida por entero; la esperanza, muerta; pues me parece tener y mantener con certeza aquello que otras veces creía y esperaba. Ya no veo unión alguna, pues ya no sé nada y no puedo ver nada salvo únicamente a él sin mí. No sé dónde está el yo, ni lo busco, ni quiero saber de él, ni tener noticia de él. Me he zambullido y sumergido hasta tal punto en la fuente de su amor inconmensurable como si estuviera en el fondo del mar y no pudiera tocar, ver, sentir nada a mi alrededor, salvo agua. Así me he sumergido en el dulce fuego del amor, de modo que no puedo tocar otra cosa que el amor entero, que me derrite toda la médula del alma y del cuerpo. Y a veces me siento como si el cuerpo entero fuese de un material blando; y por el extrañamiento con que veo todas las cosas corporales no me veo capaz de llevarlo conmigo.

Por eso me parece como si ya no fuera de este mundo, puesto que ya no puedo hacer, como los demás, las obras del mundo; más aún, cada acción que veo de los demás me perturba, pues yo no obro como ellos ni como yo misma solía obrar. Me siento extrañada de todas las cosas terrenales, y de las mías más que de ninguna otra, de tal modo que, con sólo verlas, no puedo soportarlas. Y yo digo a esas cosas: dejadme ir, pues ya no puedo preocuparme por vosotras o recordaros, sino que es como si para mí ya no fueseis. No puedo trabajar, ni caminar, ni estar de pie, ni hablar, todo esto me parece una cosa inútil y superflua para el mundo. Muchos se maravillan de ello y como no comprenden la causa se enojan. Y en verdad, si no fuera porque Dios está conmigo, el mundo me tendría más de una vez por loca; y esto ocurre porque casi siempre vivo fuera de mí misma.

Dios se hizo hombre para hacerme a mí Dios, por eso quiero convertirme completamente en puro Dios.

Maria Maddalena de' Pazzi (1566-1607)

Además del constante fervor que hacía derretirse su corazón, que la hacía pensar incesantemente en Dios, hablar de Dios, obrar para Dios y que a menudo la privaba de sus sentidos y la ponía al servicio exclusivo de Dios, a veces se apoderaba de ella un gran ardor que no se dejaba encerrar en su pecho, sino que se vertía sobre su rostro, sobre su actividad e irrumpía en sus palabras. Ella, que habitualmente estaba débil, decaída, pálida y consumida como consecuencia de sus ejercicios de expiación, recobraba toda su fuerza cuando era sorprendida por esta llama del amor, y su semblante se tornaba lleno y encendido, sus ojos como dos estrellas luminosas, y la mirada animada y alegre como la de un ángel bienaventurado. Ella no encontraba reposo alguno, ni podía permanecer en el mismo sitio. Para desprenderse de

este ardor, que no podía mantener en su interior, se veía obligada a agitarse y a moverse de una manera maravillosa. Por eso, cuando le daban esos arrebatos, se la veía correr de un sitio a otro; como furiosa de amor atravesaba el convento y gritaba: «¡Amor, amor, amor!». Y como no podía soportar semejante incendio de amor, decía: «¡Oh, mi Señor, no más amor, no más amor!».

A las hermanas que la seguían les decía: «No sabéis, queridas hermanas, que mi Jesús no es otra cosa que amor, sí, locura de amor. Locura de amor, digo, eres tú, mi Jesús, y no dejaré de decirlo. Tú eres encantador y alegre, tú alivias y consuelas, tú alimentas y unes, eres dolor y refresco, fatiga y descanso, muerte y vida en uno. ¿Qué no hay en ti? Tú eres sabio y voluntarioso, sublime e incommensurable, maravilloso e inefable». Otras veces ardía en deseos de que ese Dios amante fuese reconocido y venerado por los hombres, y, vuelta hacia el cielo, decía: «¡Oh, amor, oh, amor! Dame una voz tan fuerte, ¡oh, mi Señor!, para que cuando te llame amor sea oída desde el Oriente hasta el Occidente y por todo el mundo, hasta en el infierno, para que seas reconocido y venerado como el amor verdadero. ¡Oh, amor!, tú atraviesas y traspasas, desgarras y unes, gobiernas todas las cosas, eres cielo y tierra, fuego y aire, sangre y agua: eres Dios y hombre».

Quitándole los ornamentos a un cuadro del Niño Jesús, dijo: «Te quiero desnudo, ¡oh, mi Jesús!, pues no te podría soportar en la infinitud de tus virtudes y perfecciones; quiero tu desnuda, desnuda humanidad».

De sus comunicaciones

Vi que Jesús se unía a su esposa en estrecho vínculo, ponía su cabeza en la cabeza de su esposa, sus ojos en los de ella, su boca, sus manos, sus pies, todos sus miembros en los suyos, de modo que la esposa fue una con él y quería todo lo que quería el esposo, veía todo lo que veía el esposo,

probaba todo lo que probaba el esposo. Y Dios no quiere otra cosa que el alma se una con él de esa manera y que él esté plenamente unido a ella. Y cuando el alma tiene su cabeza en la cabeza de Jesús, no puede querer otra cosa que unirse con Dios y que Dios se una con ella. Dios se ve por completo a sí mismo en sí, y sólo por sí mismo es capaz de sí mismo y se ve a sí mismo en todas las criaturas, también en aquellas que no tienen sensibilidad alguna, y en ellas con la fuerza con la que él les da el ser y con la que las hace obrar y dar frutos. Así, el alma, cuando tiene sus ojos puestos en los de Jesús, se ve a sí misma en Dios y a Dios en todas las cosas.

Después de la sacrosanta comunión contemplaba yo la gran unión del alma con Dios a través del sacramento cuando de repente me encontré plenamente unida con él, transformada en Dios y fuera de toda percepción sensorial, de modo que yo, si se me hubiese arrojado en un horno de fuego y se me hubiese quemado, no habría notado nada. No sabía si estaba viva o muerta, si estaba en el alma o en la tierra o en el cielo; sólo veía a Dios glorioso en sí mismo, amándose a sí mismo con pureza, conociéndose a sí mismo infinitamente, abrazando todas las cosas creadas con su amor puro e infinito, una unidad de tres, una Trinidad indivisa, un Dios ilimitado en amor, exaltado en bondad, inconcebible e inescrutable: de suerte que yo, que estaba con él, no encontraba ya nada de mí; tan sólo veía esto: que yo estaba en Dios, pero no me veía a mí misma, únicamente a Dios.

Teresa de Jesús (1515-1582)

Carta a su confesor, padre Rodrigo Álvarez

Son tan dificultosas de decir, y más de manera que se pueden entender estas cosas interiores, cuanto más con brevedad, que si la obediencia no lo hace, sería dicha atinar, en

especial en cosas tan dificultosas. Poco va en que desatine; pues va a manos que otros mayores habrá entendido de mí. En todo lo que dijere suplico a vuestra merced entienda, que no es mi intento, pensar es acertado, porque yo podré no entenderlo; mas lo que puedo certificar es que no diré cosa que no haya experimentado algunas y muchas veces. Si es bien o no vuestra merced lo verá y me avisará dello...

La primera oración que sentí, a mi parecer sobrenatural (que llamo yo lo que con industria ni diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure; aunque disponerse para ello sí, y debe de hacer mucho al caso), es un recogimiento interior que se siente en el alma que parece que ella tiene otros sentidos, como acá los exteriores, que ella en sí parece se quiere apartar del bullicio de estos exteriores: y así algunas veces los lleva tras sí que le da gana de cerrar los ojos y no oír, ni ver, ni entender, sino aquello en que el alma entonces se ocupa, que es tratar con Dios a solas. Aquí no se pierde ningún sentido, ni potencia, que todo está entero; mas estalo para emplearse en Dios. Y esto a quien lo hubiere dado será fácil de entender; y a quien no, no; al menos será muchas palabras y comparaciones.

Deste recogimiento viene muchas veces una quietud y paz interior que está el alma que no le parece le falta nada; que aun el hablar le cansa, digo el rezar y meditar; no querría sino amor: dura rato, y aun ratos.

Desta oración suele proceder un sueño que llaman de las potencias, que ni están absortas, ni tan suspensas que se pueda llamar arrobamiento; ni es del todo unión.

Alguna vez, y muchas veces entiende el alma, que es unida sola la voluntad, y se entiende muy claro (digo claro, a lo que parece) que está toda empleada en Dios y que ve el alma la falta de poder estar ni obrar en otra cosa; y las otras dos potencias están libres para negocios y obras del servicio de Dios [...].

Cuando es unión de todas las potencias es muy diferente; porque en ninguna cosa pueden obrar, porque el entendimiento está como espantado. La voluntad ama más que entiende; mas ni entiende si ama, ni qué hace, de manera que lo pueda decir. La memoria, a mi parecer, que no hay ninguna, ni pensamiento, ni aun por entonces no son los sentidos despiertos, sino como quien los perdió, para más emplear el alma en lo que goza, a mi parecer; porque aquel breve rato se pierde, y pasa presto [...].

Arrobamiento, y suspensión, a mi parecer, todo es uno [...]. La diferencia que hace el arrobamiento della es ésta: que dura más, y siéntese más en esto exterior, que se va acortando el huelgo, de manera que no se puede hablar, ni los ojos abrir [...]. Cuando es grande, como digo, quedan las manos heladas, y algunas veces extendidas como unos palos, y el cuerpo, si le toma en pie, así se queda, o de rodillas: es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa que parece se olvida de animar al cuerpo y lo deja desamparado. Y así, si dura, quedan los miembros con sentimiento [...].

La diferencia que hay de arrobamiento a arrebatamiento es que el arrobamiento va poco a poco muriéndose a estas cosas exteriores, perdiendo los sentidos y viviendo a Dios. El arrebatamiento viene con sola una noticia, que su majestad da en lo íntimo del alma con una velocidad que parece que le arrebatara lo superior della: a su parecer se le va del cuerpo; y así es menester ánimo a los principios para entregarse en los brazos del Señor, que la lleve donde quisiere. Porque hasta que su majestad la pone en paz adonde quiere llevarla (digo llevarla, que entienda cosas altas) cierto es menester a los principios estar bien determinada a morir por él; porque la pobre alma no sabe qué ha de ser aquello [...].

El vuelo de espíritu es un no sé cómo le llame que sube de lo más íntimo del alma: sola esta comparación se me acuer-

da, que puse a donde vuestra merced sabe, que están largamente declaradas todas estas maneras de oración y otras; y es tal mi memoria que luego se me olvida. Paréceme que el alma y el espíritu deben ser una cosa: sino que como un fuego, si es grande y ha estado dispuesto para arder; así el alma de la disposición que tiene con Dios, como el fuego, ya de que presto arde, echa una llama y sube a lo alto, aunque este fuego es como lo que está en lo bajo, y no porque esta llama suba deja de quedar fuego: así le acaece al alma, que parece que produce de sí una cosa tan de presto y tan delicado que sube a la parte superior: va adonde el Señor quiere; que no se puede declarar más que esto. Y verdaderamente parece vuelo, que yo no sé otra comparación más propia: sé que se entiende muy claro y que no se puede estorbar.

Parece que aquella avecita del espíritu se escapó de la miseria desta carne y cárcel deste cuerpo, y desocupada dél puede más emplearse en lo que la da el Señor. Es cosa tan delicada y sutil, y tan preciosa, a lo que entiende el alma, que no le parece hay en ello ilusión, ni aun en ninguna cosa destas. Cuando pasa, después quedan los temores, por ser tan ruin quien lo recibe, que todo le parecía habría razón de temer, aunque en lo interior del alma quedaba certidumbre y seguridad [...].

Ímpetus llamo yo un deseo que da al alma algunas veces, sin haber precedido antes oración, y aun lo más contino una memoria, que viene de presto, de que está ausente Dios; u de alguna palabra que oye que vaya a esto. Es tan poderosa esta memoria, y de tanta fuerza algunas veces, que en un instante parece que desatina: como cuando se da a una persona unas nuevas de presto que no sabía, muy penosas, o un gran sobresalto, o cosa así, que parece quita el discurso al pensamiento para consolarle, sino que se queda como absorta. Así es acá, salvo que la pena es por tal causa que queda al alma un conocer, que es bien empleado un

morir por ella. Ello es que parece que todo cuanto el alma entiende entonces es para más pena, y que no quiere el Señor que todo su ser le aproveche de otra cosa, ni que pueda tener consuelo, ni aun acordarse que es voluntad suya que viva, sino parécele que está en una tan grande soledad y desamparo de todo que no se puede escribir; porque todo el mundo y las cosas dél le dan pena, y ninguna cosa criada le parece le hará compañía.

No quiere el alma sino al Criador; y esto velo imposible si no muere: y como ella no se puede matar, muere por morir. De tal manera que verdaderamente es peligro de muerte: y vese como colgada entre el cielo y la tierra, y no sabe qué hacer de sí. Y de poco en poco dale Dios una noticia de sí para que vea lo que pierde, de una manera tan extraña que no se puede decir ni esta pena encarecer; porque ninguna hay en la tierra, al menos de cuantas yo he pasado, que le iguale. Baste que, de media hora que dure, deja tan descoyuntado el cuerpo y tan abiertas las canillas que aún no quedan las manos para poder escribir, y con grandísimos dolores.

Desto ninguna cosa siente, hasta que se pasa aquel ímpetu. Harto tiene que hacer en sentirlo interiormente, ni creo sentiría graves tormentos; y está con todos sus sentidos, y puede hablar, y mirar: andar no, que la derrueca el gran golpe del amor [...]. El alma bien entiende que es grande merced del Señor: a ser a menudo, poco duraría la vida [...].

Otra manera harto ordinaria de oración es una manera de herida que parece al alma verdaderamente como si una saeta la metiesen por el corazón o por ella misma. Ansí causa un dolor grande que hace quejar, y tan sabroso que nunca querría le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco se ha de entender que es llaga material, que no hay memoria deso, sino en lo interior del alma, sin que parezca dolor corporal; sino que como no se puede dar a entender, sino por comparaciones, pónense estas groserías, que para

lo que ello es lo son; mas no sé decirlo de otra suerte. Por eso no son estas cosas para decir ni escribir; porque es imposible entenderlo, sino quien lo ha experimentado, digo a donde llega esta pena [...].

Otras veces parece que esta herida del amor saca de lo íntimo del alma los afectos grandes; y cuando el Señor no la da no hay remedio, aunque más se procure: ni tampoco dejarlo de tener cuando él es servido de darlo. Son como unos deseos de Dios tan vivos y delgados que no se pueden decir; y como el alma se ve atada para no gozar como querría de Dios, dale un aborrecimiento grande con el cuerpo. Parecele como una gran pared que la estorba para que no goce su alma de lo que entiende entonces a su parecer que goza en sí, sin embarazo del cuerpo [...].

Carta a Pedro de Alcántara

A la manera de proceder en la oración que ahora tengo, es la presente. Pocas veces son las que estando en la oración puedo tener discurso de entendimiento, porque luego comienza a recogerse el alma y estar en quietud, o arrobaamiento, de tal manera que ninguna cosa puedo usar de los sentidos; tanto que si no es oír, y esto no para entender otra cosa, no aprovecha.

Acaéceme muchas veces, sin querer pensar en cosa de Dios, sino tratando de otras cosas, y pareciéndome que aunque mucho procurara tener oración, no lo podría hacer por estar en gran sequedad, ayudando a esto los dolores corporales; darme tan de presto este recogimiento y levantamiento de espíritu que no me puedo valer, y en un punto dexarse con los efetos y aprovechamientos que después trae. Y esto sin haber tenido visión, ni entendido cosa, ni sabido dónde estoy, sino que pareciéndome se pierde el alma, la veo con ganancias, que aunque en un año quisiera ganarlas yo, me parece no fuera posible, según quedo con ganancias.

Otras veces me dan unos ímpetus muy grandes, con un deshacimiento por Dios que no me puedo valer; parece se va a acabar la vida, y así me hace dar voces y llamar a Dios, y esto con un gran furor me da. Algunas veces no puedo estar sentada, según me dan las bascas, y esta pena me viene sin procurarla, y es tal que el alma nunca querría salir de ella mientras viviese. Y son las ansias que tengo por no vivir y parecer que se vive sin poderse remediar, pues el remedio para ver a Dios es la muerte, y ésta no puede tomarla; y con esto parece a mi alma que todos están consoladísimos sino ella, y que todos hallan remedio para sus trabajos sino ella; es tanto lo que aprieta esto que si el Señor no lo remediase con algún arrobamiento (donde todo se aplaca y el alma queda con gran quietud y satisfecha: algunas veces ve algo de lo que desea; otras con entender otras cosas) sin nada desto, era imposible salir de aquella pena.

Otras veces me vienen unos deseos de servir a Dios, con unos ímpetus tan grandes que no sé encarecer, y con una pena de ver de quan poco provecho soy. Paréceme entonces que ningún trabajo ni cosa se me pondría delante, ni muerte, ni martirio, que no las passasse con facilidad. Y esto es también sin consideración, sino en un punto que me revuelve toda, y no sé de dónde me viene tanto esfuerzo. Paréceme que querría dar voces y dar a entender a todos lo que les va en no se contentar con cosas pocas, y quanto bien hay que nos dará Dios en disponernos nosotros. Digo que son estos deseos de manera que me deshago entre mí. Paréceme que quiero lo que no puedo. Paréceme que me tienen atada a este cuerpo, por no ser para servir a Dios en nada, y al estado; porque a no le tener, haría cosas muy señaladas, en lo que mis fuerzas pueden; y así de verme sin ningún poder para servir a Dios, siento de manera esta pena que no lo puedo encarecer: acabo con regalo y consuelo de Dios [...].

Ana García (Ana de San Bartolomé 1549-1626)

La vista que traigo otras veces en el alma es como un gusanillo de seda, cómo le regalan y dan de comer los que lo crían, y estando crecido ya como ha de estar, empieza de hilar por su boca un hilo delgado de seda y hacer su capullo, y con el gusto y suavidad que tienen en ello no siente que se muere hasta que, en dando la virtud que tiene, se queda cerrado en su capullo y se muere. Semejante a esto veía mi alma o me la mostraron, y con la misma blancura y silencio va dando de sí lo que tiene y ha recibido de Dios. Y, como el gusano, se encierra en un ser de nada, y con un dulce amor que siempre está hilando en mi corazón ya no quiero ser, que el morir es la vida del alma.

Armelle Nicolas (1606-1671)

Me veía a mí misma como una pobre malhechora que deseaba entablar amistad con su príncipe... Cuanto más miserable me veía, tanto más deseaba unirme con aquel al que conocía como mi único bien y mi todo.

Así pasé toda la Semana Santa. El Viernes Santo, sin embargo, fui a escuchar el sermón. Cuando aún no había oído hablar un cuarto de hora de la pasión de mi salvador, mi corazón estaba ya tan estremecido y lacerado por dolores que, como no podía permanecer allí por más tiempo, me vi obligada a marchar, por temor a que hiciera pedazos mi corazón o se revelaran sus intensas emociones por alguna acción de mi parte. Me fui entonces a casa, donde en ese momento no había nadie. Allí me encerré; y al principio fui de un lado a otro y grité hasta que me faltaba la respiración, como una persona furiosa o como una que está completamente fuera de sí; después me tiré al suelo y grité: «¡Gracia,

Señor, gracia!». Rogué a todas las cohortes celestiales que me protegieran e invoqué a todos los santos para que me ayudaran. Y volviéndome hacia Dios le dije con un fervor ardiente: «¡Oh, mi Señor y mi Dios, he aquí que ha llegado el día en que he de ser toda tuya! Purifícame y lávame en tu querida sangre. Unge mi corazón con el óleo de tu misericordia. Atraviésame con las flechas de tu amor sagrado. Acógeme entre tus discípulos. Muéstrate a mí y únete conmigo».

En medio de esta oración, cuando estaba diciendo estas palabras, que me eran interiormente dictadas —pues yo misma no sabía qué estaba diciendo, tampoco entendía el sentido de esas palabras ni los misterios en ellas encerrados, simplemente me veía obligada e impulsada a hablar, y esto lo hacía con una violenta intensidad, pareciéndome que cada palabra era una flecha para penetrar en el corazón de Dios—, así pues, cuando yo estaba en medio de esta oración y me había esforzado y atormentado, fui conducida en un instante al ático más alto de la casa; me encontré allí sin saber cómo, aunque de antemano no había pensado en ello.

Me arrojé al suelo porque ya no me podía sostener en pie, tal era mi desamparo. Y en ese mismo instante Dios hizo brillar un rayo de su luz divina en el fondo de mi corazón, a través del cual se me reveló y me dio a entender claramente que aquel al que tanto había deseado había entrado en mí y me había tomado en completa posesión. Cuando me ocurrió esta gran gracia, me encontré como revestida y rodeada de una luz. Al principio me espanté, pero sólo duró un instante, pues de inmediato mi corazón recobró la seguridad y se transformó de tal modo que ya no me conocía a mí misma, y sentí tal satisfacción de todos los deseos que no sabía si me encontraba en la tierra o en el cielo. Permanecí un tiempo inmóvil como una estatua, de modo que no podía moverme. Y desde ese momento todas las facultades de

mi alma estaban tan saciadas y complacidas, y en todos mis sentidos había una paz tan grande que no podía albergar la mínima duda de que Dios se había unido íntimamente conmigo, tal y como había sido anteriormente mi deseo más ferviente. Y esta verdad era tan infalible y cierta en mi interior como si la hubiese visto con mis propios ojos, pues la luz que se manifestó en esa ocasión superaba con mucho todo lo que se puede ver con los ojos.

Todo mi bien está únicamente en Dios, y ahora que es todo mío por su gran misericordia y bondad, al igual que yo soy toda suya, ya no es necesario esforzarme por obtener algo nuevo. No tengo nada que hacer que descansar en sus bienes; como él descansa en mí, yo también descanso en él, puesto que estoy enteramente encerrada y aniquilada en él. Ahí ya no me encuentro a mí misma, y cuando digo «Yo gozo, yo amo, yo poseo», ya no soy yo quien recibe esto, sino que su amor es mi amor, su riqueza es mi riqueza, su paz es mi sosiego, sus caminos son mi placer, y así ocurre con todas sus perfecciones divinas. En adelante ya no hay nada que pueda desear, pues estoy colmada de bienes, tampoco tengo que temer perderlos, pues le pertenecen exclusivamente a él, mi amor y mi todo. Pero yo no los poseo ya como propios, de modo que no he de temer que me los puedan quitar.

Ahora Dios es todo, pero yo ya no soy; a través de su misericordia he vuelto a llegar al lugar de donde venía. Él únicamente, y ya no yo misma, es el que vive y gobierna en mí, pues yo ya no estoy en mí misma, sino en él, donde ya no me encuentro y donde me he perdido. Él mismo es el único que se da la vida, pues yo ya no veo nada que no sea él mismo.

¡Oh, amor y bondad infinita, ya no puedo escapar de ti! Tú corres por delante de mí en todas partes y yo te encuentro en todas partes. Ya no te veo a través de nubes, te veo

muy clara y abiertamente, sin cobertor o cortina. Ya no hay nada intermedio entre tú y yo. ¿Qué quieres que yo haga, y cómo podré vivir en el futuro en la tierra con esa claridad y ese fuego divino que me consume? Nunca me he encontrado en un estado parecido. El poder descomunal que siento supera toda medida, y ya no sé adónde he de dirigirme ni qué he de decir; sólo esto: que el amor me conduce por dondequiera fuera de mí misma y en todas partes me supera.

Desde la festividad de mi Madre Santa he visto mi alma desprendida de todas las cosas, tan pura, tan solitaria, tan apartada que parece como si ya no viviera más en mi cuerpo, el cual, como pienso, no busca nada que no sea el alma, como si fuera insensible. No tengo ningún pensamiento ni cualquier otra cosa que me detenga o me ocupe, como solía ocurrir antes. El ser y la inconmensurabilidad de Dios es el único objeto que penetra y consume de manera inconcebible mi alma y, al consumirla así, la extiende de tal manera que no conozco ningún fin ni ninguna meta de ella. Antes quería hacerlo todo y acometerlo todo, pero ahora es muy diferente conmigo, pues ya no se aproxima nada a mí. Yo lo comprendo todo y nada me comprende. Mi alma es solitaria, simple y pura, y cuando la veo así, veo un milagro. Si esto se prolonga en mí aún algún tiempo, creo que moriré de ello. Externamente voy y obro como es habitual en mí, sin perder esa contemplación, pero mi Dios me priva de ella a veces y permite que algunos pensamientos entren en mi mente y me distraigan de ello; si no fuera por eso, ya habría muerto. Nadie puede expresar ni comprender el amor que me consume. Es infinito y crece, no obstante, más y más cada día.

Antoinette Bourignon (1616-1680)

De una carta

Para responder a la pregunta que con tanta frecuencia me ha repetido, a saber: cómo escucho a Dios y hablo con él, me limitaré a decir lo que puedo decir.

Dios es espíritu, el alma es espíritu: ellos se comunican entre sí en el espíritu. No son palabras del lenguaje, sino comunicaciones espirituales que, no obstante, son más comprensibles que la elocuencia más experimentada del mundo.

Dios se manifiesta al alma mediante movimientos internos que el alma percibe y entiende en la medida en que está desprovista de nociones terrenales; y cuanto más cesan las fuerzas del alma, tanto más comprensibles le resultan los movimientos de Dios.

Las comunicaciones de Dios son infalibles cuando el alma está vacía de toda imagen y olvida todas las cosas creadas; pero son dudosas cuando ella obra a través de la imaginación y busca sentimentalismos o algo diferente que no es Dios en su desnudez. Los mismos santos han cometido vanidades espirituales en este punto, a través de visiones, voces, éxtasis y otras sensiblerías, a las que contribuye la fuerza de la imaginación.

Dios es espíritu puro, el alma purificada se transforma en él y no necesita palabras ni miradas para percibirlo, al igual que nosotros tampoco necesitamos el ojo o la lengua para percibir nuestra propia idea...

Yo soy una pura nada; pero Dios es todo en mí. Él me enseña, él obra, él habla en mí, sin que para ello contribuya en nada la naturaleza, a no ser como mero instrumento, como contribuye un pincel en el arte de un bello cuadro.

Jeanne Marie Bouvieres de la Mothe Guyon (1648-1717)

Un alma semejante lo recibe todo directamente del fondo, y desde ahí se vierte sobre las facultades y los sentidos como a Dios le place. No es así con las otras almas, que reciben de manera mediata: aquí el que recibe decae en las facultades y desde aquí se une con el punto medio. En aquellas almas, en cambio, se descarga desde el punto medio en las facultades y en los sentidos. Dejan pasarlo todo, sin que haya algo que deje impresión en su espíritu y su comprensión. Además, las cosas que conocen o experimentan se les aparecen no como cosas extraordinarias, como profecías o algo semejante, como se les aparecen a otros; uno las dice de la manera más natural, sin saber qué se dice ni por qué se dice; sin algo extraordinario. Se dice y se escribe lo que no se sabe; y diciéndolo y escribiéndolo uno ve que son cosas en que nunca ha pensado. Es como una persona que en su terreno posee un tesoro inagotable, sin pensar nunca en su posesión; no conoce sus riquezas, no las ve; pero cuando es preciso encuentra en ese terreno todo lo que necesita. El pasado, el presente y el futuro están ahí en la manera de un instante presente y eterno, no como profecía que considera el futuro como una cosa que ha de venir, sino todo visto en el presente, en el instante eterno, en Dios mismo; sin saber cómo ella lo ve y conoce; con una fidelidad segura al decir las cosas, tal y como están dadas, sin intención y sin mirar atrás, sin reflexionar si se habla del futuro o del presente; sin preocuparse de si las cosas se cumplen o no, de una manera o de otra, si tienen un significado u otro. Así pues, de este terreno perdido surgen los milagros.

Cuando mi espíritu fue iluminado, mi alma se situó en una amplitud infinita. Conocí la diferencia entre los dones de la gracia que habían precedido a este estado y aquellos que le habían seguido. Antes, todo se reunía y se unía en el interior, y yo poseía a Dios en mi terreno y en el secreto

de mi alma; después, sin embargo, estaba poseída por él, de una manera tan amplia, tan pura e infinita que no hay nada semejante. Antes, Dios estaba como encerrado en mí, y yo estaba unida a él en mi terreno; pero después yo estaba como sumergida en el mar. Anteriormente, se perdían los pensamientos y las intenciones, pero el alma los dejaba caer de una manera perceptible, aunque en escasa medida, y eso es aún una actividad; pero luego desaparecieron para mí, y esto de un modo tan desnudo, tan puro, tan perdido que el alma no tiene ninguna actividad propia, por muy simple y delicada que sea; al menos ninguna que pudiera llegar a su conocimiento...

Esta amplitud, que no está limitada por cosa alguna por simple que sea, crece cada día que pasa; de modo que parece que el alma, la cual participa en las propiedades de su esposo, participa ante todo de su infinitud. Antes, una se veía como arrastrada hacia el interior y recluida; después noté que una mano, mucho más fuerte que la primera, me sacaba de mí misma y me hundía sin mirada, sin luz, sin conocimiento, en Dios.

En el inicio de la nueva vida vi claramente que el alma estaba unida con su Dios sin medios ni intermediarios; pero aún no se había perdido por completo. Se perdió cada día en él, como un río se pierde en el océano, primero fluyendo en él, luego disolviéndose en él, pero de tal modo que el río se diferencia aún durante un tiempo del mar, hasta que por fin se transforma gradualmente en el mismo mar. He experimentado estas mismas cosas en mi alma, cómo Dios hace que se pierda gradualmente en él, cómo la saca de su particularidad y le comunica la suya.

Los sentidos son a veces como niños que andan corriendo de un lado a otro; pero no confunden este suelo sin suelo, que está completamente perdido, desnudo, y que ya no

tiene impedimento alguno, al igual que ya no recibe apoyo alguno.

Mi oración era siempre la misma; no era una oración que estuviera en mí, sino en Dios, muy simple, muy pura y muy clara. Ya no es una oración, sino un estado, del cual no puedo decir nada por su gran pureza. No creo que en el mundo pueda haber algo más simple y unificado. Es un estado del que no se puede decir nada, porque sobrepasa cualquier expresión; un estado en el que la criatura está tan perdida y sumergida que, por más que sea libre fuera, dentro ya no posee nada. Así su felicidad también es invariable. Todo es Dios y el alma no es consciente de nada salvo de Dios. Ya no desea ninguna perfección, carece de afán, de espacio intermedio, de unificación: todo se ha consumado en la unidad, pero de una manera tan libre, ligera y natural que el alma vive en Dios y de Dios, y esto es tan normal como que el cuerpo viva del aire que respira.

Elie Marion. De una declaración de la cabecilla de los camisards en enero de 1707

En el primer día del año 1703, cuando nosotros, la familia y algunos parientes, nos habíamos retirado para pasar una parte del día con oraciones y otros ejercicios devotos, uno de mis hermanos se vio asaltado por un gran entusiasmo; y unos instantes después sentí de repente un gran calor que se apoderó de mi corazón y se extendió por todo mi cuerpo. Me encontré también un poco oprimida, y esto me obligaba a emitir grandes suspiros; pero yo los reprimía en lo que me era posible por la compañía que me rodeaba. Poco después, un poder irresistible se apropió por completo de mí y no pude sino irrumpir en grandes gritos, interrumpidos por profundos sollozos, y mis ojos derramaron ríos de lágrimas. Fui golpeada con fuerza por una terrible noción de mis pe-

cados, que me parecieron negros, espantosos e infinitos en número. Los sentí como una carga que humillaba mi cabeza, y cuanto más se acumulaban, tanto más fuertes eran mis gritos y llores. Llenaron mi espíritu de espanto; y con mi miedo no podía ni hablar ni rezar a Dios. No obstante, sentí algo bueno y bienaventurado que impedía que mi horror se tornara en quejidos o en desesperación. Mi Dios me pegaba y al mismo tiempo me alentaba. Mi hermano entró entonces en un segundo éxtasis y dijo en voz alta que eran mis pecados los que me hacían sufrir. Y al mismo tiempo comenzó a recitar una larga enumeración de estos pecados y a representarlos ante toda esa gente, como si él los hubiera visto o los hubiera leído en mi corazón: yo misma no podría haber procurado una imagen más fiel de mi propio estado.

Una vez que concluyó esa terrible descripción, sin olvidar nada, y haciendo hincapié en los pecados que más afligían mi espíritu, me sentí muy aliviada. Cuando así llegó algo de calma, mi carga se tornó más ligera y disfruté con gran alegría la libertad que se me había devuelto de elevar mi corazón y mi voz a Dios. Aproveché ese tiempo afortunado y no cesé de rogar la gracia de mi padre celestial, que por su infinita misericordia hablaba de paz a mi corazón y secaba las lágrimas de mis ojos. Pasé una noche apacible; pero al despertar caí en similares movimientos como los que, desde ese momento hasta ahora, se han apoderado de mí en el éxtasis y que van acompañados de frecuentes sollozos. Esto me ocurrió tres o cuatro veces al día, durante tres semanas o un mes; y Dios puso en mi corazón que empleara ese tiempo en ayunar y orar. Cuanto más progresaba, tanto más aumentaba mi consuelo, y por fin, alabado sea por ello el Señor, entré en la posesión de esta satisfacción espiritual, que es un gran beneficio. Me encontré completamente transformada. Las cosas que me habían resultado más agradables antes de que mi creador me hubiese hecho un corazón nuevo me

parecían ahora repulsivas, más aún, insoportables. Y, por último, supuso una nueva alegría para mi alma cuando tras un mes de mudos trances, si los puedo llamar así, Dios gustó de soltar mi lengua y puso sus palabras en mis labios. Al igual que su Espíritu Santo había movido mi cuerpo para despertarlo de su rigidez y derrotar su orgullo, así también fue su voluntad mover mi lengua y mis labios y servirse de estos órganos débiles como le placía. No intentaré expresar cuál fue mi admiración y mi alegría cuando escuché cómo salía de mi boca un torrente de palabras sagradas, cuyo autor no era mi espíritu y que alegraban mis oídos. En el primer entusiasmo, que Dios me envió cuando soltó mi lengua, el Espíritu Santo me habló con estas palabras: «Yo te aseguro, hija mía, que te he destinado desde el seno materno para mi honor». Palabras benditas que estarán grabadas en mi corazón hasta el último suspiro de mi vida. Este mismo Espíritu de la sabiduría y de la gracia me explicó también que era necesario que tomara las armas, que me uniera a mis hermanos, que desde hacía unos seis meses luchaban con valentía por la causa de Dios. Así que abandoné la casa de mi padre a principios del mes de febrero y fui a sumarme a un grupo de soldados cristianos, que un tiempo después tuve el honor de ordenar.

Jakob Böhme (1575-1624)

Pero el espíritu se manifestó cuando en tal tribulación elevé con seriedad mi espíritu, del cual entendía poco o nada qué era, a Dios, como en una gran tormenta, y todo mi corazón y ánimo, junto con todos los demás pensamientos y la voluntad, se sumaron a ello, sin dejar de luchar con el amor y la misericordia divina, y sin dejarle antes de que me bendijera, esto es, antes de que me iluminara con su

Espíritu Santo, para que yo pudiera entender su voluntad y deshacerme de mi tristeza.

Pero cuando yo, en mi fervor intrépido, cargué con dureza contra Dios y todas las puertas del infierno, como si tuviese más fuerzas a mi disposición, gustoso de poner en juego mi vida, lo cual, ciertamente, no habría estado en mi poder sin la ayuda del espíritu divino, después de varios ataques mi espíritu se abrió paso por las puertas del infierno y llegó hasta el nacimiento más interno de la divinidad y allí fui abrazado por el amor, como un esposo abraza a su querida esposa.

Pero no puedo ni escribir ni hablar sobre el triunfo que se produjo en el espíritu, no se puede comparar con nada, sólo con el lugar donde nace la vida en medio de la muerte y con la resurrección de los muertos.

A la luz de lo sucedido mi espíritu pudo ver de inmediato a través de todo y de toda criatura, también de las plantas y de la hierba; conoció a Dios, quién es y cómo es y cuál es su voluntad.

Un paje (ca. 1596)

Trascurridos cuatro meses se me apareció de nuevo el dulce ángel de mi consuelo y habló mucho conmigo de la belleza de los hijos de Dios y me hizo desear entrañablemente que le contemplara en su gloriosa majestad. Yo le dije: ¡Ay, mi querido angelito!, tú, mi tierno hermanito, condúceme una vez más a la sala del cielo elevado, con los bellos niños de Dios, para que pueda ver sus semblantes en la justicia. Y él me elevó y me condujo al cielo, donde había estado hacía cuatro semanas, y me puso en medio de los niños de Dios, todos los cuales estaban allí reunidos. Pero yo no vi a Dios el Señor sentado en su trono de oro. Yo dije: «¿Dónde está Dios el Señor, mi Padre amado?». Él dijo:

«Está en sus niños. Mira: la verdad de Dios está en sus niños. Pues sus hijos y sus hijas son su templo, en el cual vive y que él ha llenado con su gloria». Y yo miré a mi alrededor a los mil veces mil niños de Dios y me di cuenta de que brillaban por la verdad interna de Dios como pequeños soles luminosos. Allí vi zafiros y rubíes vivientes. La luz del Señor resplandecía en su cuerpo y los impulsaba de tal modo que no podían estarse quietos, pues la claridad del Señor es una claridad viviente. Pero eran sostenidos por el ángel de Dios para que no escaparan adonde querían, pues su tiempo aún no había llegado. Entonces habló uno de los ángeles superiores: «Estáis todos llenos del espíritu viviente. Ése es vuestro honor contra el deshonor del mundo. Sufrid, por lo tanto, por ello, y consolaros con este gran esplendor». Pero en mí se encendió tal luz de la claridad del Señor, que pude ver hasta el centro del corazón de Dios, y pude reconocer su gran amor y su consejo celestial en lo que a mí concernía. Aunque no le vi exteriormente, le reconocí interiormente, pues su luz estaba en mí, y yo también estaba lleno de la alegría de Dios, de modo que casi morí por ello. Pues donde está el Señor Dios, allí está su sabiduría y su alegría.

Pero poco después recibí una espina en la carne, esto es, una gran tristeza en el corazón, para que no me elevase a mí mismo a cuenta de ese gran esplendor ni que abusara de él para mi seguridad. Y todo ser iluminado, junto conmigo, regresó a su lugar y a su miseria hasta el día que los hará regresar.

Hans Engelbrecht (1599-1642)

Cuando yo yacía así luchando en agonía, la muerte comenzó a apoderarse de mí por los pies; y yo yacía y moría desde abajo: me llevó doce horas morir así, puesto que en unos ocho días no había comido ni bebido nada. El viernes

me acosté y me puse enfermo, así que el jueves, tras aproximadamente ocho días, morí. El jueves al mediodía, a eso de las doce, sentí claramente que la muerte había entrado por debajo; así que morí por los pies, de suerte que mi cuerpo se quedó tan rígido que no sentía nada de los pies y las manos, nada del cuerpo entero; y finalmente tampoco pude hablar o ver, pues la boca estaba tan rígida que no la podía abrir y ya no la sentía; lo mismo ocurrió con los ojos: los sentí claramente vidriosos en mi cabeza. Pero entendía, no obstante, lo que me estaban rezando, y oí que uno le decía a otro: «Siéntele las piernas, qué rígidas y frías están; ya no va a durar mucho». Eso lo oí, pero no lo sentí. Pero oí cuando el vigilante anunció las once de la noche, y a eso de las doce de la noche perdí el oído.

Me pareció entonces que era levantado con todo el cuerpo y llevado con gran rapidez, como no lo puede hacer la flecha de una ballesta; y después, ciertamente, inquirí si mi cuerpo se había ausentado. Pero me dijeron que mi cuerpo no se había ausentado, y tampoco pudieron advertir cuánto tiempo había estado ausente mi alma. Había muerto, sin embargo, ante sus ojos, pues mi madre ya había recibido la mortaja y estaban dispuestos a ponérmela; pero Dios no lo quiso así y cegó sus ojos para que no pudieran advertir que mi alma había salido en trance del cuerpo, que había pasado por las puertas del infierno y había llegado al cielo. Esto ocurrió en un instante, pues Dios puede revelar y enseñar más en un instante de lo que se puede expresar en toda una vida. Ningún ser humano puede concebir con su razón cómo ocurre ese aprendizaje; ocurre de manera sobrenatural en el espíritu.

Pero cuánto tiempo estuvo ausente mi alma, eso sólo lo sabe Dios y ningún ser humano. Si mi alma hubiese permanecido en la alegría y el esplendor, mi cuerpo ya haría tiempo que yacería en el cementerio. Pero a eso de la me-

dianoche, cuando el vigilante anunció las once, aún no se había producido el éxtasis; por entonces aún estaba rígido y frío y no sentía nada de mi cuerpo, tampoco podía ya ver y hablar, sólo me quedaba el oído. Las personas que me rodeaban no pudieron percatarse de cuándo mi alma estuvo ante el infierno o en el cielo. Ahora bien, cuando el vigilante anunció las doce, ya se había producido el éxtasis. Pero al igual que me había muerto desde abajo, comencé a revivir desde arriba hacia abajo.

Cuando se me volvió a conducir a la claridad, pensé que se me situaba de nuevo en el lecho, y fue entonces cuando volví a oír físicamente que estaban rezando por mí. Así pues, el oído fue lo primero que recuperé. Después comencé a sentir mis ojos y que lentamente todo mi cuerpo se fortalecía. Y cuando volví a sentir mis manos y mis pies, me levanté; y me sentía tan fuerte como nunca lo había estado antes en mi vida: así de fuerte estaba por la alegría celestial que la gente se asustó por haber recobrado las fuerzas con tal rapidez.

Sólo soy un instrumento muerto, como un rígido tubo de órgano; si no se toca en él, no puede sonar. Así pues, sabed que yo también estuve completamente rígido y frío y no podía sonar; que ahora suene con mis palabras, eso se debe al mandato del Espíritu Santo y no a mí. Yací aquí como un guante muerto: si ninguna mano se introduce en él, el guante no puede moverse; pero si se introduce en él una mano viva, el guante se puede mover. Pero el guante no se gobierna a sí mismo, sino que el que gobierna es la mano que está dentro; ella es la que se mueve y guía, pero el guante no puede regirse a sí mismo... Así ocurre conmigo. Vosotros me visteis yacer aquí con vuestros propios ojos, como un guante muerto que no se puede agitar ni mover: pero la mano viviente de Dios se ha introducido en mí, en mi carne y sangre muertas, que estaban del todo frías y rígi-

das y que han vuelto a la vida a través de su fuerza celestial; y la mano todopoderosa de Dios gobierna ahora en mí, y no yo.

Anna Vetter (fecha de las visiones: 1662)

De su autobiografía, que escribió de su puño y letra por requerimiento

Podría preguntar alguien cómo es posible que Dios me haya amado tanto y cuál ha sido el curso de mi vida... Yo era una joven alegre, libre y agradable a las personas, y buscaba fama en la costura, era ágil como un cervatillo, me encantaba jugar y danzar honestamente y solía llevarme el premio; todos querían bailar con la moza de Weissenburg. Se me anunció desde el cielo que era voluntad divina que hubiese tenido que venir aquí y casarme con un albañil; y como oí después, habían esperado otras diez a mi marido, antes de que fuese mi amado. Él debería haberme dejado ir, pero yo me quedé con él, tuve una boda decente con gran alegría, y he vivido con ese hombre violento y blasfemo diez años, y siempre peleándome con él. Nunca noté en él temor de Dios alguno o que aspirase al cielo; era un hombre terrenal, y yo siempre aspiraba al cielo y pensaba que él debía ser como yo; pero él no quería seguirme, así que mi vida con él fue muy amarga. Cuanto más tiempo vivía con él, tanto más amarga me la hacía, hasta que pasaron los diez años, periodo en el que le había dado siete hijos, tres varones y cuatro hembras; y gracias a Dios aún están con vida dos varones y dos hembras. A los 30 años de mi vida me puse enferma durante cinco semanas y sentí que mi carne perecía; aunque al principio desconfié de una vecina, sospechosa de brujería, que decía a menudo que podía tullir y paralizar a las personas, que a menudo se burlaba de mí por el fervor con el que acudía a la iglesia y me preguntaba si aún quedaban

imágenes en la iglesia a las que no les hubiera quitado la cabeza de un mordisco; pero pronto se manifestó cuál era la causa de mi debilidad física, a saber: tenía que convertirme en un ser humano completamente distinto, renovarme física y espiritualmente. Durante mi enfermedad vino un día mi marido muy temprano del castillo y se echó a mi lado y me obligó a ceder a su voluntad, y yo quedé embarazada de una hija contra mi voluntad y mi deseo, pues yo estaba débil y enferma. Esta hija no tenía ninguna bendición de Dios, así de podrida estaba la simiente del padre por sus pecados, por lo que es evidente que el hombre es fruto del pecado y el niño de la perversión. Aunque fue bautizada, no fue inscrita en el libro de la vida. Cuando llevaba diez días embarazada de esta niña, fui llevada al cielo en un trance y vi una alegría indescriptible. ¡Oh, alegría! ¡Oh, esplendor! ¡Oh, eternidad! ¡Oh, belleza!... Por fin vi también un púlpito en la iglesia mayor de Ansbach y una gran multitud a la que debía predicar; enseguida descendió sobre mí un fuego ardiente del cielo que me inflamó y me llenó del Espíritu Santo. Mi boca se llenó de fuego y de alabanzas celestiales, alabó a Jesucristo y sus nombres sagrados; y cuando volví en mí tuve que escribir esta historia, aunque con anterioridad no podía escribir ni una letra, pues durante mi juventud tuve que vagar por otras tierras y nunca fui a la escuela. Aprendí a leer un poco antes de mi matrimonio, a hurtadillas, del hermano de mi marido, y después no leí nada más que los Evangelios y los Salmos, cuya lectura hizo que se me saltaran las lágrimas a menudo. Entonces se produjo la primera visión y revelación que he tenido; no dije nada de ella durante algo más de tres años, hasta que di a luz mi primer hijo; después de alumbrar, acudí a la iglesia dos veces, y cuando regresé las dos veces el niño estaba enfermo con espasmos, de modo que debido al niño ya no pude ir a la iglesia. Por fin, por iniciativa del Espíritu Santo, fui a ver a los tres párrocos para

confesarles lo que había visto en el cielo hacía unos tres años. En cuanto me volví a encontrar en mi casa, el Espíritu Santo se me reveló y me profetizó cosas, y lo mismo ocurrió al día siguiente. Vino a mí entonces del cielo la voz del Señor, así habla el Señor: Dios quiere hacer algo grande, pero ahora tendría algo difícil ante mí; y me indicó que tenía que llevar una cadena de hierro en mi brazo izquierdo; me la pondrían en el ayuntamiento por causa de una cerda grande, pero yo tiraría a la joven cerda por las escaleras, de modo que se cayera con todas sus crías. Me asusté mucho y fui a ver a los párrocos y volví a confesarles lo ocurrido; y cuando regresaba a casa, al día siguiente tenía que ir al púlpito y yo no quería, y pensé qué pensaría la gente, pues las mujeres no predicán; el Señor se enfureció y me pegó en la cabeza con una gran piedra: tenía que ir al púlpito; pero yo no quería y desobedecía a Dios; entonces vino Jesucristo sobre las aguas hacia mí, en un barco, y me puso las dos ciudades ante mi vista, Onoldsbach y Weissenburg. Estas dos ciudades estaban inundadas y sumidas en una profunda oscuridad. El Señor Jesús me dijo que fuera y tomara esas dos ciudades, «allí te irá bien», dijo el Hijo de Dios; no temas, no te ocurrirá nada. Así que tuve que ir al púlpito en la iglesia de la ciudad, pero el sacristán me bajó; entonces yo lloré mucho y dije que me dejara en paz, que Dios me había ordenado que predicara; pero él me dijo que, si lo hubiese ordenado Dios, tenía que ir a mi asiento en la iglesia. Apenas había llegado a mi casa cuando recibí la visita de los señores del ayuntamiento; el corregidor y el secretario, el alcalde y un sirviente traían consigo una cadena de hierro, hicieron un agujero en la pared y me la pusieron en la pierna izquierda; después me preguntaron todo lo que había pasado; yo les conté todo y ellos me dijeron: «Dios quiera que todo resulte en su gloria y eterna alabanza», y se retiraron. Y allí estaba yo encadenada, sin poder cuidar de mi niño, así que pedí

que se me llevara a la otra habitación, donde podía cuidar de mi hijo. Mi marido trajo entonces un enorme y cuadrado leño de roble y me lo puso en la pierna, de modo que lo tenía que llevar conmigo a todos los lugares de la casa adonde fuera. Varias semanas tuve que llevar conmigo ese gran y pesado leño, hasta que ya no pude seguir más en casa y llevé el leño con la cadena en la mano hasta la puerta de la ciudad; entonces me encerraron, llevaron el leño a casa y me encadenaron a la pata de la cama, de modo que ya no podía caminar, y me sacaron un azulejo del horno para que pudiera cocerle a mi hijo la papilla en la habitación. Mi gran sufrimiento comenzó: ya Dios había hablado de que tenía previsto algo grande para mí, pero que iba a ser muy difícil. Es maravilloso de oír y de creer cómo el Señor me preparaba para sufrir y para llevar la pesada carga, cómo me obligó a obedecer, a hacer la voluntad del Supremo... Precisamente sobre esto tuve la siguiente visión: oí cómo sonaba en la ciudad la campana de los pecadores, el mercado estaba lleno de gente, y se llevaba al pobre pecador por la ciudad con la cabeza descubierta y se quería doblar la vara de la justicia sobre él para que fuera ajusticiado; entonces llegué yo y me apiadé del pobre pecador y caí de rodillas y dije: ¡Ah, Señor, apiádate del pobre pecador, perdónale sus pecados y vuelve a concederle tu gracia...!

¡Ay, Señor Jesús, vuelve a apiadarte de nosotros!, nadie cree que te enojas tanto, ¿y quién teme que caiga tu desgracia sobre nosotros? Señor, tu servidora llora, tu servidora reza; día y noche me preocupo por aquellos que me has dado, pues todos han sido arrojados en la torre de los culpables; tú, juez justo, Jesucristo, has llenado por completo la vara con las muescas de nuestros pecados, no hay pago ninguno, ni letra ni compensación alguna de la gran deuda; pues el pueblo está por completo entregado a la fornicación. Así y de una manera semejante recé por el pueblo,

pues vi en la visión a un hospedero que entraba en su local con una vara llena de muescas, y en torno a la mesa y a los bancos se sentaban y se tumbaban hombres completamente borrachos; unos dormían, otros estaban despiertos, y el hospedero exigía el pago; y aunque se disculparon diciendo que no tenían nada, él les instaba a pagar o los arrojaría en un calabozo; y los hombres no tenían ni sombreros ni chaquetas, ni tampoco zapatos en sus pies; y yo me apiadé de esos pobres y le dije al hospedero que yo pagaría por ellos, tan sólo que tuviera algo de paciencia con esas personas; se dio por satisfecho. El hospedero es Jesucristo, los huéspedes son el pueblo luterano, mi ruego, ahora, oración escrita.

Por último, vi la ciudad como una mujer alta y preñada, a la cual había llegado el momento de alumbrar, y todas sus nodrizas se sentaban a su alrededor, y no podían lograr que diera a luz, por lo que madre e hijo iban a morir y a perderse por la eternidad. Yo pensé que no podía dejar que esa mujer se perdiera con su hijo, y me puse a ayudarla y logré que tuviera a un niño, que yo llevé a Dios. Tuve que sufrir tales dolores como la mujer en el parto, con grandes gritos; bendito y alabado sea Dios, que me ayudó a superarlo; me costó mi propia sangre; ese nacimiento no es más que la pasión y muerte del Hijo de Dios, pues yo he de igualarme a su imagen. Me fueron impuestos las burlas y el juicio, el martirio y el dolor. Ansbach se enfureció conmigo, ellos no saben lo que hacen, están ebrios, así los encontré en la hostería del mundo. Este niño, sin embargo, es todas las almas unidas de los seres humanos de la ciudad entera presentadas a mí en la forma de un niño que ha tenido que nacer arriba del corazón, y no como un niño de carne y hueso, de abajo, de la madre; éste tuvo que venir del corazón y tuvo que hacer el amargo trabajo de presionarme la sangre en la parte derecha, y un ángel, que estaba conmigo en la visión, dijo, cuando yo me asusté por ello, que pronto mejoraría todo.

Mi hija, que había concebido como una cría perdida de la simiente de mi marido, y el niño de la mujer embarazada son uno; por ella estuve veintiséis semanas encadenada, hasta que los llevé a los dos a Dios, y por eso yo recé con más fervor por las otras almas de los hombres, pues así me lo comunicó el niño, que mi propia hija no sería inscrita en el libro de la vida hasta que yo lo hubiera superado y me hubiese reconciliado. Entonces descendieron dos ángeles del cielo, escribieron en la cuna de mi hija, y como yo les preguntara qué hacían, me respondieron que ellos hacían lo que querían, pero que así mi hija y el niño serían inscritos otra vez en el libro de la vida. Éstos son el principio y el fin del Testamento; como yo había alumbrado al niño, el dragón, el demonio, se enojó conmigo y me arrojó un enorme chorro de agua desde las nubes y me quería ahogar, pero la tierra se abrió y se tragó la corriente de agua; yo me metí entonces en la zanja que se había tragado toda esa agua y miré cuán profunda era, y sólo me llegaba hasta la mitad del cuerpo; a continuación tuve que huir del dragón, y cuando yo miraba por la ventana me mostró muchas plumas y alas enteras, y varios hombres de Wedelsheim estaban con él y me decían: ven con nosotros; yo cogí un cuchillo y partí en dos las cadenas de hierro y hui hacia Wedelsheim, a cinco millas de Ansbach. Si no hubiera alumbrado al niño de la mujer, ningún ser humano alcanzaría ya la bienaventuranza; la salvación anterior ha llegado a su final, pues el niño es todos los seres humanos al mismo tiempo, tantos miles unidos en uno solo, en un niño. Alégrate, hija de Sion, Ansbach, por haber alumbrado a tu hijo y no haber sufrido dolores; yo piso aquí sola las uvas del lagar y nadie está conmigo...

Ved una cosa más: que con gran aflicción me di cuenta de que aún estaba encadenada a mi cruz. En el palacio había una boda y mi marido tenía que servir a los huéspedes,

por eso me trajo a casa buena comida, yo debía comerla; y después de haber comido tenía que plegarme a la voluntad de mi marido, él me sometió y yo no podía escapar por las cadenas. Una vez más fui expulsada del cielo por haber obedecido la voluntad del marido; yo no sabía que no me estaba permitido conocer a ningún hombre. ¡Oh, corazón mío, lo que tuve que sufrir dos días y dos noches por haber sido repudiada por Dios! En una visión vinieron a verme los señores del ayuntamiento, me pusieron un destornillador en mis dedos y los horadaron preguntando por qué había yacido con el marido. Que no debía volverlo a hacer. Y yo grité con todas mis fuerzas que no sabía que ya no podía conocer a ningún hombre, y ellos me ataron los pies y las manos como si fuera una malhechora. Yo no dejé de rezar y gritar, de llorar y clamar, durante dos días y dos noches, hasta que volví a ser acogida por el Padre y el Hijo... Al poco de esa aflicción, Dios despertó la naturaleza en mí y tuve deseos de unirme en amor matrimonial con el marido; y el marido se me apareció como si yo bromeara con él; y miré a mi jardín y vi crecer un árbol bello y joven que me dio mucha alegría. Ésta es la interpretación: que yo en la misma noche me quedé embarazada con la simiente de mi propio cuerpo y que debía criar al niño en el temor del Señor, como un árbol joven y bello que crece en mi jardín, que gusta a todos, y eso es lo que ha ocurrido. Así como de la simiente del marido alumbré una hija, que no tenía ninguna bienaventuranza en el cielo junto con el niño de la mujer embarazada, que era el final del testamento, y como yo alumbré una hija de la simiente de mi cuerpo, que debía crecer con el temor de Dios como un árbol joven, es bienaventurada y santa en la madre, y significa una simiente materna. Mi simiente es santa y bienaventurada, pero la simiente del hombre se habría perdido si no le hubiera ayudado y le hubiera reconciliado.

Poco después del nacimiento del niño vino a mí el Hijo de Dios y me habló en la ventana, diciéndome que le diera un vaso de agua; cuando le di el agua a través de la ventana, transformó el agua en vino y bebió; entonces noté que el agua se había vuelto vino, y yo le seguí dando por la ventana, y él volvió a hacer lo mismo y yo bebí también; el vino era ahora aún mejor, y cuando terminaba de beber, volvía a llenarlo del todo. Entonces reconocí que era el Hijo de Dios y se me abrieron los ojos, y yo le dije: «¡Oh, Señor Jesús, tú me has dado este signo!». El Hijo de Dios me dijo que me daría más signos, no lo calles. Yo dije: «¡Oh, Señor, como tú me has dado el signo, se lo quiero llevar al párroco de la ciudad, tal vez así me crea mejor!». Y yo seguí hablando con él y dije: «Señor, ¿qué he de hacer con el pueblo? No quiere creer que tú me has enviado a él». El Señor dijo: «Ellos me persiguen, me persiguen lo que pueden». Yo dije: «Señor, ¿adónde vas?, ¿en qué te he de reconocer para estar cierta de que no estoy siendo seducida, ya que Satán puede adoptar muchas formas?». De pronto él estaba conmigo en la estancia y yo le contemplé; tenía el aspecto de un campesino, con un sombrero elevado, una chaqueta rústica, zapatos bajos en sus pies, palabras amables, rostro agraciado. Mi espíritu se alegró viéndolo, pero él desapareció y ya no lo volví a ver más...

Tuve otra visión en la que era como si en mi boda fuera con mis invitados a la sala de baile, y un forastero venía a mi boda en la sala de baile y decía en voz alta en la sala: ¿dónde está la que tan bien sabe bailar? Y yo pensé que yo sabía muy bien que se trataba de mí, que cuando me viera ante las demás, no tomaría a ninguna otra; después de haber dado una vuelta entre los invitados, me tomó de la mano y bailó conmigo; después desapareció ante nuestros ojos; yo sé con certeza que Jesucristo vino a mi boda para verme, que por amor a mí preguntó ante todos los invitados a la boda quién

era la que sabía bailar tan bien; pues en mis años mozos tuve esa fama entre las demás jóvenes, y después de haber vivido diez años en el matrimonio vino mi tesoro celestial y esposo y se unió conmigo.

Hemme Hayen (segunda mitad del siglo xvii)

De su vida contada por él mismo y fielmente trascrita por sus amigos el 10 de mayo de 1689

Cuando se aproximaba el tiempo de mi iluminación, toda nuestra servidumbre se veía abrumada con aflicciones externas. Por entonces me decía a mí mismo con frecuencia: cuando Dios nos aflige, piensa en nosotros... Pero en especial nuestra casa se encontraba afectada por enfermedades graves precisamente en la semana en que Dios me reveló su gracia... Ocurrió que mi hijo se torció el tobillo. Por ello el sábado mandé a alguien para que trajera a un hombre de los menonitas de Oldenborg, un pueblo próximo a Opgant, con objeto de que viera el pie de mi hijo y al mismo tiempo poder hablar con él de su religión. Pero cuando él vino el domingo por la mañana a Opgant, Dios ya me había visitado milagrosamente con su luz salvadora. Pues en la mañana del 4 de febrero de 1666, poco antes de amanecer, fui despertado por la fuerza de esta luz, y mis pensamientos recayeron en determinados pasajes de las Escrituras que de inmediato entendí en su sentido espiritual, y tuve en ellos una visión profunda, como nunca me había ocurrido hasta entonces. Pensé en otras palabras de las Sagradas Escrituras y también las entendí enseguida con gran claridad. Allá donde recaían mis sentidos, comprendía inmediatamente, de manera espiritual, y recibía una dulzura sobrenatural, por completo inexpresable y sumamente sobrehumana y celestial, así como una comunión con el ser universal, de modo que mediante la abundancia de

esa alegría grité y no pude contenerme de seguir gritando. Entonces sacudí a mi mujer y le dije alegre como estaba: «Niña, ¿estás despierta?». Pero ella se asombró de que yo hablara con tal alegría y dijo: «Sí, estoy despierta y te oigo. ¿Qué quieres que haga?». «Nuestro amado Señor me da lo que por tanto tiempo le he rogado.» Ella no se alegró menos que yo al oírlo y dijo complacida: «Ah, ¿lo has recibido? Eso está bien. ¿Pero por qué gritas así?». Yo respondí: «Grito de pura alegría». Permanecí todo el tiempo sin cesar de gritar y la alegría era tan indeciblemente grande que no podía dejar de lanzar gritos.

Cuando esto hubo durado un tiempo, comenzó a ceder un poco, de modo que me levanté y me vestí, lo que antes no podía haber hecho debido al gran esplendor de esa gracia. Entretanto, llegó el menonita de Oldenborg, vio el pie de mi hijo, lo vendó y, como ya era mediodía, se quedó a almorzar con nosotros. Después de comer le acompañé un trecho del camino a su casa y entramos en una conversación sobre Jakob Böhme, pues ese hombre iluminado estaba mucho en mis pensamientos. Luego me preguntó con una expresión muy habitual entre esa gente: «¿Ha sido Jakob Böhme uno de los nuestros?». Se refería a si había sido de su religión. Me enojó y me entristeció mucho que sólo quisiera vincular la beatitud a su comunidad. La luz también se ocultó a mí durante ese tiempo en el que hablamos; pero aún quedó algún rescoldo. Después de despedirnos regresé a casa y no sabía si iba a suceder algo más, pero la labor interna fue tan fuerte que no pude salir al camino en tres días. Durante esos días, principalmente el lunes y el martes, estuve muy inquieto. Ora me sentaba un rato, ora caminaba de un lado a otro de la casa, y era como una mujer embarazada que iba a alumbrar. Era como un dolor y, no obstante, se podría calificar más como una dulzura que como un dolor, pues en ello no intervenía ningún disgusto, sino una sensación

agradable extraña, enteramente sobrenatural. Mi cuerpo estaba, por entonces, tan repleto internamente de ella que podía sentir con claridad el movimiento.

El domingo por la noche me fui a la cama y dormí sin despertarme. El lunes me levanté pronto y dejé el día libre de compromisos. Y cuando estaba más espabilado, leí en el libro de Isaías desde el capítulo 55 al 61. Lo comprendí todo en su sentido más profundo y vi muy claramente cómo el espíritu divino no sólo hablaba ahí de la venida de Cristo a la carne, sino principalmente de su venida al espíritu. Pues por entonces me sucedía, como dice Pablo, que ya no conocía a nadie por la carne. Más aún, lo que leía parecía de inmediato claro y luminoso a mi ánimo, y pensé para mí mismo: ¿estaba antes tan ciego que no podía ver esto? Después hubo un periodo en el que no pude leer más porque mi trabajo interior era tan grande que lo impedía; lo intenté, pero en vano.

Esta gracia, cuanto más duró, más grande se hizo. Se revelaba especialmente fuerte el martes en un sabor muy agradable o, mejor dicho, en una dulzura inefable, como no puede serlo ninguna cosa en la tierra. En la noche del lunes al martes y en la del martes al miércoles no podía dormir nada; lo mismo ocurrió en las tres noches consecutivas; tampoco en la noche del sábado al domingo pude apenas dormir algo. A veces tenía algunos gratos momentos y alivios, pero no pueden recibir el nombre de sueño. Mi ánimo exaltado me impedía dormir.

Pero he de continuar contando lo que he pasado por alto. Cuando el miércoles por la mañana ya había concluido el trabajo pesado por esa vez, me fui de nuevo, a eso de las ocho o las nueve, a Marienhofen, a visitar al predicador Benjamín Potinius. Con él sólo estaba su hermano, el predicador de Dornum, que me impidió hablar directamente con él, de modo que estuve sentado un rato junto al fuego,

acompañándolos, aunque enojado, pues yo deseaba hablar a solas con el predicador y contarle lo que me había ocurrido. Aconteció entonces que el hijito del predicador, un niño de unos tres años, me pidió una manzana, pues estaba acostumbrado a que le trajera algo cuando venía; pero esta vez se me había olvidado, al estar mis ánimos tan ocupados. El padre se levantó y se fue al despacho a coger una manzana para que yo se la diera al niño. Le seguí de inmediato a su despacho y le dije con mucha alegría y fervor, pues no podía contenerme: «¡Predicador! Ahora el Señor me ha hecho la gracia que le he pedido durante tanto tiempo!». Él dijo: «¿Y cómo es así, Hemme Hayen?». Yo dije: «Porque ahora sé y comprendo cómo una persona puede llegar a Dios y que no depende de las sectas, sino únicamente de buscar a Dios con el corazón. Y en lo que respecta al reino de los mil años, sobre el cual estuvimos hablando últimamente, cuando me asombraba de que hubiera esas opiniones en la cristiandad, ya que no sabía nada, he descubierto que es un periodo que transcurre con o por debajo del otro tiempo, pero que sólo es percibido y conocido por aquellos a los que Dios concede su gracia. Y ahora he visto que son muchas las personas que viven, verdadera y esencialmente, éste, el más bienaventurado de los tiempos». Cuando el predicador escuchó esto, se emocionó tanto que le comenzaron a rodar las lágrimas por las mejillas. Me puse también a gritar con él, en realidad casi nunca podía dejar de gritar, sólo cuando me contenía con fuerza al estar en presencia de otros. Nos secamos nuestras lágrimas y volvimos a la cocina con el otro predicador, junto al fuego. Como era mediodía, el predicador me invitó a almorzar con él, lo que hice. Pero desde ese día no comí nada en los nueve días y nueve noches que siguieron, sólo de vez en cuando bebí algo para refrescarme, pues sed sí que tenía de vez en cuando. Esa sed me parecía indicar la sed de justicia que había en mí. Por ello dije a mi servidum-

bre: «Vosotros tenéis que tener esta misma sed de justicia». Pero en lo que respecta a la comida, para mí era durante ese tiempo demasiado grosera.

Mientras me sentaba con el predicador a la mesa, los dos maestros hablaban sobre diversos pasajes de las Escrituras. Eso me pareció extraño y me dije a mí mismo: ¿cómo es eso? Es completamente al contrario, y esos pasajes son tan claros. ¿Cómo es posible que no puedan entenderlos?

Terminado el almuerzo, me fui a casa y disfruté continuamente la dulce compañía de Dios. Al día siguiente, era jueves, se me ocurrió comunicar esa buena nueva a mi hermana, que vivía en Engerhofen, a una hora al sur de Opgant... Cuando entré, la vi junto al hogar y hacía labores. Lo primero que le dije fue: «¡Hermana, estoy en el cielo!». La alegría que sentía era tan grande que rompí a hablar y no podía contenerme... Mantuvimos conversaciones encantadoras y por la noche regresé a casa y mi hermana me acompañó un trecho del camino. Le dije: «Hay un periodo por delante en el que ha de ocurrirme algo especial». Pero yo mismo no sabía ni qué, ni cómo ni cuándo había de ocurrir. Simplemente lo sentía así agitarse en mi ánimo, y a veces emitía las palabras sin haber pensado...

Me fui a casa, eufórico por las alegrías e interiormente inspirado y pletórico sobre toda medida, hasta tal punto que creía iba a desvanecerme por tanto esplendor. Pues el cuerpo era demasiado débil para soportar ese brillo. Yo me dije: «¡Señor, no más, o reventaré!». Y así seguí caminando hasta casa envuelto en esa dulzura. Por entonces alcancé el punto máximo, y por mi debilidad física no habría podido ir más allá.

Después de esto, me quedé en casa durante un tiempo, pero ya no sentí que me fuera a reventar. En su lugar, me quedé en casa durante un tiempo, pero ya no sentí que me fuera a reventar. En su lugar, me quedé en casa durante un tiempo, pero ya no sentí que me fuera a reventar.

luz como un cristal. Mi ánimo volvió a alegrarse al verlo. Pero yo dudaba si eso era algo especial o habitual y fui a la ventana a ver si podía ser causado por la luna. Pero, como creía recordar, la luna no había aparecido. Así que regresé de nuevo y lo contemplé con gran asombro y en mi interior se me dijo claramente: «Ésa es una partícula de la nueva tierra». Después de haberlo rodeado varias veces y haberlo contemplado a mi sabor, volvió a desaparecer de mi vista.

He aquí que estas cosas y las anteriores despertaron en mí asombro tras asombro. Consideré las grandes cosas y comparé mi pequeñez con ellas. Después me fui a la cama. En una de esas noches, no recuerdo en cuál, recibí una sensibilidad muy delicada en los sentidos externos. La vista se puso muy clara y el oído tan sutil que el sonido que oía superó, incomparablemente, todas las melodías terrenales y demostró suficientemente que era celestial... Todo era celestial y tan perfecto que era imposible contar cómo había ocurrido. Sólo puede entenderlo quien lo ha experimentado por sí mismo.

Al día siguiente, la mañana del viernes, en cuanto amaneció, le dije a mi mujer: «Levántate y haz un gran fuego. Pues se me ha mostrado que hoy ha de ocurrir algo maravilloso». En realidad, no sabía qué podía ser; pero el espíritu me había anunciado que algo iba a producirse. Mi mujer se levantó y lo hizo. Yo me levanté también, me vestí y me senté junto al fuego. Y en ese instante comenzó un diálogo en mí, como el que se mantiene entre un padre y un hijo, que duró tres horas, el cual fue muy claro y con suficiente potencia vocal, y todo lo tuve que pronunciar y responder con mi lengua natural. Mi servidumbre, que estaba allí, no oía el lenguaje divino, aunque acontecía en mí con gran fuerza y distinción, y por ello tenía que repetirlo. Este diálogo siguió sin reflexión alguna de una manera tan animada y fluida que es imposible expresarlo, concebirlo o creerlo. En la to-

nalidad era también diferente, diferente la voz del padre a la del hijo. El inicio se produjo con suavidad y de manera interna, fue después cuando se tornó vocal.

... El hijo, esto es, el hombre nuevo que renació en mí, dijo: «Padre, ¿juegas así con tus hijos? ¿Estás tan próximo a nosotros? ¿Cómo es que estuviste antes tan lejos?». El padre respondió: «Siempre he estado contigo. Pero ¿qué piensas de estas cosas?». Entonces dije yo: «Señor, tú lo sabes. Y yo confío en que tú solo eres el que eres esto y el que haces esto, y ningún otro».

Anna Katharina Emmerich (1774-1824)

El ángel me llama y me guía de un lugar a otro. Viajo con él muy a menudo. Me lleva con personas que yo conozco o que he visto alguna vez, pero también con aquellas que me son completamente desconocidas. Me lleva incluso a través del mar, pero eso es tan rápido como un pensamiento, ¡y entonces veo tan lejos, tan lejos! Él fue quien me llevó a ver a la reina de Francia en su prisión. Cuando viene a mí para conducirme a algún viaje, al principio veo, la mayoría de las veces, un resplandor y a continuación aparece de repente una figura luminosa en la oscuridad nocturna, como cuando por la noche se enciende súbitamente una linterna. Cuando viajamos, por encima de nosotros es de noche; sobre la tierra, sin embargo, se extiende un centelleo. Viajamos desde aquí por regiones conocidas a otras cada vez más lejanas, y tengo la sensación de distancias prodigiosas. Ora vamos por caminos rectos, ora a través de campos, montañas, ríos y mares. He de recorrer todo el camino a pie, a menudo escalar montañas con esfuerzo. Mis rodillas duelen entonces por la fatiga, mis pies arden, ya que siempre voy descalza. Mi guía flota ora por delante, ora a mi lado. Nunca veo que mueva los pies. Es muy callado y no se mueve mucho, tan

sólo acompaña sus breves respuestas con la mano o con la inclinación de la cabeza. Es transparente y brillante, a menudo muy serio, a menudo de una seriedad mezclada con amor. Su pelo es liso, está suelto y brilla. Lleva la cabeza descubierta y viste una sotana sacerdotal larga con brillos dorados. Hablo con él con mucha osadía, pero no puedo mirarle directamente a la cara al hallarme muy inclinada ante él. Es él quien me da todas las instrucciones. No me atrevo a preguntarle mucho; me lo impide mi estado de bienaventurada satisfacción cuando estoy con él. En sus palabras, él es siempre muy corto. También le veo cuando estoy despierta. Cuando rezo por otros y él no está conmigo, le llamo para que vaya al ángel de otro. Con frecuencia también digo, cuando él está conmigo, ahora me quedaré, ¡ve tú allí y allá y consuella! Y le veo emprender ese camino. Llego a un gran río y no sé cómo atravesarlo, de repente estoy en la otra orilla y miro asombrada hacia atrás.

No sabía nada de mí, sólo pensaba en Jesús y en mis votos sagrados. Mis hermanas no me entendían. No podía explicarles mi estado. Estaba en el medio de todo. No obstante, Dios había ocultado a ellas aún muchas gracias que me concedió, de otro modo habrían desesperado de mí. Con todos los sufrimientos y los dolores nunca he tenido tal riqueza en mi interior. Estaba felicísima. En mi celda tenía una silla sin asiento y otra sin respaldo, sin embargo, estaba tan llena y espléndida que a menudo me parecía que en ella brillaba el cielo entero. Pero cuando alguna vez por la noche, en mi celda, arrebatada por el amor y la misericordia del Señor, prorrumplía en palabras ebrias y confiadas hacia él, como lo había hecho desde la infancia, y alguien me había estado acechando, me culpaban de gran osadía y temeridad hacia Dios, y como una vez replicara involuntariamente que me parecía una mayor temeridad recibir el cuerpo del Señor sin haber hablado con él de esa manera tan confiada, ¡ay,

entonces fui muy denostada! Con todo, yo vivía con Dios y todas sus criaturas en beatífica paz. Cuando trabajaba en el jardín, los pájaros venían a mí, se posaban en mi cabeza y en mis hombros y juntos alabábamos a Dios. Siempre veía a mi ángel de la guarda a mi lado, y por mucho que el enemigo maligno me acosara, más aún, me maltratara con tormentos, golpes y empujones, no podía causarme mucho daño, pues siempre tenía ayuda y protección y avisos previos. Mi anhelo del santo sacramento era tan irresistible que a menudo por la noche, mientras dormía, me sentía atraído por él y abandonaba mi celda, y en la iglesia, cuando estaba abierta, o ante la puerta cerrada de la iglesia, o junto al mismo muro de la iglesia, incluso durante el invierno más severo, me arrodillaba o yacía rígida con los brazos extendidos, hasta que me encontraba así el sacerdote del convento, que en su misericordia venía antes para darme la sagrada comunión. Pero cuando él se aproximaba y abría la iglesia, yo despertaba y me apresuraba a llegar al comulgatorio y encontrar a mi Señor y Dios. En mis deberes como sacristán mi alma era a menudo como arrebatada, y yo escalaba, ascendía y me encontraba en la iglesia en lugares elevados, en ventanas ciegas, en saledizos y esculturas, donde parecía imposible llegar a un ser humano. Allí lo limpiaba y adornaba todo. Siempre me parecía como si a mi alrededor hubiese seres y espíritus bondadosos que me mantenían arriba y me ayudaban. No me sentía mal por ello, estaba acostumbrada desde niña, nunca estaba mucho tiempo sola. Lo hacíamos todo juntos con tal agrado. Sólo entre algunas personas me encontraba tan sola que tenía que llorar como un niño que quiere irse a su casa.

Veía infinitas cosas imposibles de expresar. ¿Quién puede decir con la lengua lo que ve de otra manera que con los ojos?...

No lo veo con los ojos, sino que me parece como si lo viera con el corazón, en medio del pecho. Ahí me brota incluso el sudor. Al mismo tiempo veo con los ojos los objetos y las personas a mi alrededor; pero ellas no me conocen, no sé quiénes y qué son. Ahora estoy mirando mientras hablo... Desde unos días estoy continuamente entre un ver sensorial y sobrenatural. He de forzarme mucho; pues en plena conversación con otros de repente veo ante mí cosas e imágenes muy diferentes y oigo mis palabras como las de otro que habla con voz ronca y sofocada, como procedente del interior de un barril. También me parece como si estuviera ebria y pudiese caer. Mis palabras hacia los hablantes continúan en calma y a menudo con más vivacidad que de costumbre, sin que después sepa lo que he dicho, y, no obstante, hablo de manera coherente. He de mantenerme con esfuerzo en ese estado doble. Veo con los ojos lo presente, turbio como una persona adormecida que comienza a soñar. La segunda mirada quiere arrebatairme con violencia y es más clara que la natural; pero no se produce a través de los ojos.

Cuando una vez contó una visión, dejó su labor a un lado y dijo: he estado todo el día volando y viendo que ora veo al peregrino [Brentano], ora no lo veo. ¿No oye él cantar? Me parece como si estuviera en una bella pradera y como si se arquearan árboles sobre mí. Escucho un canto maravilloso, como si fuera de dulces voces infantiles. Me da la sensación de que el entorno próximo, real, es un sueño; en él aparece todo tan turbio, opaco e incoherente que más bien parece un sueño tosco en cuyos intervalos entreveo un mundo luminoso, enteramente comprensible y entendible hasta el más profundo origen y relación de todos los fenómenos, en el cual lo que es bueno y sagrado regocija aún más, pues cada uno conoce su camino desde Dios y en Dios, y en el cual todo lo malo e impío entristece más, pues uno conoce su camino del demonio y en el demonio y contra Dios y las

criaturas. Esta vida en la que no hay nada que nos importune, ni el tiempo, ni el espacio, ningún cuerpo, ningún sigilo, donde todo habla y todo reluce, parece tan perfecto y libre que la realidad ciega, tullida, balbuceante, parece como un sueño vacío en ella.

Con esta oración me tranquilicé y vi un rostro acercarse, penetrar en mi pecho, como si se fundiera conmigo. Y sentí como si mi alma en esa unión con el rostro se retrajera en sí misma y se tornara cada vez más pequeña, y mi cuerpo me pareció como un ser grande y torpe, grande como una casa. El rostro, la aparición en mí, era como triple, era increíblemente rica y variada y siempre era una. Se difundió (esto es, sus rayos, sus miradas) entre todos los coros, ángeles y santos. Sentí consuelo y alegría y pensé: ¿y ha de ser todo esto del enemigo maligno? Y mientras pensaba esto pasaron de nuevo por mi alma todas las imágenes claras y nítidas, como un desfile de nubes luminosas, y sentí que ahora estaban fuera de mí, a mi lado, en un círculo brillante. Sentí también que yo me había tornado más alta y mi cuerpo no me parecía tan torpe. Era como un mundo fuera de mí en cuyo interior podía mirar a través de una claraboya...

La manera en que se recibe, durante la visión, el mensaje de los espíritus beatíficos, es difícil de explicar. Todo lo que se dice es de una brevedad prodigiosa. Con una palabra aprendo más que de otro modo con treinta. Se ve el concepto de los hablantes, pero no se ve con los ojos y, no obstante, todo es más claro, más nítido que ahora. Se recibe con gran placer, como el aire fresco en un verano caluroso. Es algo que no se puede reproducir con palabras...

Todo lo que me dijo esa pobre alma era también breve, como en todas esas comunicaciones, pero la comprensión entraña más dificultad cuando el alma habla en el purgatorio; su voz tiene algo de sofocado, como si resonara a través de una cubierta que enturbia el sonido, o como si se hablara

desde un pozo o un barril. Al mismo tiempo, es más difícil de entender el sentido y he de prestar mucha más atención que cuando habla mi guía, o el Señor, o un santo; entonces es como si las palabras fluyeran a través de mí como una clara corriente de aire, y se ve y se sabe todo lo que dicen. Una palabra pone más en nuestra alma que todo un discurso...

El 25 de julio de 1821 Anna Katherina llamó al peregrino: «El peregrino carece de solemnidad y por temor reza todo en confusión y con harta brevedad. A menudo veo cómo corren a través de su cabeza toda índole de malos pensamientos; ¡parecen animales de lo más extraños y repugnantes! Él no los captura ni los expulsa con rapidez; es como si estuviera acostumbrado a ellos. Corren a través de él como por un camino pavimentado». El peregrino observó al respecto: «¡Esto es, desgraciadamente, muy cierto!».

Veo brotar de la boca de la orante una línea de palabras como un rayo de fuego y ascender penetrando en Dios. Veo y reconozco en las palabras la letra de la orante y leo algo de lo escrito. La escritura es diferente en cada persona. En la corriente misma algunas cosas se vuelven más llameantes, otras más pálidas, ora más vastas, ora más impetuosas y estrechas. En suma, es como cuando se escribe.

APÉNDICE

Del Mahābhārata

Pero ahora os anunciaré ese beatífico giro hacia el interior que trae consigo una existencia oculta que se produce en el centro de todos los seres a través de medios suaves o bruscos.

Esa actitud por la cual la virtud ya no cuenta como virtud, que está libre de dependencias, es solitaria y está libre de diferencias, esa actitud que se disuelve por completo en el brahmán es a lo que se denomina felicidad dirigida al lugar solitario.

Aquel que, como un hombre sabio, repliega en sí mismo los deseos de todas las direcciones como la tortuga sus miembros, ese hombre desapasionado y libre en todos los sentidos, es constantemente feliz; al hacer retroceder los deseos en su interior, al destruir la sed, al quedar absorto y al ser amigable y bienintencionado con todos los animales se hace apto para ser brahmán.

Mediante la represión de todos los órganos sensoriales que se afanan por cosas, se enciende en el muni [eremita, el que guarda silencio], al evitar las moradas de los hombres, el fuego de su propio sí mismo.

Así como el fuego alimentado con leña brilla con un gran resplandor, del mismo modo con la represión de los órganos sensoriales resplandece el gran atman [sí mismo].

Cuando uno contempla todos los seres en su propio corazón con un sí mismo calmado, se sirve a sí mismo como luz y desde lo oculto alcanza lo más oculto de todo.

Su visibilidad es fuego, lo que fluye en él es agua, su carácter palpable es viento, su vil portador de suciedad es tierra y su carácter auditivo es éter; está repleto de enfermedad y sufrimiento, está rodeado de las cuatro puertas fluviales [los cinco sentidos], entretejido con los cinco elementos, con nueve puertas, habitado por dos dioses [el alma suprema y el alma individual], sucio, inaparente, constituido por tres gunas [guna: cualidad], por tres materiales básicos [mucosa, bilis, viento], adicto al tacto y lleno de necedad: ése es el cuerpo, de eso no cabe duda.

Difícil de manejar por todas partes en este mundo y teniendo la inteligencia como apoyo, el cuerpo rueda solo por el mundo en el carro del tiempo.

Este océano vasto, terrible, insondable, que aquí se llama ilusión, se ha de suprimir, se ha de destruir para despertar en el interior el mundo inmortal.

Deseo, ira, miedo, codicia, perfidia y falsedad, de todo esto se despoja mediante el sometimiento de los órganos sensoriales, aunque es difícil desprenderse de ellos.

Quien ha superado en el mundo estos órganos constituidos por tres gunas, los cinco elementos, su morada está en el cielo y se le concederá la infinitud.

El río que tiene los cinco sentidos como una gran orilla y el impulso del mana como poderosa corriente y que desemboca en el mar de la ilusión, se ha de atravesar a nado y superar ambas cosas: el deseo y la ira.

Entonces, libre de toda fragilidad, uno contempla esa cosa suprema, encerrando su mana [aquí: voluntad] en el propio mana y contemplando el sí mismo en su sí mismo. Omnisciente en todos los seres, encuentra el sí mismo en su

sí mismo al transformarse en uno o en muchos, ora aquí, ora allí.

Luego ve a través de las formas, al igual que con una antorcha se encienden cien antorchas, entonces él es Vishnu y Mitra, Varuna, Agni y Prajapati [los dioses]; entonces es creador y ordena, el Señor, el omnipresente, luego irradiará como el corazón de todas las criaturas, como el gran atman; después huestes de brahmanes, dioses, demonios, semidioses, monstruos, duendes y pájaros, huestes de enanos, de fantasmas y todos los grandes sabios le cantarán himnos de alabanza.

Palabras de Lao-Tsê y sus discípulos (siglos VI y V a. de C.)

Del libro de Wen-tse

Quien penetra la gran armonía universal se mantiene retraído como alguien que está ebrio con un vino noble y se acuesta con sentimientos joviales. Él se mueve en esa inconmensurable armonía como si nunca hubiese salido del suelo de la creación de los seres. A esto se le llama la gran penetración.

Ésta es la acción del hombre santo. Se mueve hacia el perfecto vacío. Lleva su corazón hacia el no incondicional. Sale de todo espacio. Toma su camino donde no hay ninguna puerta. Oye lo que no tiene ningún sonido. Ve lo que no tiene ninguna forma. No queda adherido al tiempo. No tiene comunidad alguna con los no iniciados. Así mueve el mundo.

De los libros de Chuang-tzu

Los hombres de suprema espiritualidad ascienden a la luz, y lo corpóreo desaparece. A esto lo llamamos ser luminoso y celestial. Llevan al máximo las fuerzas de las que están dotados y no dejan una única cualidad sin agotar. Su alegría es la del cielo y de la tierra, y los vínculos de las cosas

se funden, se extinguen; todas las cosas regresan al ser propio. A esto es a lo que se llama la oscuridad del caos.

Después de tres días se disoció de lo terrenal.

Después de siete días se desprendió de todas las cosas.

Después de nueve días salió de su ser.

Después, su espíritu se volvió radiante como la aurora, y él contempló el ser, su yo, cara a cara.

Una vez que contempló, dejó de tener pasado y presente.

Entró en el reino en el que no hay ni muerte ni vida, donde se puede matar la vida sin hacer morir y generar sin hacer vida, donde no hay nada sin su consumación.

Tse-chi, de Nan-kuo, se sentaba apoyado en una mesa. Miró al cielo, respiró ligeramente y pareció estar en trance, como si el cuerpo y el alma se hubiesen separado. Yen Cheng Tse-yu, que estaba ante él, exclamó: «¿Qué te ocurre, que tu cuerpo se ha convertido en un árbol delgado y tu mente como en ceniza muerta? En verdad, el hombre que ahora se apoya en la mesa no es el que estaba aquí antes». Tse-chi dijo: «Preguntas con razón, Yen. Yo mismo me había enterrado. ¿Pero cómo puedes tú entenderlo? Es posible que hayas oído la música del ser humano, pero no la música de la tierra. Es posible que hayas oído la música de la tierra, pero no la música del cielo».

Del libro de la pureza y del sosiego constantes

Aquél que se ha desprendido de sí mismo contempla en su interior su corazón desnudo, y este corazón no es su corazón. Contempla fuera su forma corporal, y esta forma no es su forma. Más lejos contempla sus objetos, y estas cosas no son sus cosas.

Del libro «La caverna con rayas rojas»

Lo llevo continuamente en mi espíritu: penetrando sin interrupción, suprime todas las distinciones entre la vida y la muerte y me hace uno con el cielo y la tierra. Cuando se olvida el ver, la luz se vuelve infinitamente rica. Cuando

se destruye el oído, el corazón se concentra en las profundidades eternas. Cuando se suspenden los sentidos de la percepción, el ser humano se torna capaz de apartarse de todas las tentaciones del mundo, puro, abierto e íntegro, en perfecta unión con el universo; vasto, sin límites, como una brisa vivificante, sin quedar sometido a ninguna distinción de la humanidad.

Del judaísmo jasídico

(Secta judía oriental, surgida en torno a mediados del siglo XVIII)

De un tzadikim⁵ se apoderaba el fervor cada vez que cuando recitaba la Escritura pronunciaba las palabras: «Y Dios dijo». Un sabio jasídico que contaba esto a sus discípulos añadió: «Pero yo creo también que cuando uno habla en la verdad y recibe en la verdad, una palabra basta para elevar y purificar el mundo entero».

Un tzadikim se encontraba al amanecer en la ventana y gritó temblando: «¡Hace apenas una hora era de noche y ahora es de día! ¡Dios hace que surja el día!». Y estaba lleno de miedo y su cuerpo entero temblaba. También dijo: «Toda criatura ha de avergonzarse ante el creador. Pues si fuera perfecta, como estaba destinado a serlo, debería asombrarse y despertar e inflamarse por la renovación de la criatura en todo tiempo e instante».

Se cuenta de un maestro que en las horas de éxtasis tenía que mirar la hora para mantenerse en este mundo; y de otro, que se tenía que poner las gafas cuando quería mirar las cosas individuales, con objeto de someter su mirada

5. Tzadikim; justo, santo, nombre de un rabino jasídico que se consideraba un intermediario entre Dios y el hombre.

espiritual; de otro modo, veía todas las cosas individuales como una sola.

Cuando un discípulo se percató una vez del «enfriamiento» de un tzadikim y lo censuró, fue ilustrado por otro: «Hay una santidad muy elevada. Cuando se llega a ella, uno se desprende de todo el ser y ya no puede inflamarse».

Se cuenta de la danza de un tzadikim: su pie era ligero como el de un niño de 4 años. Y de todos los que veían su danza sagrada, no había ninguno que no hubiese regresado a su casa en sí mismo, pues inspiraba en el corazón de todos los que le veían ambas cosas, llanto y placer en uno.

Un tzadikim oraba en los «días terribles» [Año Nuevo y Día de la Expiación] y cantaba nuevas melodías, milagro de los milagros, que él nunca había oído y que ningún oído humano había oído jamás, y él no sabía qué cantaba ni cómo, pues estaba unido al mundo superior.

Se dice de un maestro que se comportó como un extranjero, según las palabras del rey David: «Soy un extranjero en esta tierra». Como un hombre que ha venido de otro país, de la ciudad de su nacimiento. Él no piensa en el honor ni en nada en su propio beneficio. Sólo piensa en regresar a la ciudad de su nacimiento. No puede poseer nada, pues él sabe: eso es ajeno y ha de regresar a casa.

Palabras de los tzadikim

Cuando una persona cumple toda la doctrina y todos los mandamientos, pero no ha conocido ni la dicha ni el ardor, cuando muere y pasa al otro lado, se le abre el paraíso, pero como no ha sentido la dicha en el mundo, tampoco siente el placer del paraíso.

El hombre ha de aprender el orgullo y no ser orgulloso, conocer la ira y no ser iracundo. El hombre es capaz de mortificarse con todas las bendiciones. Es capaz de mirar hacia cualquier lugar que quiere y sin perderse más allá de sus cuatro varas, escuchar palabras de broma y entristecer-

se. Y así ocurre que se sienta aquí y su corazón está arriba, él come y se complace en este mundo y goza la bendición espiritual del mundo.

El hombre es capaz de decir palabras vanidosas con su boca, y la ley del Señor está en su interior a esa hora; de rezar susurrando mientras su corazón grita en su pecho; sentarse en la compañía de personas y caminar con Dios, mezclándose con las criaturas y separado del mundo.

Quien desea mucho a una mujer y contempla su vestido multicolor, sus sentidos no ponen su mente en sus galas y en los colores, sino en el esplendor de la mujer deseada, que se envuelve en ellos. Pero los demás sólo ven los vestidos y nada más. Así, quien en verdad desea y recibe a Dios, en todas las cosas del mundo ve solamente la fuerza y el orgullo del creador del origen primordial que vive en las cosas. Pero quien no está a este nivel ve las cosas separadas de Dios.

Cuando al hombre se le hace digno de escuchar el canto de las hierbas, cómo cada hierba dirige su canto a Dios sin ninguna voluntad ni pensamiento ajenos, cuán dulce y bello es escuchar su canto. Y por eso está muy bien servir a Dios en medio de ellas, en paseos solitarios por el campo, entre plantas de la tierra, y verter sus palabras ante Dios en la verdad. Todas las palabras del campo se introducen entonces entre las tuyas e incrementan su fuerza. Cada vez que respiras, bebes el aire del paraíso, y cuando regresas a casa, el mundo aparece renovado a tu mirada.

Al igual que la mano puesta ante los ojos cubre la montaña más grande, así la pequeña vida terrenal impide ver los tremendos misterios y luces, de los cuales el mundo está lleno. Y quien puede quitar esta vida de delante de sus ojos, como se aparta una mano, ve el gran esplendor del interior del mundo.

La creación del cielo y de la tierra es el despliegue de algo desde la nada, el descenso de lo superior a lo inferior. Pero

los santos que se desprenden del ser y penden constantemente de Dios, ellos lo ven y lo captan en la verdad, como si fuera la nada antes de la creación. Hacen retroceder algo en la nada. Y esto es lo maravilloso: elevar lo inferior. Como está escrito en la Guemará: «Más grande es el último milagro que el primero».

De los escritos de Macario el Egipcio (301-391)

Cuando el alma pende del Señor, y el Señor, movido por la misericordia y el amor, va a ella y se aferra a ella, y la mente persiste continuamente en la gracia del Señor, entonces el alma y el Señor se vuelven un solo espíritu, una sola naturaleza y una mente. Y como el cuerpo de esta alma está en el suelo, su espíritu vive por completo en la Jerusalén celestial, asciende hasta el tercer cielo, se une allí al Señor y le sirve. Y él, que se sienta allí en el trono de la gloria y de la exaltación de la ciudad celestial, él está plenamente con ella en su cuerpo. Pues él ha establecido la imagen del alma en la ciudad celestial de los santos, en la Jerusalén superior; pero su propia imagen, su luz secreta y su divinidad las ha establecido en su cuerpo. Él la sirve en la ciudad del cuerpo, pero ella le sirve a él en la ciudad celestial. Ella le posee como su herencia en los cielos, y él, a su vez, la posee a ella como su herencia en la tierra. Pues el Señor se convierte en la herencia del alma y el alma en la herencia del Señor.

De los escritos atribuidos a Dioniso Areopagita

Del escrito sobre la teología mística

Por eso dice el divino Bartolomé que la sabiduría divina es al mismo tiempo variada y pequeña; y que si el Evangelio es amplio y copioso, es también conciso. A mi parecer, él se

ha referido a lo sobrenatural: a que la causa de todas las cosas es, a la vez, elocuente y silenciosa, a que no es ni racional ni inteligible, pues es supraesencial a todo ser. Se manifiesta en su verdad desvelada sólo a aquellos que trascienden toda culpa e inocencia, a los que superan las cimas de las montañas más santas y a los que se desprenden de todas las luces y de los sonidos divinos, así como de las palabras celestiales, y se abisman en las tinieblas, donde, como dice la Escritura, tiene realmente su morada el que está más allá de todo ser.

No en vano el divino Moisés recibió órdenes; en primer lugar, de purificarse, después de separarse de los no purificados. Acabada la purificación, oyó las trompetas de variados sonidos, vio muchas luces que arrojaban una gran diversidad de rayos puros; ya separado de la muchedumbre, y acompañado de los sacerdotes escogidos, llega a la altura de la cumbre divina. Después de todo esto, sin embargo, aún no se encuentra con Dios. No ve al invisible, sino el lugar donde él mora...

Entonces es cuando, habiéndose desprendido de todo cuanto ve y es visto, se abisma en las misteriosas tinieblas del no saber, la verdadera oscuridad mística donde se desprende de todas las contradicciones del conocimiento, y es recibido en lo que es por completo imposible de contemplar y concebir. Allí pertenece a aquel que está por encima de todo y que no pertenece a nadie, ni a sí mismo ni a otro; mediante la supresión de todo conocimiento está unido en el núcleo de su propio ser con lo completamente incognoscible, y al no conocer nada, conoce más allá del espíritu.

Del tratado «Hermana Katrei», atribuido a Meister Eckhart

Ahora llega la anteriormente mencionada hija a su venerable confesor y dice: «Señor, escuchadme, por el amor de

Dios». Él dijo: «¿De dónde vienes?». Ella dijo: «De tierras lejanas». Él dijo: «¿Quién eres tú?». Ella dijo: «¿No me reconocéis?». Él dijo: «Dios sabe que no». Ella dijo: «Eso es para mí un signo, que nunca os habéis reconocido a vos mismo». Él dijo: «Eso es cierto. Sé muy bien que si me conociera a mí mismo como debiera, de la manera más próxima, conocería todas las criaturas de la manera suprema». Ella dijo: «Eso es verdad. Pero dejemos esta conversación. Escuchadme, por el amor de Dios». Él dijo: «Encantado, comienza». La hija se confesó ante su venerable confesor como estaba en ella hacerlo, de modo que su alma se regocija. Él dijo: «Querida hija, regresa pronto a mí». Ella dijo: «Si Dios lo quiere, encantada». Él se fue con sus hermanos y dijo: «He escuchado a una persona, y no sé y dudo si es un ser humano o un ángel. Si es un ser humano, sabed que todas las facultades de su alma moran con los ángeles en el reino celestial, pues su alma ha recibido una naturaleza angélica. Ella conoce y ama más allá de todos los seres humanos de los que tengo noticia». Los hermanos dijeron: «Alabado sea Dios». El confesor busca a la hija en la iglesia, donde él sabe que está, y le pide por Dios que hable con él. Ella dijo: «¿No me reconocéis?». Él dijo: «Dios sabe que no». Ella dijo: «Entonces os lo diré por amor. Yo soy la pobre criatura que vos llevasteis a Dios». Ella le revela quién es. Él dijo: «Ay, pobre de mí, cuánto he de avergonzarme ante los ojos de Dios por haber tenido tanto tiempo la apariencia de la espiritualidad y haber encontrado tan poco del misterio divino». Él dijo: «Yo te ruego, hija querida, por el amor que tienes al Señor, que me reveles tu vida y los ejercicios que has practicado desde que te vi la última vez». Ella dijo: «De eso habría mucho que contar». Él dijo: «No puede ser mucho, lo escucharé todo encantado. Sabe que me han dicho de ti muchas cosas maravillosas». La hija comenzó a hablar y dijo al confesor: «No habéis de traicionarme nunca mientras viva». Él dijo:

«Te doy mi palabra de que nunca traicionaré tu confesión mientras vivas». Ella comenzó y le contó tales maravillas que para él resultó asombroso que alguien pudiera sufrir tanto. Ella dijo: «Señor, aún carezco de algo. He sufrido todo eso y he superado lo que mi alma ha deseado, sólo que no he sido acusada por motivo de mi fe». Él dijo: «A mí me bastaría con que mi alma tuviera la elevación que ha tenido la tuya». Ella dijo: «Mi alma tiene un continuo ascenso sin impedimento alguno, pero no tiene un lugar de permanencia. Sabed que la voluntad no me basta; si supiera qué más puedo hacer para ser confirmada en la eternidad constante». Él dijo: «¿Tienes tan gran deseo de ello?». Ella dijo: «Sí». Él dijo: «Tienes que despojarte de ese deseo si quieres recibir alguna vez esa confirmación». Ella dijo: «Lo haré encantada», y se situó en la desnudez. Dios la atrajo entonces hacia la luz divina, de modo que se imaginaba ser una con Dios y así lo estuvo mientras duró. Luego regresó a sí misma de golpe con una sensación divina extática y dijo: «No sé si hay alguna ayuda para mí». El confesor va hacia la hija y dijo: «Dime, ¿cómo te sientes ahora?». Ella dijo: «Me siento mal, para mí el cielo y la tierra son demasiado estrechos». Él le pidió que le dijera algo. Ella dijo: «Sé tan poco que os pueda decir». Él dijo: «Hazlo por el amor de Dios y dime algo. ¡Dime al menos una palabra!». Ella le habló a continuación de una manera tan maravillosa y profunda sobre la desnuda sensación de la verdad divina que él dijo: «Sabe que todo eso es ajeno a los seres humanos, y si yo no fuera un docto, que lo ha experimentado en la sabiduría divina, también me sería ajeno». Ella dijo: «Eso os lo tomo a mal, yo quisiera que lo hubierais encontrado con la vida». Él dijo: «Has de saber que he encontrado tanto de ello que me lo sé tan bien como leer la misa. Pero sabe que lamento no haberlo poseído con la vida». La hija dijo: «Ruega a Dios por mí, regresa a tu soledad y goza de Dios». Pero no pasó

mucho tiempo hasta que ella volvió a la puerta, pidió ver a su confesor y dijo: «Señor, alegraros conmigo, me he convertido en Dios». Él dijo: «Alabado sea Dios. Ahora vuelve a alejarte de los hombres y regresa a tu soledad: si sigues siendo Dios, me alegraré por ello». Ella obedeció al venerable confesor y se retiró a un rincón de la iglesia. Llegó tan lejos como para olvidar todo lo que ha adquirido un nombre y se alejó tanto de sí misma y de todas las cosas creadas que hubo que sacarla de la iglesia, yació durante tres días y se la tuvo por muerta con toda seguridad. El confesor dijo: «No creo que esté muerta». Sabed que si no hubiese sido por el confesor, la hubieran enterrado. Se intentó todo lo imaginable para averiguar si el alma aún estaba en el cuerpo; no se podía saber. Se decía: seguro que ha muerto. El confesor decía: «Seguro que no». Al tercer día la hija volvió en sí y dijo: «Ay, pobre de mí, ¿estoy de nuevo aquí?». El confesor estaba dispuesto y le dijo: «Déjame gozar la fidelidad divina y revélame qué has experimentado». Ella dijo: «Dios sabe que no puedo. Lo que he experimentado no lo puedo describir con palabras». Él dijo: «¿Tienes ahora todo lo que quieres?». Ella dijo: «Sí, se me ha confirmado».

Ella dijo: «Tenía todas las fuerzas de mi alma embridadas y domadas, de modo que cuando me veía, veía a Dios en mí y todo lo que Dios ha creado en el cielo y en la tierra. Esto os lo quiero contar mejor. Sabéis bien que quien está en Dios y en el espejo de la verdad juzga todo lo que ve de acuerdo con ese espejo, y eso son todas las cosas. Éste era mi ejercicio interno antes de recibir mi confirmación. ¿Habéis comprendido el sentido?». Él dijo: «Ha de ser necesariamente así. ¿Pero no es tu ejercicio ahora así?». Ella dijo: «No. No tengo nada que ver con los ángeles y los santos ni con todo aquello que ha sido creado. Más aún: no tengo nada que ver con aquello que haya devenido palabra». Él dijo: «Infórmame más sobre eso». Ella dijo: «Lo haré. He sido confirmada en

la divinidad desnuda, donde nunca ha existido ni la imagen ni la forma». Él dijo: «¿Eres constante en esto?». Ella dijo: «Sí». Él dijo: «Sabe que me complace escuchar esas palabras, querida hija, sigue hablando». Ella dijo: «Estoy donde estaba antes de ser creada, donde sólo está Dios en Dios. Aquí no hay ni cielo ni santos ni coros ni ángeles, ni esto ni lo otro. Algunos hablan de ocho cielos y nueve coros; eso no lo hay aquí, donde yo estoy. Debéis saber que todo lo que se pone en palabras y se presenta a la gente en imágenes no es más que un estímulo para Dios. Sabed que en Dios no hay nada salvo Dios. Sabed que ningún alma puede entrar en Dios a menos que antes se convierta en Dios como era Dios antes de ser creada».

Ella dijo: «Debéis saber que quien se dé por satisfecho con aquello que se puede expresar con palabras —Dios es una palabra, el reino celestial también es una palabra—, quien no quiere llegar más lejos con las facultades del alma, con conocimiento y amor, de lo que nunca logró con la palabra, ha de llamarse justamente un incrédulo. Lo que se expresa en palabras, eso lo entienden las facultades inferiores del alma. Pero con eso no se dan por satisfechas las facultades superiores; ellas penetran cada vez más, hasta que llegan al origen, de donde ha emanado el alma. Debéis saber que las facultades del alma no pueden entrar en el origen. Las nueve facultades del alma son todas siervas del poder anímico y ayudan al poder para llegar ante el origen y lo apartan de las cosas inferiores. Cuando el alma se encuentra en su propia majestad sobre todas las cosas creadas, ante el origen, el poder del alma penetra en el origen y todas las facultades del alma permanecen fuera. Esto debéis comprenderlo así. El alma de todas las cosas que tienen nombre está desnuda y sola. Así está ella, como única, en el Uno, de modo que tiene una progresión en la divinidad desnuda, al igual que el aceite en un paño sigue y sigue fluyendo hacia delante

hasta ocupar el paño entero. Así debéis saber: mientras el hombre bueno viva en el tiempo, su alma tiene un continuo progreso en la eternidad».

BIBLIOGRAFÍA

Para esta obra se han empleado las siguientes ediciones y traducciones:

-Baba Lal H. Wilson: *Sketch of the religious sects of the Hindus*, Calcuta, 1846 (también en *Asiatic Researches* XVII).

-Ramakrishna Max Müller: *Ramakrishna. His life and sayings*, Londres y Bombay, 1898. Swami Vivekananda: *Speeches and Writings*, Madrás, 1905.

-Rabi' A. Tholuck: *Sufismus sive theosophia Persarum pantheistica*, Berlín, 1821. Ibn Challikan: *Biographical dictionary*, trad. Slane, I, París, 1842. Tezkereh-i-Evliâ: *Le mémorial des saints*, trad. A. Pavet de Courteille, París, 1889.

-Hussein Al Halladi Tholuk: *Blütenlese aus der morgenländischen Mystik*, Berlín, 1825.

-Bayezid Bistami Tezkereh-i-Evliâ: *Le mémorial des saints*, trad. A. Pavet de Courteille, París, 1889. Tholuck: *Sufismus sive theologia Persarum pantheistica*, Berlín, 1821. Para el inicio del último pasaje, cuyo significado en las traducciones me parecía dudoso, he podido comparar el texto persa, gracias a la amabilidad del señor Dr. Gotthold Weil.

-Ferid-ed-din Attar: *Mantic Uttair ou le langage des oiseaux*, trad. Garcin de Tassy, París, 1863. *Pend-Namèh ou le livre des conseils*, trad. Silvestre de Sacy, París, 1819. (En las anotaciones De Sacy ha traducido pasajes de la

«Conversación de los pájaros» de otro texto diferente al empleado por Garcin de Tassy).

-Jalal-ed-din Rumi: *Masnavi i ma'navi*, trad. E. H. Whinfield, Londres, 1887. Poemas seleccionados del *Divâni Shamsi Tabriz*, trad. R. A. Nicholson, Cambridge, 1898.

-Los discípulos de Molla-shah A. de Kremer: *Molla-Shah et le spiritualisme oriental*, París, 1869.

-Plotino: IV. Enn. 8, 1; VI. Enn. 9, 9, 11. (Plotini *Enneades* ed. H. F. Mueller, Berlín, 1878).

-Valentinos: Hippolytus Phil. VI.42, V. 37. Weinel: *Die Wirkungen des Geistes und der Geister im nachapostolischen Zeitalter*, Friburgo de Brisgovia, 1899.

-Montanistas: las palabras conservadas se han recogido en Bonwetsch, *Die Geschichte des Montanismus*, Erlangen 1881.

-Simeón: Του δσιου και θεοφορου πατρος ημων Συμεων του νεου θεολογου τα ευρισχομενα, Venecia, 1790. «Συμεων του νεου θεολογου τα ευρισχομενα παντα», en *Mignes Patrologiae Graecae*, t. CXX, París, 1864. Para algunos pasajes he consultado el manuscrito muniqués con criterio comparativo.

-Hildegard *Analecta Sanctae Hildegardis opera Spicilegio Solesmensi parata*, ed. J. B. Card, Pitra, París, 1882 (la carta está dirigida a Gilbert de Gembloux).

-Alpais: *Vie de la bienheureuse Alpais, publiée pour la première fois en latin d'après un manuscrit chartrain du XIII. Siècle par l'abbé P. Blanchon*, Marly-le-Roy, 1893.

-Aegidius: *Chronica XXIV Generalium Ordinis Minorum* (Analecta Franciscana III), Quaracchi, 1897. La leyenda concerniente al rey Luis se ofrece conforme al texto del *Actus beati Francisci et sociorum ejus* (ed. Sabatier, París, 1902), que es más antiguo que el de Fioretti.

-Mechtild von Magdeburg: *Offenbarungen der Schwester Mechtild von Magdeburg*, ed. P. Gall Morel, Ratisbona, 1869.

-Mechtild von Hackeborn: *Revelationes Gertrudiana ac Mechtildiana II*, París, 1877.

-Gertrud: *Revelationes Gertrudiana ac Mechtidiana*, I, París, 1877.

-Seuse Henrich Seuse: *Deutsche Schriften*, ed. Dr. Karl Bihlmeyer, Stuttgart, 1907.

-Christina Lochner: *Leben und Gesichte der Christina Ebnerin, Klosterfrau zu Engelthal*, Nuremberg, 1872. Strauch: *Margaretha Ebner und Heinrich von Nördlingen*, Friburgo de Brisgovia y Tubinga, 1882. He entresacado dos pasajes del manuscrito de Stuttgart. Véanse también las *Mitteilungen* de Strauch en el *Anzeiger für deutsches Altertum* IX.

-Margaretha Strauch: *Margaretha Ebner und Heinrich von Nördlingen*, Friburgo de Brisgovia y Tubinga, 1882.

-Adelheid: *Die Offenbarungen der Adelheid Langmann, Klosterfrau zu Engelthal*, ed. Philipp Strauch, Estrasburgo, 1878.

-El convento Adelhausen, J. König: *Die Chronik der Anna von Munzingen* (Freiburger Diöcesan-Archiv XIII, Friburgo de Brisgovia, 1880).

-El convento Töss: *Das Leben der Schwestern zu Töss*, descrita por Elsbet Stägel, ed. Ferdinand Vetter, Berlín, 1906. Se ha consultado el manuscrito de Nuremberg.

Otros documentos del éxtasis en los conventos alemanes: *Der Nonne von Engelthal Büchlein von der genaden uberlast*, Tubinga, 1871. Bernhard Pez: *Biblioteca ascética* (Ratisbona 1723/26) VIII (vid. también Catharina von Gebweiler: *Lebensbeschreibungen der ersten Schwestern der Dominikanerinnen zu Unterlinden*, alemán de Clarus, 1863); *Chronik des Bickenklosters zu Villingen* (de Juliana

Ernst), ed. K. J. Glatz, Tübinga, 1881; *Leben der Schwestern zu Diessenhofen*, ed. Birlinger, *Alemannia* XV (1870). Otra documentación en *Alemannia* XI y XXI (Kirchberg) y *Zürcher Taschenbuch*, 1889 (Oetenbach).

-El canto de la desnudez, Tauler: *Von eym waren Evangelischen Leben*, Colonia, 1543. Se ha suprimido la última estrofa, que muda a una tendencia dogmática y parece como adherida artificialmente.

-Birgitta, *Revelationes caelestes sanctae matris Birgittae*, Múnich, 1680.

-Juliana, *Revelations of divine love shewed to Mother Juliana of Norwich*, Londres, 1902 (título de la edición original: *XVI Revelations of Divine Love, Shewed to a Devout Servant of our Lord, called Mother Juliana, an Anchorete of Norwich*, 1670).

-Gerlach Peters, *Gerlaci Petri Soliloquia Divina*, París, 1659.

-Angela, *Beatae Angelae Fulginatis vita et opuscula*, Foligno, 1724.

-Catalina de Siena, Raimondo da Capua: *La vita di Santa Caterina da Siena*, Milán, 1842.

-Catalina de Génova, Marabotto e Vernazza: *Vita mirabile e dottrina celeste di Santa Caterina Fiesca Adorna da Genova*, Padua, 1743.

-Maria Maddalena, *Vita e ratti di santa Maria Maddalena de'Pazzi*, Lucca, 1716. Puccini: *La vita di santa Maria Maddalena de'Pazzi vergine nobile Fiorentina*, Venecia, 1675.

-Teresa, *Cartas de santa Teresa de Jesús*, I, II, Madrid, 1771 y 1778.

-Ana García, *Aus ihrer Autobiographie* (alemán: Colonia, 1669), reimpresso en Tersteegen: *Auserlesene Lebensbeschreibungen heiliger Seelen*, II, Francfort y Leipzig, 1735.

-Armelle Nicolas, *Die Schule der reinen Liebe Gottes, den Gelehrten und Ungelehrten eröffnet in dem Wunderleben einer armen unwissenden Weibsperson, die von Geburt eine Bäurin und dem Stande nach eine Dienstmagd gewesen*, Augsburg, 1736.

-Antoinette Bourignon, *La vie de Dlle. Antoinette Bourignon* (Oeuvres I), Ámsterdam, 1683.

-Jeanne Marie Guyon, *La vie de Madame J.M.B. de la Mothe-Guyon, écrite par elle-même*, nouvelle édition, París, 1791.

-Camisards, *Théâtre sacré des Cevennes*, Londres, 1707 (vid. también Elie Marion: *Avertissemens prophetiques*, 1707).

-Böhme, *Morgenröte im Aufgang*, Ámsterdam, 1682.

-El Paje, Stephanus Praetorius: *58 schöne, auserlesene geist- und trostreiche Traktätlein von der güldenen Zeit*, Goslar, 1622.

-Engelbrecht, *Der vom Tode erweckte Protestant, oder des Einfältigen Busspredigers Hans Engelbrechts Schriften*, 1761.

-Anna Vetter, *Beschreibung eines schon vor dreissig Jahren erweckten, bisher aber anderer Orten verdeckten und unbekannten prophetischen Weibes, namens Anna Vetterin, des Schlosswächters zu Onoldsbach Eheweib. Aus ihrer eigenen Handschrift und mündlichen Erzählung getreulich zusammengetragen*, impreso en Arnold: *Kirchen-und Ketzer-Historie*, Francfort del Main, 1700, III.

-Hemme Hayen, *Levensloop van Hemme Hayen*, Haarlem, 1714. Alemán en J. H. Reitz: *Historie der Wiedergeborenen*, 4.^a ed., vol. 5, Itzstein, 1717. Otra trad. apareció bajo el título: *Lebensgeschichte des Hemme Hayen, eines niederländischen Bauern und wahrhaften Clairvoyanten*, Nuremberg, 1810.

-Katharina Emmerich, *Los diarios de Clemens Brentano*, de los que se ha entresacado el texto, aún no se han publicado en su integridad. Los pasajes que cito se encuentran en par-

te en Schmöger: *Das Leben der gottseligen Anna Katharina Emmerich* (segunda ed., Friburgo de Brisgovia, 1873), así como en *Das bittere Leiden unsers Herrn Jesu Christi. Nach den Betrachtungen der Anna Katharina Emmerich*. Véase también Emmerich: *Das Leben Jesu Christi*, Ratisbona, 1858-60, y *Leben der heiligen Jungfrau Maria* (varias eds.).

-Del Mahābhārata, la trad. se ha tomado del libro de Paul Deussen: *Vier philosophische Texte des Mahābhārata*, Leipzig, 1906, con permiso del trad., al que expreso mi agradecimiento por su benevolencia. Este libro ha obtenido un importante complemento en la tercera parte de la *Allgemeiner Geschichte der Philosophie* (Leipzig, 1908) de Deussen.

-Lao-tse, F. H. Balfour: *Taoist texts, ethical, political and speculative*, Shangai, 1884; J. Legge: *The texts of Taoism (The sacred books of the East, XXXIX, XL)*, Oxford, 1891; C. de Harlez: *Textes tâoistes* (Annales du musée Guimet, XX), Paris, 1891; H. A. Giles: *Chuang Tzu, moralist, mystic and social reformer*, Londres, 1889. La obra principal de la escuela, el Tao-te-king de Lao-tse, está disponible en varias trads., de entre las cuales merecen especial atención la de Alexander Ular (Leipzig, 1903) y la de Viktor von Strauss (Leipzig, 1870), la cual en varios pasajes se muestra más fiel al original que la más audaz lingüísticamente de Ular.

-El jasidismo, Buber: *Die Geschichten des Rabbi Nachman*, Francfort del Main, 1906. Buber: *Die Legende des Baalschem*, Francfort del Main, 1908.

-Macarios SS. PP., *Gregorii Thaumaturgi, Macarii Aegyptii et Basilii Seleucia opera omnia*, París, 1622.

-Dionysios, Migne: *Patrologiae Graecae*, t. III, IV.

-Katrei, tengo el texto de Birlinger (*Tractate Meister Eckharts, Alemannia III*, 1875); he consultado y empleado, asimismo, con objeto comparativo y para algunos pasajes, la ed. de Pfeiffer (*Deutsche Mystiker des 14. Jahrhunderts*, II,

Leipzig, 1845). Sobre el estado de la crítica textual informa Otto Simon: *Überlieferung und Handschriftenverhältnis des Traktates «Schwester Katrei»*, Halle, 1906.

Otra bibliografía de interés:

Sobre los sufíes: Browne, *A literary history of Persia*, I, Londres, 1902 (donde, sobre Al Hallai sólo se emplean las fuentes hostiles); Nicholson, en el *Journal of the Royal Asiatic Society*, 1906; Kremer, *Geschichte der herrschenden Ideen des Islam*, Leipzig, 1868; Merx, *Grundlinien einer allgemeinen Geschichte der Mystik*, Heidelberg, 1893.

Sobre Simeón: Holl, *Enthusiasmus und Bussgewalt im griechischen Mönchtum*, Leipzig, 1898, y su artículo en Herzog, *Realenzyklopädie*, 3.^a ed., vol. XIX.

Sobre Gerlach Peters: Auger, «Étude sur les mystiques des Pays-Bas», en *Mémoires de l'académie royale en Belgique*, 1892. Moll, en *Kerkhistorisch archief* II (1859).

Presentamos la primera edición en español de las *Confesiones extáticas* de Martin Buber. El interés del filósofo austríaco-israelí por los textos místicos nace en su infancia, junto a la tradición jasídica con la que le familiarizó su abuelo. Sus investigaciones sobre el misticismo cristalizaron en su tesis doctoral, cuyo título fue «Sobre la historia de la individuación: Nicolás de Cusa y Jakob Böhme».

Los textos que componen el libro fueron seleccionados tras años de lectura, investigación y análisis, con el ánimo de clarificar los motivos y los tipos de vivencias que estas experiencias extáticas procuraban a sus autores.

A Buber estas experiencias le atraen por su estética de corte poético y exaltado y por su naturaleza inefable. Experimentar el éxtasis, literalmente *salir de sí mismo*, era un fenómeno universal y atemporal, a través del que el individuo se elevaba por encima del mundo, de la división y de la individuación, sobre el *principium individuationis*.

La actitud de Buber frente al misticismo se tornó ambivalente, pues concluyó que se trataba de una vivencia sumamente personal e, incluso, asocial, que desembocaba en una huida del mundo o en su negación, en un solipsismo religioso.

